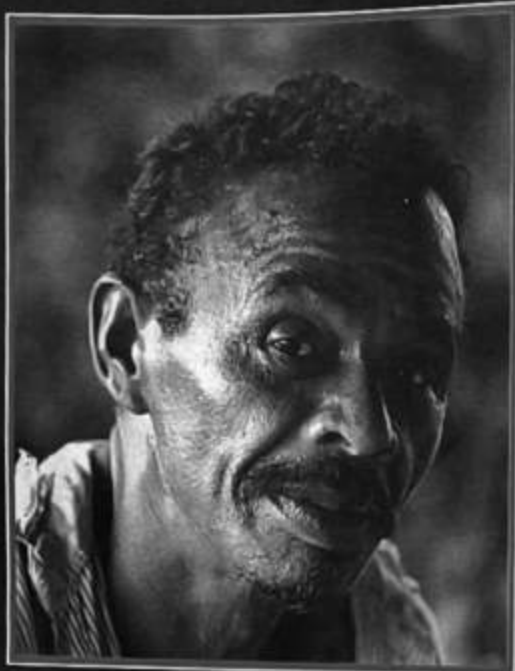




“ Me acongoja pensar en los desafortunados. Sobre todo en los que murieron de adolescentes o apenas entrados en la edad adulta, cuyo recuerdo no he perdido. A causa de un accidente, una enfermedad, a consecuencia de las dramáticas peripecias vividas por mi generación, bombardeos, asechanzas, venganzas, choques bélicos, campos de exterminio. ¿Por qué ellos, precisamente ellos? Pregunta sin respuesta. Inmediatamente después, la otra pregunta, también sin respuesta: “si hubieran vivido...”. ¿Queda todavía alguien que los recuerde? ¿y si no hubiera nadie para recordarlos? ¿y si fuera solamente yo? ¡qué responsabilidad más tremenda! “para un amante de la justicia, la muerte es la cosa peor repartida de este mundo”.

Norberto Bobbio
De *Senectute*



R

Bitácora

6

Revista del Programa para la Reinserción - Red de Solidaridad Social - ISSN 0122-9206

Programa para la Reinserción-Red de Solidaridad Social

Revista Bitácora No. 6



BITÁCORA - N° 6 - Año 4
ISSN 0122-9206
Agosto de 1998

Biblio y Hemeroteca
TIBERIO PARRA CASTAÑO
2004

publicación del
Programa para la Reinserción,
Red de Solidaridad Social,
Presidencia de la República

directores
Eduardo Díaz Uribe
Tomás Concha Sanz

consejo editorial
Tomás Concha Sanz
Andrés Restrepo R.
Amparo Díaz

editora
Amparo Díaz

redacción
Oficina de Comunicaciones
Programa para la Reinserción

diseño
William Garibello

foto portada
Jesús Abad Colorado

fotografías
Agencia Toma
Javier Bauluz
Iván Benjumea Rey
Jesús Abad Colorado
Festival Iberoamericano de Teatro
Luis Fernando Jaramillo A.
Anibal Valencia De La Cadena

prerensa
Contextos Gráficos Ltda.

impresión
Escala Ltda.

Programa para la Reinserción
Cll. 39 N° 23-18
Santafé de Bogotá D.C.
Colombia
Tel: 369 0169 * 335 0263
Telefax: 269 2728
Internet: www.reinsercion.gov.co
E-mail: paz@cable.net.co

Los conceptos emitidos en los artículos aquí publicados sólo comprometen a sus autores

2	58
Editorial	Integración y convivencia urbana: compromiso inaplazable con los migrantes colombianos
4	Patricia Rentería S.
Le cortaron las alas	
5	61
Un nuevo acuerdo de paz en Medellín	Fotoreportaje
6	67
Alquimia y poderío de la inocencia	El desafío de prevenir los conflictos
Arturo Guerrero	Virginie Raison
10	72
Envejecer	La paz no es lo contrario de la guerra
Nicolás Buenaventura A.	
16	77
La enfermedad colombiana	Paz viable:
Antanas Mockus Sivickas	Estado fuerte, Gobierno suave
	Francisco Gutiérrez Sanín
21	81
No es posible invertir en medio de la balacera	Carta de los UWA a los colombianos
25	85
Los narco-cultivos frente a un proceso de paz	Protección de la población civil en los conflictos armados
Juan Carlos Palou	Mauricio Hernández Mondragón
30	89
El impacto cultural del narcotráfico	Los rumbos de la seguridad privada
Alonso Salazar J.	Carlos José Herrera J.
44	94
La guerra en los medios	Notas de viaje
Ignacio Ramonet	
53	99
La historia forma parte de nosotros	La paz también se escribe
Jürgen Habermas	

temario

En la vida de todos los seres humanos hay épocas de siembra y otras de cosecha. El Programa para la Reinserción en los últimos años vivió un intenso período de siembra en la perspectiva de contribuir con eficacia a crear bases sólidas para una cultura de la reconciliación a partir de los acuerdos de paz suscritos con nueve organizaciones guerrilleras (M-19, EPL, Quintín Lame, PRT, Comandos Ernesto Rojas, CRS, Milicias de Medellín, Frente Francisco Garnica y el más reciente, con el Mir-Coar).

Nos permitimos hacer esta afirmación por varias razones: la primera es que en 1994, al establecer la necesidad de evitar que la desmovilización fuese entendida erróneamente como un programa de carro, casa y beca para el reinsertado, era indispensable reorientarla e intensificar uno de sus sentidos más importantes, como es el de propiciar que cada vez más colombianos se beneficien con la firma de los acuerdos de paz. Y así lo hicimos. Como resultado de ello hoy, en activa colaboración con las organizaciones de los grupos desmovilizados, casi 20 mil adultos se han beneficiado de nuestros programas educativos y otro tanto cuentan ya con la posibilidad real —actual o cercana— de vivir en una vivienda digna gracias a los procesos comunitarios de construcción donde los viviendistas ya empiezan a desarrollar iniciativas autónomas dirigidas a fortalecer el sentido democrático del proceso.

La segunda razón es que el Programa y las organizaciones desmovilizadas se han convertido en importantes ejes que apoyan, divulgan y promueven las diversas iniciativas de paz en el país: el Mandato por la Paz, el Consejo Nacional de Paz, la Asamblea Permanente de la Sociedad Civil, los procesos regionales y locales de paz, las consejerías departamentales y municipales de paz, la Red de Alcaldes por la Paz, en fin, casi no hay iniciativa dirigida a la normalización de la vida nacional que no cuente con el apoyo y la participación activa de quienes dejaron las armas y del mismo Programa para la Reinserción.

La tercera razón es la de que, al tomar como eje de su trabajo la difusión de la Cultura de Paz, a través de publicaciones como la revista que hoy tiene en sus manos, de libros, programas de radio y televisión, de proyectos artísticos y culturales con desplazados o con comunidades marginadas, y de encuentros o intercambios internacionales, como el Primer Festival de Cine para la Cultura y la Paz, el Programa para la Reinserción ha logrado imponer un estilo donde la calidad en forma y contenido transmiten su certeza en que todo lo que tiene que ver con la paz debe y tiene que ser mejor, en todo sentido, a los contenidos de violencia que con tanta frecuencia recibimos los colombianos a través de los diversos medios de comunicación. Además, buena parte de estos logros han sido posibles gracias a un factor muy importante: la colaboración, la gestión y el apoyo de diversas entidades públicas y privadas. Porque justamente eso es la paz: el resultado de una puesta en común, de un trabajo en conjunto que nos permita obtener, para el beneficio individual y social, los frutos por todos deseados.

Internacionalizar este proceso, institucionalizarlo a través de la vinculación de nuevos actores al desarrollo de los compromisos adquiridos en los Acuerdos de Paz, y regionalizarlo al involucrar a los gobiernos locales y departamentales en la ejecución de nuestros planes y programas, son algunas de las metas propuestas en estos años y que hoy están en marcha con éxitos visibles.

Como resultado de estos y otros muchos esfuerzos, el país y la comunidad internacional, tienen en la reinserción, tanto como proceso de paz en marcha, como Programa institucional o como accionar de las organizaciones desmovilizadas, una herramienta y una gran experiencia de trabajo que cada día se convierte en ejemplo de construcción democrática, abierta, honesta —y autocrítica cuando ello es necesario— de un nuevo y certero camino para el reencuentro entre los colombianos.

editorial



Le cortaron las alas

Con sorpresa e indignación, la Red de Solidaridad Social, el Programa para la Reinserción, los voceros nacionales, los miembros de las nueve organizaciones que han firmado acuerdos de paz, conocieron la triste noticia del asesinato en Valledupar de Amparo Jiménez, delegada de este Programa en el Cesar y quien se había destacado por su activo papel en múltiples actividades en torno a la participación de la sociedad civil en los procesos de paz.

En efecto, Amparo Jiménez—joven periodista que fuera también corresponsal de varios medios de comunicación locales y nacionales—encabezó en el Cesar las actividades en torno a la convocatoria de la Asamblea Permanente de la Sociedad Civil por la Paz, así como las organizaciones y trabajos de los comunicadores cesarenses en torno a la propuesta de convertirse en gestores de nuevas formas de reconciliación y reencuentro. En estas actividades se destacó, en particular en la coordinación de la Red de Iniciativas Ciudadanas por la Paz.

Siete años de actividades en torno al cumplimiento de los Acuerdos de Paz suscritos entre el Gobierno Nacional y nueve organizaciones guerrilleras en el país nos confirman cada día la certeza del camino escogido así como la validez e importancia del esfuerzo realizado. Sin entender las causas de este vil asesinato, la Red de Solidaridad Social, el Programa para la Reinserción, los voceros de los grupos que dejaron las armas y las Fundaciones surgidas a raíz de los acuerdos, rechazan este nuevo golpe a la paz en el país y reafirman públicamente su profundo convencimiento de la necesidad de seguir adelante con renovadas energías.

Red de Solidaridad Social
Programa para la Reinserción
Voceros nacionales de los grupos desmovilizados
Corporación Arco Iris
Corporación Nuevo Arco Iris
Corporación Corpadeo
Compañía Nacional para la Paz
Corporación Observatorio para la Paz
Fundación Progresar
Fundación Sol y Tierra

Nuevo acuerdo de paz en Medellín

El pasado 28 de julio, en Medellín 171 jóvenes combatientes del Movimiento Independiente Revolucionario Comandos Armados, Mir-Coar, que hasta ese día actuaba en el noroccidente de la capital antioqueña y en algunos municipios cercanos, firmaron con el Gobierno un acuerdo de paz tras dos años de conversaciones y acercamientos que, orientados por el Programa para la Reinserción, el Ministerio del Interior, la Oficina del Alto Comisionado para la Paz, la Alcaldía de Medellín y la Gobernación de Antioquia, se adelantaron en forma discreta por todas las partes hasta lograr el establecimiento de puntos comunes y definitivos.

EL Mir-Coar fue creado en 1991 por miembros de varias organizaciones guerrilleras y grupos de izquierda que se proponían conformar el Partido Comunista Revolucionario. Sin embargo, al no lograrlo, desarrollaron una actividad puramente armada en forma de milicias.

Como testimonio fehaciente de la decisión tomada de convertirse en una alternativa política que en un marco de participación democrática le permita a las comunidades nuevas opciones, en el acto de dejación de armas Mario Gutiérrez, comandante del grupo, cambió su arma por una guitarra. Este simbolismo expresa con claridad el reto al que se enfrentan estos jóvenes, quienes, en el esfuerzo de construir nuevos senderos políticos y sociales, habrán de romper con los altos niveles de intolerancia, tanto en los barrios donde habitan como en el conjunto de la capital antioqueña. Por ello, el Acuerdo Político incluye once puntos que les permitirán ser parte activa de la vida cotidiana de sus barrios y gestores de proyectos de convivencia y desarrollo. Pero

no cabe duda que el éxito de este proceso depende en gran medida de la solidaridad y el apoyo que los diferentes sectores de la sociedad antioqueña le brinden al esfuerzo de estos jóvenes paisas.

Para facilitar el ingreso a la vida civil de los miembros del MIR-COAR, en el Acuerdo de Paz se contempla organizar una veeduría del proceso; establecer mecanismos que garanticen el respeto a los derechos humanos así como la seguridad de los jóvenes y de sus comunidades; otorgar beneficios socioeconómicos como la atención en salud, la gestión de proyectos productivos, la capacitación, la educación y el desarrollo de programas de vivienda. Además, se establecen favorabilidades para posibilitar la creación de un nuevo movimiento político que participará en los consejos municipales y regionales de paz y en el Concejo de Medellín.

Este acuerdo es un paso más en los caminos hacia el logro de la convivencia ciudadana. Se suma a los ocho pactos de paz y desmovilización suscritos entre el Gobierno y organizaciones armadas. Y por eso es tan importante. Porque todo aporte real y concreto a la paz adiciona más posibilidades ciertas de una vida mejor para todos los colombianos. Por eso no le faltó razón a Mario Gutiérrez cuando en el acto oficial donde, ya sin armas, comenzó su nuevo camino de lucha social y política abierta, de cara al país, le dijo a los presentes "¡somos esperanza!", a lo cual Elias Vallejo, líder de las Milicias desmovilizadas en 1994 apuntó: "En la paz, como en el día de hoy, estamos con todos; en la guerra con nadie" ■



Foto: Jesús Abad Colorado

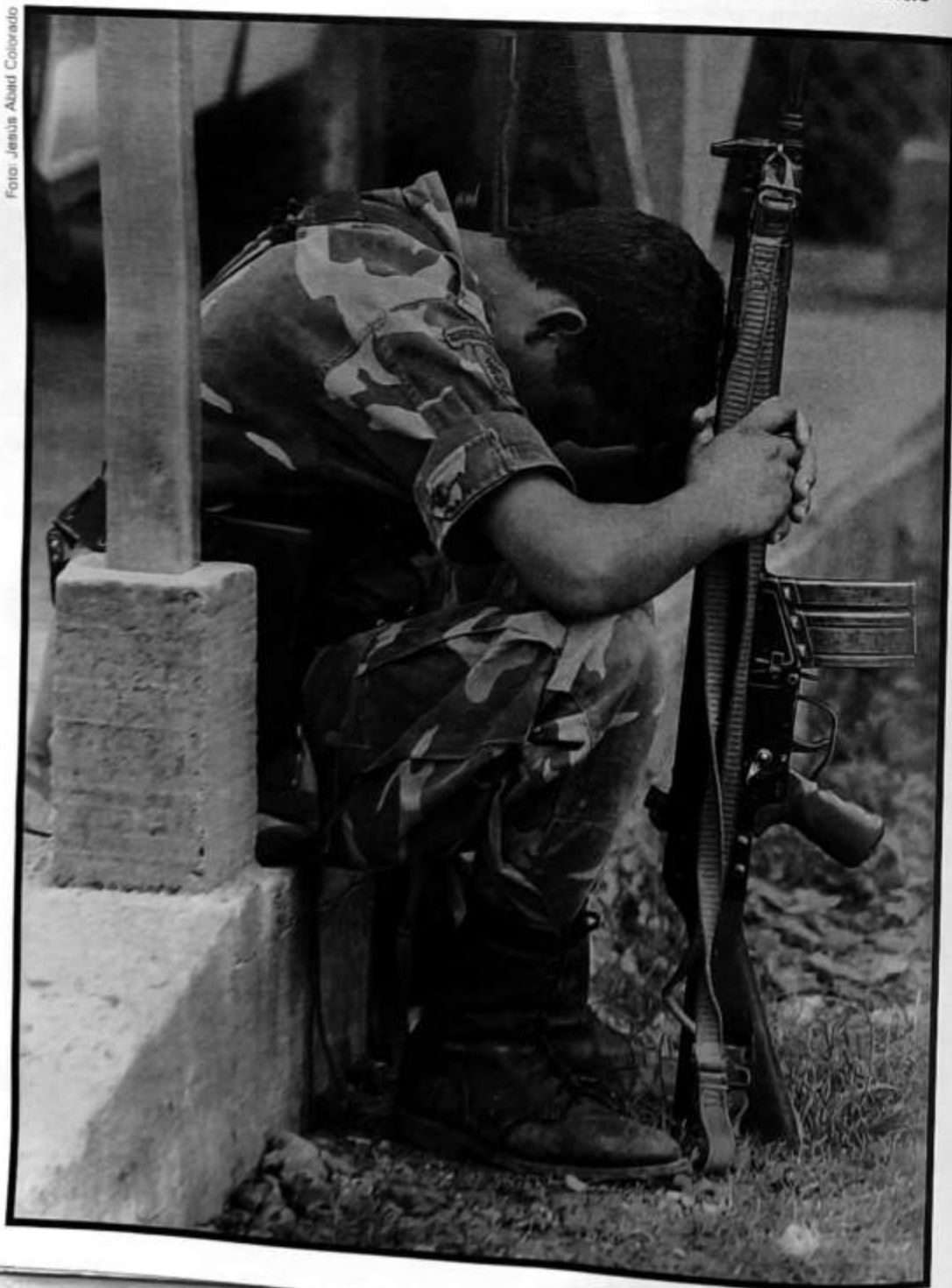


Lostrar una reconciliación que garantice una real situación de paz y reencuentro es el objetivo número uno de quienes han sufrido la guerra. Así lo ha sido a través de la historia. Sin embargo, aún nadie tiene la fórmula precisa para lograrlo, y todo indicaría que se trata de un proceso que le corresponde a varias generaciones. De ahí que el escritor y columnista colombiano Arturo Guerrero presente a través de *Bitácora* una fórmula bien especial, una fórmula donde la inocencia, en entrañable mezcla con la más fabulosa demencia, podrían ser la clave. ¿Tal vez?

Alquimia y poderío de la inocencia

Arturo Guerrero

Foto: Jesús Abad Colorado



La anécdota parece poco creíble, pero es tan histórica como los tres reinos que acumuló su protagonista hasta el día de su muerte. Segismundo de Luxemburgo, nacido en 1368, no sólo perdonó después de una batalla a algunos enemigos que hizo prisioneros sino que los colmó de mercedes, poniéndolos incluso a su servicio. Como los cortesanos le reprocharon por ello diciéndole que a los enemigos se les debía matar, respondió: "¿cada amigo que gano, no es un enemigo que mato?". Con esta filosofía, Segismundo fue rey de Hungría desde 1387, emperador germánico desde 1411 y rey de Bohemia desde 1419, cargos todos que conservó hasta 1437, el año de su muerte.

Procedimiento bien particular el de este emperador para aniquilar enemigos. Sin proponérselo, desde su Edad Media de dragones y elfos, Segismundo le dio la vuelta al refrán de los amores que matan. Hacerse a un amigo para matar a un adversario, congregando en la misma persona al seducido y al eliminado. Ésta es una alquimia escandalosa para la lógica carnífera de la guerra. El monarca tomaba al ser humano derrotado y lo asesinaba en tanto enemigo para simultáneamente construirlo como aliado. Les cambiaba el rostro aterrado a los condenados soldados de otro bando y les daba la mano, las mercedes y los cargos que escandalizaban a los demás súbditos intonsos. De esta manera acababa con la enemistad sin acabar con el enemigo, el cual dejaba de serlo sin perder su vida.

El emperador germánico cambió también otro refrán, porque se unió a los enemigos, no a causa de no haberlos podido vencer, sino precisamente por haberlos vencido. "Si ya los venciste, haz que ellos se unan a ti", es la nueva fórmula que Segismundo pudo haber acuñado en un manual de la victoria al revés, que como él mismo lo demostró, viene a ser la victoria verdaderamente victoriosa. La otra, la victoria insolente, la que nunca supo lo que es la derrota, ésa es una ciega vanagloria fugaz.

En aquella Edad Media de brujas y de monjes amanuenses y envenenadores,

la magnanimidad de un emperador tenía que esperar al fin de la batalla, porque la guerra era aún niña y no había inventado sus gases ni sus átomos destructores del orbe. Hoy, 550 años más tarde, no parece sensato aguardar la sangría final de los bandos para retomar la estatura de alma de ese Segismundo de leyenda y de fierro. Hoy es dable, exigible más bien, que se considere la pena de muerte para los enemigos por la vía rápida de su conversión en amigos. Y esto, antes de que otros 50 años sigan haciendo morir de viejos a los guerrilleros más viejos de la Tierra y a sus hijos y a sus nietos.

Hay un requisito memorable para realizar esta alquimia en plenas visperas del milenio de los cohetes a Venus. La expresó el pasado 31 de mayo el escritor y pintor costecño Héctor Rojas Herazo, en una entrevista para *El Colombiano*, al evocarse una serie de homenajes públicos a su figura de artista configurado. "Trabajando en una novela —dijo, a propósito de su *Celia se pudre*— se va descubriendo la inocencia del ser humano. Todo ser humano, hasta el criminal más terrible, es inocente. Ese es su elemento primo. En mi caso, cada vez que me adentraba en un personaje de Celia, se descubría el poderío de su inocencia. Al fin de cuentas, es lo único que permite aguantar el sufrimiento y la perversidad del existir".

Inocencia del ser y perversidad del existir: ¡qué maravillosa presentación del drama y de la tragedia humana! Tenía que haberla hecho un poeta como Rojas Herazo, porque esta clase de vislumbres les son del todo negados a la lógica, al derecho, a la religión, a la sociología, a la historia incluso. Únicamente la poesía es capaz de penetrar en estos meandros peligrosos.

De manera que la inocencia prima de todo hombre es el poderío que lo escuda contra las adversidades de la vida. El mal, de esta forma, no viene del hombre, quien es por esencia puro y sencillo, sino de las circunstancias que tiene que enfrentar. La afirmación parecería un rousseaunianismo con dos siglos de retraso, si no tuviera como sustento ese sustrato certero que poseen los creado-



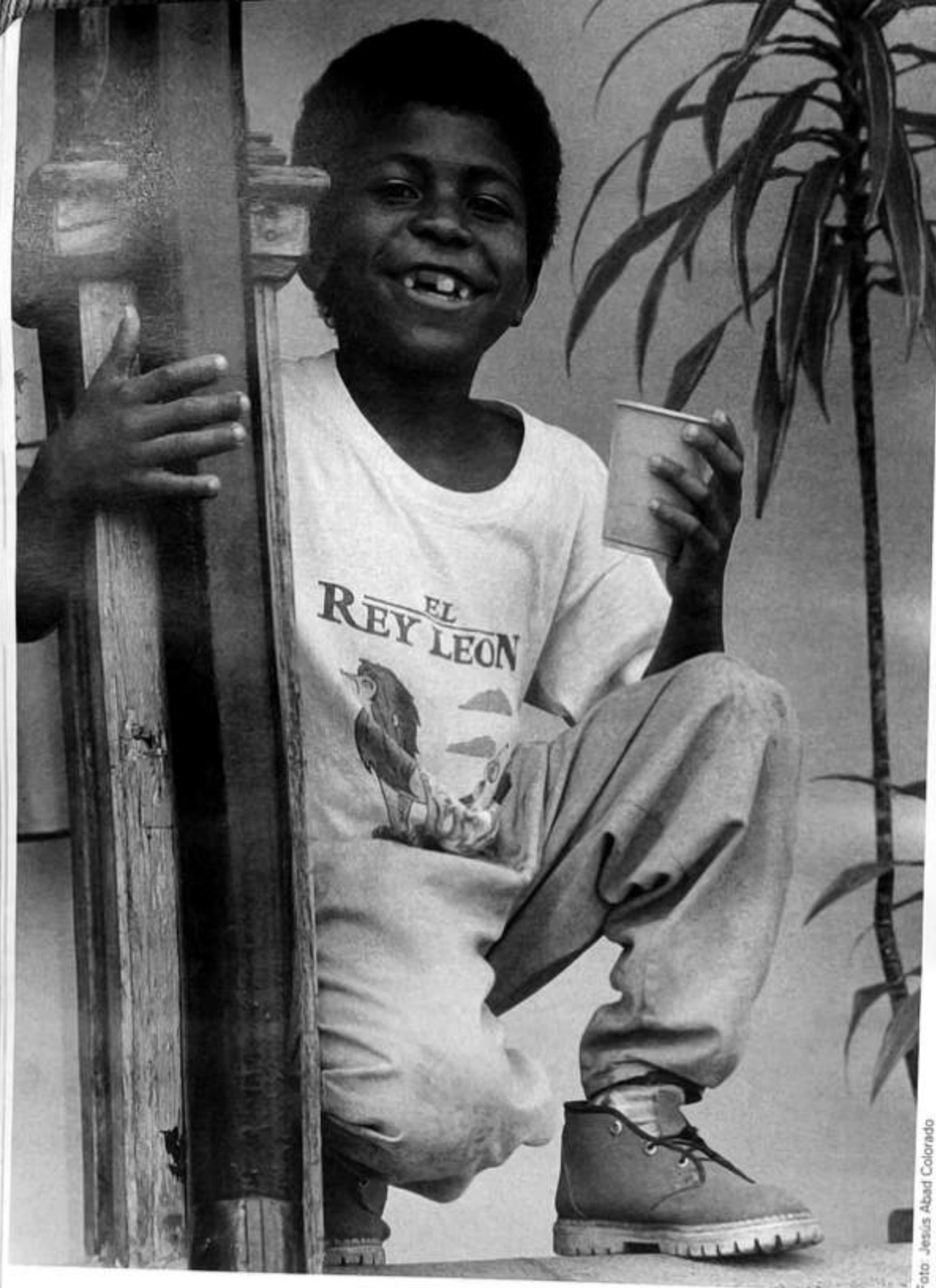


Foto: Jesús Abad Colorado

res de universos literarios y que hace que obras como el *Emilio* o *El contrato social* hayan sido fuente de los poetas del romanticismo y ahora resurjan de manera seguramente inconsciente en la novelística torrentosa de un viejo autor colombiano.

Pero si este argumento —que no es argumento sino provocación—, no fuera sufi-

ciente para inclinar el favor de las mentes calculadoras y apegadas a las leyes, vale la pena recordar al utopista norteamericano Henry David Thoreau, el campeón de la desobediencia civil, quien postuló un aserto igualmente desconcertante: "Una persona que tiene razón contra los demás, constituye ya una mayoría de un voto". ¿Y quién, si no el inocente, es el que tiene razón contra los demás? Todo ino-

cente, entonces, es una mayoría de un voto, y democráticamente tiene derecho a que se le reconozcan por parejo su razón y su inocencia.

La inocencia medular de todo ser humano no es algo que luzca a la primera vista; y menos en un medio apegado a las leyes, es decir a la costumbre refleja de medir a los demás por la regla más baja. Para ver la simplicidad hay que ser simple, en el espíritu del proverbio árabe según el cual quien no comprende una mirada, tampoco comprenderá una larga explicación. Eso de sentir sinceramente que todo criminal tiene sus razones y que por eso constituye su propia mayoría, es una locura contra todas las dialécticas. Pero únicamente en el ámbito de semejante demencia sublime es dable comprender la almendra de tal hombre. Y quien comprende se ubica del lado del otro.

Y aquí es importante tomar distancias del tan abusado llamado a la tolerancia. Si Segismundo se hubiera limitado a tolerar a sus enemigos, nunca los habría llenado de regalos ni les habría otorgado cargos en su cercanía. El Emperador no manifestó con ellos tolerancia, sino concordia. Tolerar es aguantar al otro a pesar del otro, concordar es admitir al otro en tanto otro. El que tolera no mata al enemigo, lo deja vivo, y permite que en cualquier momento resurja a cobrar su postergada victoria. En contraste, el que brinda concordia, pone su corazón a vibrar en la misma frecuencia del corazón del adversario, de manera que éste, sintiéndose comprendido, deja sus armas, muere en calidad de enemigo y no anhele venganza ni sueña en cubrir su derrota con posteriores altanerías.

La tolerancia es menguada virtud de prepotentes, es el mendrugo del victorioso pírrico que deja caer gramos de su benevolencia para mantener en calma al extraño. La concordia es sabiduría y sensibilidad de poetas, de gentes que respetan y valoran la inocencia ajena, de campeones de la esencial simplicidad de todo niño albergado en todo adulto.

Inocencia, comprensión, concordia, reconciliación, éstas son las cifras de la

verdadera paz, que es la paz radical, la paz de fondo. Lo otro, la sospecha, el juzgamiento, la tolerancia, el indulto, es lo que siempre se ha dado en la historia, es la cauterización de unas venas por las que seguirá fluyendo la turbiedad del odio, es el aplazamiento del desquite, es la siembra de las tempestades del siglo venidero.

Algún día hay que parar, pero no para reafilar las armas y recomponer las fuerzas, sino para abrazar a los semejantes y dejar que el sol distribuya su clorofila múltiple por los feraces territorios de los feroces colombianos. Hay que introducirse, con los visionarios, con los creadores, a la médula espinal de los alzados, de los que trafican, de los corrompidos, de los acaparadores, de los que secuestran, de los que masacran, de los que siempre han expoliado, para desde su respectiva inocencia clandestina comprender los motivos de las garras.

Tal vez el día en que esa purificación se cumpla, muchos puedan decir entre lágrimas lo mismo que declaró el director de *El Tiempo*, Hernando Santos, el 21 de mayo de 1991, cuando fue liberado del secuestro su hijo Francisco: "Una de las cosas que a mí me llenó de alegría es que descubrí que nos querían; yo que siempre pensaba que a nosotros nos odiaban" **B**

Si Segismundo se hubiera limitado a tolerar a sus enemigos, nunca los habría llenado de regalos ni les habría otorgado cargos en su cercanía. El Emperador no manifestó con ellos tolerancia, sino concordia. Tolerar es aguantar al otro a pesar del otro, concordar es admitir al otro en tanto otro.

Escritor y educador, Nicolás Buenaventura es un maestro en el sentido más profundo del término. Y esta reflexión para los lectores de *Bitácora* sobre un nuevo concepto, más real, de la vejez y del envejecimiento, nos lo demuestra con intensidad y grandeza. Aquí, con la ternura del tema, propone una nueva medida de los significados de juventud y vejez donde la primacía la tengan la sabiduría y el tiempo realmente aprovechado.

Envejecer

Nicolás Buenaventura A.

Foto: Jesús Abad Colorado



Quisiera hablar con ustedes, esta vez, de dos nociones solamente: la noción de envejecimiento y la de vejez. Porque me parece que ambas nociones se han envejecido demasiado en los últimos tiempos hasta quedar reducidas a su mínima expresión.

Todos sabemos que, en las sociedades patriarcales, anteriores al apareamiento del capitalismo, envejecer era bueno y ser viejo era lo mejor. En aquellos tiempos envejecer era llenarse de luz y sabiduría, convertirse en consejero y guía de la comunidad. No era simplemente prolongar la vida o vivir más, era ser mejor.

Fue en los últimos tiempos, en el desarrollo de las sociedades abiertas y sus economías de mercado, cuando apareció el desafío de la juventud. Se descubrió que era mejor ser joven. Entonces envejecer se fue convirtiendo en un débito o un gasto. Hoy envejecer es malo y lo peor de todo es la vejez. En cierta forma los planes oficiales de educación, que buscan una amplia cobertura social, en países como el nuestro se asumen o se piensan con este criterio. Se trata de prepararse para el fatal envejecimiento.

El ideal es que la gran mayoría de la población tenga en tiempos de la adolescencia un nivel básico de escolaridad. Entonces comenzaría el segundo ciclo de vida, el del trabajo, y con él el camino a la vejez. Este ciclo debe durar normalmente el doble de tiempo del primero, de manera que, alrededor de los 50 años, empiece la vejez. Es el ideal, es el proyecto, por ejemplo para los años dos mil.

Envejecer es gastar, como consumo, de manera gradual, un potencial de "fuerza de trabajo" que debe ser previamente calificado. Para ello se requiere el ciclo educativo que se inicia en el hogar, con capacitación verbal y motriz, continúa en el preescolar, acentuando la capacitación lúdica y, luego se vuelve educación de verdad o laboral, es decir capacitación para el trabajo, en la escuela básica.

Algunos prefieren darle un nombre distinto a este ciclo de formación de la "fuerza de trabajo" y hablan de crear el "recurso humano". Pero el cambio de nombre no

afecta lo esencial. Naturalmente el plan contempla las minorías que logran seguir calificando ese potencial con el beneficio de la educación superior en el país o fuera de él. Pero, como siempre, aquí la excepción confirma la regla.

De otra parte existe la educación de adultos con el criterio generalizado de educación compensatoria. La educación para aquellos que los dejó el tren de la escuela, ya porque no alcanzaron a cogerlo o, en la mayoría de los casos, porque no resistieron su ritmo por razones económicas o siquicas.

En todo caso envejecer viene a ser algo así como el tubo de escape. Se trata de llenar el tanque. Entonces la edad es la medida de caída del nivel del agua.

Cuando yo mismo llevé a mi abuela paterna al asilo de ancianos, hace ya 40 años, la madre superiora me explicó pacientemente lo siguiente:

Mire doctor —me dijo— yo no sé aquí qué pasa, pero el hecho es que nuestro Señor se acuerda muy poco de sus viejitos y ellos sufren mucho solos. A mí me da pena esto. En Europa, en el asilo donde yo trabajaba, por ejemplo, en el invierno, mi Dios se llevaba al cielo hasta diez o más de los viejitos, aquí a veces no se lleva ni uno en un mes entero.

En mi casa paterna nunca nos hubiera pasado por la cabeza llevar a la abuela a un asilo de ancianos porque nuestra familia era pobre. Sin embargo, para mal de sus culpas, la viejita, estaba emparentada con gente rica de la aristocracia lugareña, gente acomodada y moderna, que había financiado con "limosnas" ese establecimiento precisamente para resolver el problema de jubilación del servicio doméstico que era una herencia de la esclavitud patriarcal y a la vez para ubicar a las abuelas que ya no marchaban al nuevo ritmo hogareño impuesto por el "modernismo". Entonces no existía la sicología gerontológica sino sólo esa forma de piadosa eutanasia de que me hablara la madre superiora.

Cuando llevé a mi madre al asilo, ya las cosas habían cambiado. El establecimiento se llamaba "Casa de la tercera edad" y



el huésped disponía de habitación independiente con el equipo de sonido para sus discos preferidos. Sin embargo en el camino de regreso a casa, con mi esposa, hubo que buscar estacionamiento discreto del carro para poder desahogar el llanto. Sabíamos que de todos modos era la misma eutanasia de la abuela sólo que con un poco de anestesia.

Yo alcancé a conocer, de niño, los tiempos cuando las personas se morían sólo una vez, es decir, cuando su muerte social o sea su retiro o separación de los vivos, coincidía con su muerte biológica. Mucho más tarde me correspondió ver aparecer la vejez como un intervalo entre las dos muertes.

Fue cuando desaparecieron de la casa los abuelos. Mi experiencia es que desaparecieron primero entre las clases altas. De todas maneras el empleo femenino, por fuera del hogar, amarró la abuela a la casa en los estratos pobres. Sin embargo el hecho de que se fuera cerrando el espacio habitable expulsaba allí también a los más viejos, así que del abuelo fue quedando sólo la voz, el cuento, la fábula. Alguien tenía que contar las historias en el barrio, en la casa. No obstante, cuando la televisión entró en el hogar se pudo reemplazar con creces la voz del cuentero ancestral. Entonces tomaron fuerza los dos refugios favorecidos por el ritmo de las migraciones: la mendicidad y el asilo.

En una reciente obra de teatro, con el título *Caricias* del autor catalán Sergi Belbel, se tipifican muy bien esos dos "refugios". Los protagonistas son una pareja de ancianos, hermanos. Hace diez años ella entró al asilo mientras él se dedicó a pedir limosna. Veamos la escena:

Una calle, un container de basura.

Mujer Vieja y Hombre Viejo

HOMBRE VIEJO: Puta vestida de vieja.

MUJER VIEJA: ¿Qué estás buscando?

HOMBRE VIEJO: Comida.

MUJER VIEJA: Hace más de diez años que no nos velamos.

HOMBRE VIEJO: Tengo hambre.

MUJER VIEJA: ¿No me dices nada?

HOMBRE VIEJO: Puta.

MUJER VIEJA: ¿No me dices nada?

HOMBRE VIEJO: Puta, puta, puta. Vete, tengo hambre vete.

Pausa

El Hombre Viejo mete medio cuerpo en el container y hurta las bolsas de basura.

MUJER VIEJA: Me quedan sólo unos veinte minutos. Porque cierran el asilo a las nueve. Alguien me ha dicho que estabas aquí. Y hoy por fin he salido a buscarte. Diez años son muchos y no has cambiado. Ocho y media, ya son las ocho y media. Llevo más de cinco horas andando. Porque he salido después de comer. Y he estado dando vueltas y más vueltas. No conozco estas calles ni este barrio. Aunque sea el centro de la ciudad. Me han dicho que estabas aquí. Ya sé que duermes en la calle. Que tus sábanas son periódicos. Hace diez años que lo sé y hoy por fin me he decidido. En realidad, no sé por qué. O sí lo sé, no sé.

HOMBRE VIEJO: ¡Una sardina!

MUJER VIEJA: No me das lástima

HOMBRE VIEJO: ¡Tres sardinas!

El Hombre Viejo saca del container una bolsa que acaba de rasgar. Se sienta en el suelo y saca de la bolsa una lata de sardinas abierta.

MUJER VIEJA: No me das lástima.

HOMBRE VIEJO: Vete puta, vete, son mías.

MUJER VIEJA: No quiero comer.

HOMBRE VIEJO: Cabrona, cabrona, sé quién eres, sé quién eres.

MUJER VIEJA: ¿Sabes quién soy?

HOMBRE VIEJO: Sí, puta vestida de vieja. Un policía disfrazado. ¡No, no, no! ¡No me cortéis el pelo, quiero estar aquí, no me llevéis, no quiero lavarme, me tiraré un pedo, no me

limpiéis la caca, me gusta la mierda seca, así mi culo no tiene frío, las sardinas son mías!

MUJER VIEJA: ¿Por qué no vienes conmigo al asilo?

HOMBRE VIEJO: Mi culito no quiere frío, mierda, caca, quiere caca.

MUJER VIEJA: ¿Por qué no vienes conmigo al asilo?

HOMBRE VIEJO: ¡Eh! ¡Ah! Mi hermana, hermanita vivía en un asilo.

MUJER VIEJA: Tu hermana.

HOMBRE VIEJO: Puta vestida de vieja.

Pausa. El Hombre Viejo come ávidamente media sardina.

MUJER VIEJA: Tengo que irme.

Es bien diferente esta escena de los abuelos a la que nos muestra el poeta José Asunción Silva, hace un siglo, en su *Libro de versos* de 1892 que se inicia con la canción de cuna que la abuela le canta al nieto. Veámosla:

¡Aserrín!
¡Aserrán!
Los maderos de San Juan,
Piden queso, piden pan,
Los de Roque
Alfandoque,
Los de Rique
Alfeñique
¡Los de triqui, triqui, tran!
Y en las rodillas duras y firmes de la abuela,
Con movimiento rítmico se balancea el niño
Y ambos agitados y trémulos están,
La abuela se sonríe con maternal cariño
Mas cruza por su espíritu como un temor extraño
Por lo que en lo futuro, de angustia y desengaño
Los días ignorados del nieto guardarán.

Por eso sostengo yo que las nociones de envejecimiento y de vejez se han envejecido demasiado en los tiempos actuales. Sin embargo no nos interesa devolver el pasado, magnificando o sublimando la vejez. Queremos rescatar, en cambio, el de-

safio de la juventud. El ideal moderno de la renovación permanente, de lo nuevo siempre. Buscamos que no exista el envejecimiento ni menos la vejez. Es esta nuestra propuesta, en consecuencia, quisiéramos plantear unas nociones nuevas que, pensamos, estarán de acuerdo con los tiempos.

Para empezar, proponemos pensar el envejecimiento y la vejez no como aparecen, obviamente, en el plano de las evidencias, como una variable de la cantidad de vida. No como han sido pensados siempre, para bien o para mal, privilegiando la vejez o bien privilegiando la juventud. Proponemos pensar hoy estas nociones en función ya no de la cantidad sino de la calidad de vida.

Entonces envejecer ya no sería vivir más, llegar a mayor edad, así fuera como un crédito, según los antiguos o como un débito, según los modernos. Envejecer vendría a ser un modo de vivir, una forma de vida.

Dentro de esta concepción, por ejemplo, podríamos considerar como edad de una persona a la suma del tiempo que no ha vivido. Entendiendo que cualquiera tiene la opción de vivir o no vivir cada hora, cada día de su vida. O, hablando en el lenguaje de Horacio, el poeta romano de la antigüedad, cada cual tiene la opción de agarrar el día o bien dejar que se le vaya de las manos.

Por ejemplo: si usted va por la calle, puede caminar, es decir, encontrarse de pronto con el cielo, con la tarde. La luz de la tarde es particularmente hermosa. Puede toparse con un árbol y reconocerlo. Puede ale-

Proponemos pensar el envejecimiento y la vejez no como aparecen, obviamente, en el plano de las evidencias, como una variable de la cantidad de vida. No como han sido pensados siempre, para bien o para mal, privilegiando la vejez o bien privilegiando la juventud. Proponemos pensar hoy estas nociones en función ya no de la cantidad sino de la calidad de vida.



mula como envejecimiento.

Usted espera. No está en el lugar. Sólo espera. Atisba, acecha. Quién va a llegar, qué va a ocurrir. Hace rato espera. Mientras tanto no existe nada a su alrededor. Sólo el tic tac del reloj. ¿Cuánto tiempo ha esperado en la vida, cuántas horas, cuántos días suma ese tiempo? Anótelos. Ese es su tiempo de no vida, su tiempo de envejecer.

Hay trabajos para envejecer. Son aquellos trabajos que no llevan por dentro el acortijo, la invención, aquel don que tiene todo juego. Trabajos secos, donde el hombre en realidad no trabaja sino que es trabajado. Es el hombre-herramienta. Pero también hay trabajos que pasan por encima de los años, que no hacen o casi no hacen edad. Los trabajos donde usted pone el alma, donde se casa con su producto, donde crea, donde inventa.

Cuando usted conversa con el amigo o el hermano tiene también las dos opciones. Puede conversar, es decir oír, o, bien, puede ocuparse sólo de volver la hoja, de cumplir el compromiso. Puede vivir o no vivir.

Hace poco encontré a alguien que se quejaba porque habían derribado el árbol que le hacía buena sombra mientras esperaba día a día el colectivo para ir al trabajo.

—¿Y cómo era el árbol?, le pregunté.

—No sé —me dijo de la manera más natural— nunca lo miré.

grarse de verlo. Pero también, cuando hace ese recorrido, puede no caminar sino solo apurar, simplemente avanzar. En este caso no existe, para usted, el camino sino sólo la meta o el afán de llegar.

Casi toda la vida del hombre está hecha de caminos para acceder a un objetivo, a una meta. Usted puede no vivir los caminos de la vida; no disfrutarlos o puede gozarlos. Es su opción. Pero con una condición, el tiempo que usted no camina en la vida, que sólo apura, forma un sedimento que va al fondo, que se acu-

Hacia más de veinte años que el hombre esperaba en ese lugar y no conoció nunca más que la sombra del árbol. Nunca estuvo allí, solo esperó siempre. Para esperar es suficiente conocer sólo la sombra de las cosas.

Leer un libro es leerlo dos veces. Volverlo a empezar cada rato, por puro gusto. Cogérlo al revés, es decir, desde la última página en adelante. Leer es viajar. Todo libro es un viaje. Pero de pronto usted tiene la opción de distanciarse, de ver desde lejos el viaje, como si fuera de otro viajero. Es posible leer un libro pero también es posible informarse, pasar de largo por él, solo para estar al día.

Leer es vivir, cualquiera que sea el texto. Puede ser un libro o una película o un paisaje. Toda lectura es esencialmente erótica. Usted tiene dos opciones con la lectura: leer o simplemente apurar.

Es ésta nuestra propuesta. Proponemos que envejecer no sea más una medida de cantidad, como si la vida fuera un agregado de partículas, un fluido constante. Proponemos que envejecer sea una medida de calidad de vida.

Entonces podríamos pensar un coeficiente de envejecimiento que sería la relación, en cada individuo, entre el tiempo no vivido y el tiempo vivido. De esta manera resultaría que cuando el coeficiente es mayor que uno, es decir, cuando el tiempo no vivido supera al tiempo vivido, aparece la vejez. Y esto mismo, esto quizás nos llevaría a dividir el ciclo vital de las personas ya no por edades sino por sociedades. En este caso las sociedades del no vivir tendrían un envejecimiento prematuro y las del vivir un envejecimiento tardío.

Pienso que estamos en vísperas de tiempos donde la opción del vivir va a crecer prodigiosamente. Esto lo percibo, por ejemplo, en la educación. Entonces quisiera exponerle aquí, conversando con ustedes, de manera muy prolija.

Cuando yo era niño mi padre era el mejor maestro. Entonces el saber llegaba hasta Galileo y Newton. Ya la tierra era redonda, naturalmente, pero su medida, la geome-

tría, todavía seguía siendo plana, con Euclides. Mi padre fue el primero que me demostró, mejor que el maestro, cómo los tres ángulos del triángulo se despliegan sumando una media circunferencia. Fue él quien me descubrió el enigma de los famosos calzones de Pitágoras. El me hizo entender cómo el péndulo del reloj giraría eternamente, sin cuerda, si no chocara con el aire y el gancho de que cuelga no rozara. Mi padre conocía mejor que nadie los tres reinos de la naturaleza y estaba seguro de que el hombre era un animal racional.

Sin embargo, a la vuelta de una generación las cosas cambiaron notablemente. Yo mismo no soy un hombre inculto o poco estudioso. Sin embargo, en lugar de ser yo paradigma del saber, frente a mis hijos, como lo fuera mi padre, ellos se me convirtieron en paradigma.

Fue a raíz de una simple tarea de mi hija menor como vine a descubrir a Cantor y sus conjuntos matemáticos. Mi sabiduría en la materia apenas llegaba hasta Carlos Federico Gauss. La noche de esa tarea no pude dormir. Al otro día tenía diseñado un texto didáctico sobre conjuntos que escribí y todavía anda por allí, inédito, mero deando en la casa.

La educación de mis hijos me descubrió la opción de la educación continuada, me cambió a fondo, directamente, la concepción de que existe una edad del aprendizaje. Con ellos me encontré el hecho de que es posible contar ya no sólo con base diez, con el código decimal posicional, sino con base dos, por ejemplo, como cuenta el computador. Fueron mis hijos los que me llevaron a pasar de la retórica a la lingüística, de la historia natural a la biología y de ésta a la ingeniería de los genes.

Mis hijos me han obligado a vivir, es decir, a no envejecer.

Y quisiera terminar estas notas pensando que no está lejana la hora cuando no resulte maravillosa o excepcional la declaración de Pablo Neruda: "Confieso que he vivido". Cuando esta declaración sea pan de cada día entre los humanos. **16**

al sentido de colectivo, de comunidad, es ritualizar un hecho que por desgracia se nos ha vuelto cotidiano en Colombia: la muerte violenta. Y para ello es fundamental el papel que podrían jugar los medios de comunicación, en especial la televisión.

La muerte violenta es lo peor que puede hacerse contra un individuo, pero también contra su familia y su comunidad. Para que en Colombia rescatemos el sentido de lo grave que es ese drama, es necesario recuperar los ritos de expiación.

Frente a la muerte los ritos marcan la fuerza de lo colectivo. Dicho de otro modo, violar ciertos ritos es pelearse contra el orden, contra la solidaridad, contra la solidez social y comunitaria.

A través de la historia de todos los pueblos del mundo, en la relación del ser humano con la muerte se produce una ritualización que incluye elementos fundamentales como el duelo que permite otorgarle una dimensión cultural colectiva y sociológica al proceso. Es decir, cuando se pierde a un ser querido suceden dos cosas: el dolor interno, incluida la desvalorización de las actividades y cierta identificación con la persona que se perdió; y un proceso de duelo sociológico que ayuda frente al duelo individual. Compartir y expresar el dolor con otros nos une con nuestros antepasados y con quienes atraviesan situaciones similares.

De forma que el rito cumple el papel de no dejar tirado a quien padece la muerte de un ser querido. Es tenderle la mano en términos personales y en términos de la tradición, de la costumbre. Por eso todas las culturas tienen ritos muy estructurados sobre la forma de tratar los cuerpos, de hacer la despedida, de realizar el entierro. Alrededor suyo la vida colectiva se detiene y se reorienta para atender el golpe y responderle al dolor. El rito se convierte así en una especie de cura colectiva, pues en tanto hay una herida individual también hay una herida colectiva que no se puede procesar jurídicamente sino a través de

la integración. Por eso, incluso en los casos de la más extrema miseria aparece la colecta, la búsqueda del familiar más lejano, toda esa movilización colectiva.

En una sociedad individualista como la nuestra, en muchas cosas podemos y debemos defendernos solos. Pero ante hechos tan graves como la muerte violenta debe volver a entrar en juego, con la mayor fuerza posible, lo colectivo. De ahí derivó un argumento sobre la forma en que se representa en nuestros medios de comunicación la muerte violenta: por lo general las imágenes que se presentan no respetan ni subrayan los ritos de la comunidad y no involucran al espectador. Sin embargo, bien podría esperarse de los medios masivos que, además de dar el hecho suelto, ayuden a encauzar ritualmente el dolor correspondiente.

A diario admiramos las grandes manifestaciones en España a raíz del asesinato de los concejales por parte de la ETA porque hubo una reacción colectiva. Y si bien aquí ni siquiera pedimos una reacción de rechazo frente a la muerte violenta, sí creemos necesaria que se participe en el duelo y en el reconocimiento de que algo en común una a todas las víctimas de la violencia. Sería ya una forma de sentir que la muerte de cada colombiano nos duele a todos.

Por eso nuestra mirada no puede ser la del voyeurista, tomada de un patrón de presentación surgido cuando en países muy pacificados se presentaba a través de los medios, en especial por la televisión, la violencia de otras regiones. Una mirada de antropólogo que va a registrar sin ser participe. Pero en el caso de una violencia al interior de la sociedad, esa perspectiva es un abuso. La comparación más dura sería ésta: nadie le toma fotografías al cuerpo de un pariente muerto en la casa. Todas las culturas evitan una actitud de este tipo pues hay un pudor en torno a los restos del ser humano. La presentación pública de un hecho noticioso debe respetar ese pudor para ritualizar y sacralizar la relación entre todos los colombianos ■

sumiendo un papel de liderazgo en las gestiones de paz que durante los últimos meses se han producido con diferentes actores armados, en nombre propio y de los gremios económicos Sabas Pretelt de La Vega ha participado en todas las gestiones que para la reconciliación nacional, se han hecho dentro y fuera del país. Por eso este año, para los colombianos su nombre forma parte de los actores de la paz independientemente de que aún muchos no sepan que es el Presidente de la Federación Nacional de Comerciantes, Fenalco.

No es posible invertir en medio de la balacera



Foto: Jesús Abad Colorado

lidad de usar la violencia, la fuerza del argumento crece y hay una mayor preocupación por las justificaciones. En cambio, ante la fuerza de la bala, la razón casi siempre se ve fuertemente devaluada, se desvanece.

Para el país es necesario abordar el subdesarrollo de la crítica y de los razonamientos de los distintos actores como uno de los efectos nocivos del recurso de la violencia puesto que además del exterminio de los opositores, la sociedad ha perdido su receptividad frente a los planteamientos críticos. De modo que junto al hecho de que tal vez buena parte de los colombianos más críticos fueron asesinados, tampoco existe un auditorio para el debate ya que ante el uso de la violencia la fuerza de la discusión es secundaria. Las decisiones reales dejan, por lo tanto, de dirimirse en el terreno de las justificaciones.

En el año 91 tuve la oportunidad de dirigir la monografía de filosofía que en la Universidad Nacional escribió Clara Carrillo. Su hipótesis era que la conversación entre actores de un conflicto podría ayudar mucho a reducir el divorcio entre las disposiciones jurídicas, las disposiciones culturales y las órdenes morales. Esta alumna concluyó que no sólo la comunicación honrada y sincera entre las personas reduce la tensión que provoca ese divorcio, sino que, en términos generales, el sólo hecho de conocerse, de dar la pelea de cerca o de hacerse las trastadas mirándose a los ojos, logra ya un cambio significativo.

Según estudios de hace 20-25 años en la Universidad de Yale, luego publicados en el libro *Obediencia a la autoridad*, la violencia a distancia, sin conocer la víctima, es mucho más fácil de ejercer. En parte porque la violencia se basa en prejuicios, y el contacto directo problematiza esos prejuicios: nunca nadie es tan malo como uno se lo puede imaginar de lejos. Además, la interacción directa, así sea un forcejeo, permite reconocer tradiciones comunes, elementos simbólicos o valorativos que unen. Y esas pequeñas coincidencias son muy importantes para desabsolutizar un conflicto.

Paradójicamente, pese al generalizado sentimiento de frustración, en los elementos objetivos de la evolución de los conflictos del país vemos que en realidad hay una cierta estabilización. Así lo indica la curva de homicidios de los últimos 15 años. Incluso las grandes ciudades han hecho notables progresos, aunque esos progresos en buena parte se neutralizan por un incremento de la violencia en algunas regiones rurales.

Pero la sensación de zozobra es mayor pues hay componentes adicionales: aumentó la motivación al logro individual, se espera más de la vida, creció el nivel educativo y posiblemente mejoró la racionalidad de la discusión pública. Estos elementos hacen que se comparta más un juicio de irracionalidad frente a muchas de las cosas que nos acontecen y que, además, ya no concebimos tan lejos de nosotros. En otras épocas existían más mitos románticos que permitían insertar a los grupos armados en una especie de polarización ideológica, o tal vez el Estado y los medios eran más eficaces para ignorar lo que pasaba. Pero ya hoy mucha gente dice: "Mire, a mí de ideologías no me hable; hábleme de pequeños procesos donde la gente juegue honradamente unas reglas básicas que la humanidad ha definido y jerarquizado". Estos nuevos valores, en una mirada más terrenal, hacen que para el común de los colombianos la óptica sea distinta y vean a su país con más dolor.

Esa motivación al logro es una de las medidas más claras del progreso del individualismo en el país. La economía del rebusque, el sistema educativo, los medios de comunicación, todo apunta en la misma vía individualizante. Sin embargo, ese individualismo crece con tanta rapidez que no se armoniza con otros valores importantes.

En esa medida, aquí hemos visto cómo hay personas que deciden arriesgar valores tan extremos como la conservación de la propia vida frente a la posibilidad del éxito. Es una especie de tránsito absurdo. Como si uno pudiera llegar a bachillerato y olvidar de inmediato todo lo que aprendió en la casa y en primaria. De modo que

si bien se sabe tres o cuatro cosas claves del bachillerato, en el afán de llegar al siguiente escalón en realidad ha desbaratado los cimientos, la base. Y un segundo escalón sin cimientos se cae. Ése es nuestro caso.

Si volvemos en un plano general a la enfermedad colombiana, diría que somos muy racionales y capaces; poseemos malicia, astucia y sentido del rebusque. Pero en estos años hemos tenido que aprender a entender que no basta con optimizar las cosas a la loca sin un sentido de conjunto y que hay reglas generales que deben cumplirse. Tenemos muchos ejemplos: el narcotráfico logró lo óptimo con la Constituyente desde el punto de vista de su interés inmediato, la no-extradición. Pero no le bastó. Obtuvo luego la rebaja de penas, y a pesar de todo siguió presionando a fiscales y jueces. El resultado, en este ejemplo, fue que ganaron una serie de pequeñas victorias pero al final se les desbarató un proceso logrado a partir de optimizaciones locales sin mirar las consecuencias y las implicaciones para el país, para la justicia, para las instituciones, y sin mirar las implicaciones para las relaciones internacionales de Colombia. Un punto de vista distinto, de racionalidad más global, sería: si ya peleaste por ser juzgado en tu patria y lo conseguiste, de ahí para adelante a respetar la justicia de la patria. De haberlo hecho así, el mundo entero estaría mirando a Colombia con admiración por haber logrado sostener la teoría de que los colombianos quieren ser juzgados por colombianos, lo que en principio era posible.

En Colombia tenemos constantes procesos de conciliación no consciente, sin acuerdos: "te hiero —me perdonas, te hiero— me perdonas...". Es la tolerancia en el sentido negativo del exceso de indiferencia. He tenido la oportunidad de escuchar a personas de países donde priman formas de vida muy utilitaristas, muy orientadas a la economía, diciendo que los colombianos no invertimos en relaciones de respeto y cariño. En términos culturales, podría decirse que buscamos un refugio en el individualismo familiar, o territorial, donde cada cual lucha por sí y para sí mismo, con una suerte de fatalidad,

de sentir que muchas cosas son incomprendibles, irracionales.

Sin embargo, el individualismo más moderno es instrumental, está basado en la motivación al logro y en la necesidad de aumentar la capacidad para llegar a acuerdos estables, la mayoría basados en el respeto a leyes o costumbres comunes. Presume entonces que hay reglas generales garantizadas y seguras dentro de las cuales cada uno labra su trayectoria, su camino económico, su realización personal, su proyecto de vida.

Las transgresiones muy fuertes, como las que vemos en Colombia, rompen esas reglas y evidencian que no estamos aún en ese mundo moderno sino en uno anterior, bastante trágico, caracterizado por la poca capacidad para llegar a acuerdos aceptados, respetados por todos y la poca confianza en los demás.

En el estadio ideal de una sociedad de bienestar, con una alta calidad de vida, la clave está en que los acuerdos se sostengan sin necesidad de violencia. La interpretación de la ley como acuerdo colectivo hace que las transgresiones se corrijan a tiempo; además, la inversión inicial de la gente en confianza hace que el buen comportamiento amplíe día a día los niveles de confianza.

El rito de la muerte

Una forma muy importante para volver

Una forma muy importante para volver al sentido de colectivo, de comunidad, es ritualizar un hecho que por desgracia se nos ha vuelto cotidiano en Colombia: la muerte violenta. Y para ello es fundamental el papel que podrían jugar los medios de comunicación, en especial la televisión.

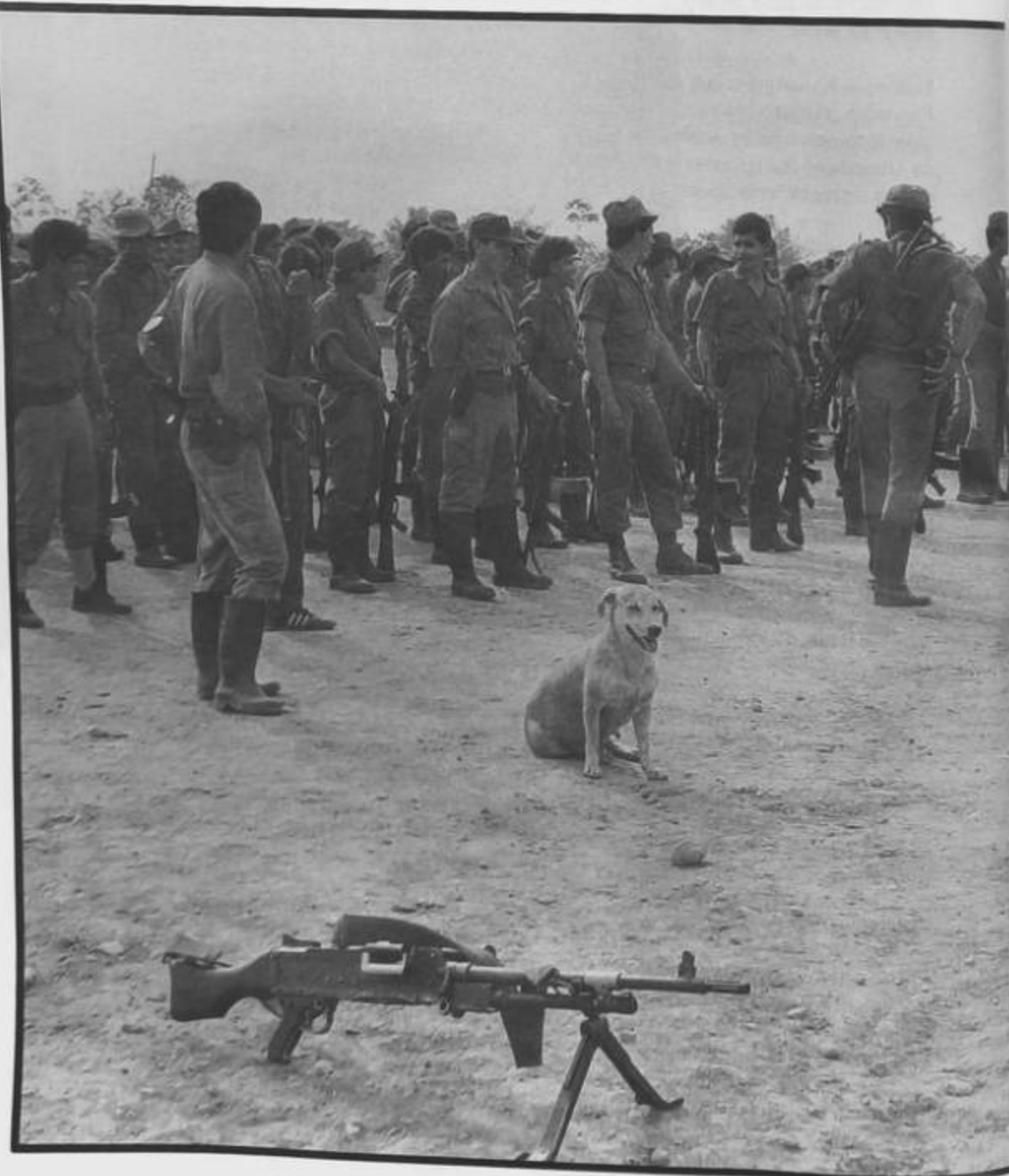


Al generar con sus propuestas y actos simpatías incondicionales o irreconciliables antipatías, más que exalcalde de Bogotá y excandidato presidencial, el filósofo y matemático Antanas Mockus es un observador y un estudioso de la conducta humana. De tal ejercicio surgió su teoría respecto a la "enfermedad colombiana", como una suerte de bola de nieve que nos hace transitar permanentemente entre los caminos de la violencia, la muerte y la supervivencia.

La enfermedad colombiana

Antanas Mockus Sivickas

Foto: Hervásquez. Cortesía El Colombiano.



La "enfermedad colombiana" se caracteriza por la siguiente situación: pese a que los colombianos logramos resolver bastante bien una serie de problemas de tipo económico y financiero, no resolvemos el más importante de todos: la protección a la vida, la capacidad de contener el uso de la fuerza y de la violencia.

¿A qué atribuir esto? En primer lugar, a que en Colombia la contención de la violencia tiende a hacerse por frágiles acuerdos entre particulares. Es escandaloso, incluso asombroso, ver la forma en que se convive con la guerra y la violencia gracias a esa extraña voluntad de la sociedad y del Estado para mantener funcionando con soluciones de corto plazo muchas otras cosas. Somos como un gran edificio sin cimientos que obligatoriamente debe ser reconstruido, sin dejar que el edificio se caiga.

Entre los elementos más graves de esta "enfermedad" se inscribe el que los equilibrios necesarios para el funcionamiento de la sociedad se logren de manera artesanal y privada. De modo que la clásica estrategia de pedirle al Estado garantías suficientes para que ciertos mecanismos de solución de conflictos no sean utilizados por particulares, son remplazados en Colombia por una sumatoria de arreglos o pactos locales que resultan muy frágiles frente a la llegada de nuevos actores, de imprevistos, de incidentes pequeños, ambigüedades o rumores que afectan fácilmente los equilibrios antes logrados.

Es como si la "lógica del rebusque" se aplicara al conflicto. Las formas de solución local son muy precarias, inestables, arriesgadas y costosas en términos de vidas humanas y confianza. Pero también, y es de los factores más graves, en términos de seguridad. La precariedad de los pactos hace que los proyectos de vida de la gente se vean rodeados de muchas contingencias.

La fórmula de los pactos se aplica a casi todos los conflictos y formas de violencia. En lo que se refiere al conflicto armado, vemos cómo una solicitud tan querida por los mandatarios locales como son los llamados diálogos regionales tienden a sis-

tematizar y oficializar ese proceso. Por eso, tanto la guerrilla como el gobierno y los miembros de la sociedad civil saben las limitaciones de los pactos regionales. De hecho, allí se abordan temas que seguramente habrán de requerir modificaciones nacionales. Pero al mismo tiempo es inobjetable que estos diálogos, por su carácter plural, resultan útiles para construir confianza y posiblemente soluciones más equilibradas.

Nuestro caso es paradójico. Todos despreciamos las instituciones pero al mismo tiempo sin ellas resulta imposible la estabilidad de las reglas de juego. Por ejemplo: es muy distinto tener un reglamento estable de fútbol aprobado por la FIFA a tener que definir las reglas de juego a la entrada de cada partido o de cada campeonato. Sin embargo, definir las reglas para un campeonato es mejor opción que definir las reglas para un partido o para los próximos 10 minutos del partido. En esta misma línea, buscar acuerdos regionales es un progreso pero aún muy lejano de una reconstrucción estable de las reglas, indispensables éstas para poder proyectar en el tiempo cualquier actividad. Volviendo a nuestro ejemplo, poder contar con que el fútbol se seguirá jugando de la misma manera el año entrante nos permite enderezar una serie de esfuerzos para jugarlo bien. De modo que si bien los diálogos regionales pueden facilitar la construcción de confianza y de reconocimiento entre los distintos actores del conflicto, también introducen una especie de cinismo con relación a la coexistencia de distintos sistemas de reglas. Sería como jugar fútbol pero aceptar que el otro tiene un cierto derecho a pensar que a veces juega rugby. Ese tipo de ambigüedad puede socavar el esfuerzo de las familias, de la educación y en general de las instituciones ligadas a la cultura para afianzar la nueva Constitución y el principio de acatar reglas. Por eso un principio básico para la convivencia es: "Mejor juguemos plenamente dentro de la ley".

Otra manera de ver la enfermedad colombiana es la subutilización de la crítica y la precariedad de las justificaciones de todos los actores. Podríamos explicarlo así: cuando en un debate se excluye la posibi-



Bitácora: ¿Por qué en estos últimos años los gremios colombianos han decidido meterse de lleno en el tema de la paz?

Sabas Pretell de la Vega. Los empresarios estamos muy comprometidos con los temas nacionales y sin duda el más acucioso en este momento es el de la paz. Si no logramos materializarla ningún negocio prosperará y las familias colombianas no saldrán adelante. Hoy en día la violencia nos impide un crecimiento armónico en el producto interno bruto pues cuesta el 5% del PIB anual. Sin violencia en nuestro país el progreso y el empleo serían notables. Por eso el mayor compromiso que tenemos hoy los empresarios es sacar la paz adelante.

¿Hasta dónde va ese compromiso?

Es en todos los niveles. Por ejemplo: estamos participando activamente en el Mandato por la Paz; estamos adelantando conversaciones con las organizaciones armadas; formamos parte del Consejo Nacional de Paz, donde yo, por ejemplo, represento al sector privado; al mismo tiempo, impulsamos la participación en la Asamblea Permanente de la Sociedad Civil que promueve la Comisión de Conciliación Nacional. Es decir, en todos los ámbitos que nos pueden permitir hacer la paz ahí estamos.

¿Cómo se está dando la participación de los gremios económicos en la Asamblea Permanente de la Sociedad Civil?

Con nuestras ideas y nuestros aportes. Por ejemplo, apoyamos la realización de conversaciones con las organizaciones armadas, como el encuentro con el ELN el pasado mes de julio en Mainz, Alemania, donde logramos llegar a algunos acuerdos de carácter humanitario, social y político con miras a encontrarle salidas al conflicto. Lo cierto es que el empresariado colombiano tiene la decisión permanente de generar empleo; por eso el tema de la paz debe ir vinculado al del desarrollo. Y sólo puede generarse empleo cuando

hay crecimiento estable en el sector privado colombiano, es decir, en las empresas de nuestro país.

Tal como lo saben los colombianos, no es éste el primer proceso de paz en nuestro país. ¿Qué opinión le merecen las anteriores experiencias?

Con relación a esos procesos, la gran diferencia es que antes los adelantaba sólo

el gobierno. Hoy en día quien negocia es el gobierno pero la presencia de la sociedad civil es fundamental. Así, si antes al gobierno o al ministro le daba una patalmeta, no le gustaba lo que le decían, o había un atentado, se producía el retiro de la mesa de negociaciones. Ahora la sociedad civil está empeñada en que no la retiren de la negociación. Por lo menos a nosotros, a los comerciantes, a Fenalco, no lo saca nadie de la negociación del conflicto armado, o por lo menos de la posibilidad de aportarle al proceso de paz.

De tal forma que ya se ha logrado que toda la sociedad entienda que este no es conflicto de unos tipos que andan por allá en el monte: es un conflicto de todos los ciudadanos. Aquí no hay víctimas inocentes. Todo el país está comprometido en la guerra y por lo tanto todo el país tiene que buscar la solución.

¿Cuál es el papel concreto de gremios como Fenalco en una mesa de negociación



Foto: Jesús Abad Colorado

en tanto son sociedad civil pero al mismo tiempo están más cerca de las esferas de poder económico y político?

Nosotros llegamos allí desprovistos de pretensiones. Nuestro único interés es coadyuvar al proceso de paz. Como empresarios simplemente decimos que estamos dispuestos a colaborar en todo sentido. ¿Económico?, sí. De hecho, lo estamos haciendo a través de los tributos y si el día de mañana hay que hacer unos bonos por la paz porque el gobierno no tiene los recursos para financiar un proceso ahí estarán los empresarios. Pero esperamos que el gobierno mismo lo haga y se liberen recursos de la guerra para el proceso de paz. El compromiso es grande, generoso; no de idiotas útiles, porque no lo somos, pero sí tenemos la decisión y el compromiso total, desde el pequeño comerciante hasta el más poderoso.

Los empresarios estamos muy comprometidos con los temas nacionales y sin duda el más acucioso en este momento es el de la paz. Si no logramos materializarla ningún negocio prosperará y las familias colombianas no saldrán adelante.

¿Hasta qué punto consideran ustedes que el tema social está vinculado al de la guerra y la paz?

Muchísimo. Lo malo es que no se puede hacer desarrollo social en medio de la balacera. Aunque no hay una relación directa entre violencia y pobreza —de los 100 municipios más pobres de Colombia sólo el 15% tiene violencia. En el caso de la guerrilla, muchos de sus miembros no son pobres, sino de clase media, profesionales. Cambiar el régimen por la vía de las armas es una posición ideológica; otros pensamos que hay que hacerlo por la vía de los votos, por la vía de los procesos políticos. En el fondo todos buscamos lo mismo, una sociedad mejor.

De igual modo, la gente pregunta todo el tiempo, se ¿por qué no se hace desarrollo social en los departamentos del sur de la Costa? Pero y bueno, yo también me pregunto, ¿qué ganadero se va allá si lo van a secuestrar?, ¿qué empresario del sector agrícola va a sembrar si no puede ir a la finca?, ¿quién puede transportar si dinamitan los camiones? De tal manera que lo que más se requiere es paz. Cuando la tengamos, el empresariado llegará de inmediato así como la infraestructura del sector público. Ambas deben ir de la mano.

Fenalco, al igual que muchos otros sectores en el país, está trabajando mucho por la paz y nuestras expectativas son positivas. Así lo demostramos con esfuerzos como el de Mainz, en Alemania, que ya se constituyen en pasos importantes. Pero hay que trabajar sin aspavientos en el Comité Nacional de Paz y con el Mandato por la Paz, que es un mandato serio del pueblo colombiano. Los resultados se empiezan a ver. Ya toda la sociedad civil y todo el mundo entiende la necesidad de negociar el conflicto. Y ahí está la Asamblea Permanente por la Paz, que es la reunión de voluntades más grande que se puede organizar en Colombia para decirle a los violentos que no queremos más guerra ■

Uno de los temas que tiende a evadirse en foros y declaraciones relacionadas con la paz en Colombia es la forma de abordar el narco-cultivo y el narcotráfico en un proceso de paz. Espinoso asunto, pero ineludible, si de verdad queremos normalizar las relaciones sociales, políticas y económicas del país. Por eso es importante conocer las opiniones de personas como Juan Carlos Palou, quien desde el Plante, entidad gubernamental encargada de adelantar el programa de desarrollo alternativo, intentó lograr la sustitución de cultivos desde perspectivas diferentes a la represiva y hoy considera necesario involucrar a la guerrilla en la solución de un problema que afecta a muchas familias colombianas.

Los narco-cultivos frente a un proceso de paz

Juan Carlos Palou

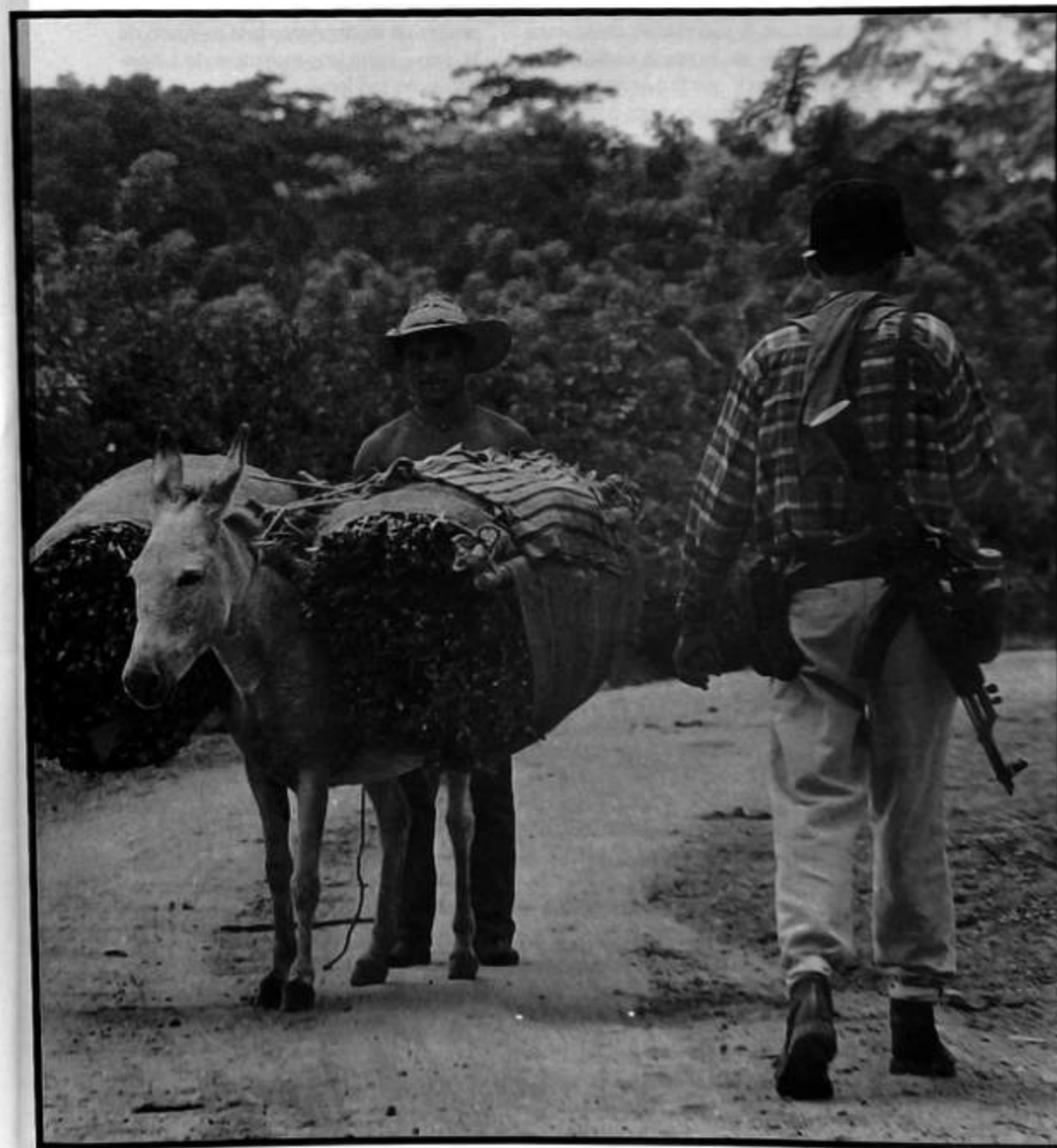


Foto: Jesús Abad Colorado

El Plante considera que la calificación de narco-guerrilla tiene un carácter más ideológico que descriptivo de la realidad. Esta afirmación, sin embargo, no pretende negar el hecho de que la guerrilla hace presencia en zonas de cultivo de coca y amapola o que quienes desean realizar una actividad de cultivo ilícito se ubican en zonas donde hace presencia la guerrilla y el control del Estado es débil o inexistente. Pero estas relaciones entre el narcotráfico y la guerrilla son coyunturales, tácticas y contingentes, no estratégicas.

Al igual que con otras actividades económicas, la guerrilla aprovecha los cultivos ilícitos así como la existencia de laboratorios de procesamiento y de pistas clandestinas para la exportación de la droga como fuente de ingresos económicos. Esto quiere decir que la guerrilla se apropia de una parte del producto o del excedente adquiriendo así recursos para alimentar la continuidad de su proyecto político hoy concentrado en el control territorial, el control de las autoridades locales y el control de las poblaciones que se encuentran en su área de influencia.

No obstante, es importante entender que las relaciones de la guerrilla con los sectores narcotraficantes son diferenciadas territorialmente. En algunos lugares del país tienen un cariz cooperativo, es decir, se trata de dos ilegalidades que se refuerzan y colaboran entre sí porque táctica y coyunturalmente hay objetivos comunes: así, mientras la guerrilla deriva recursos para su proyecto político militar, los narcotraficantes garantizan la materia prima necesaria para llevar adelante su jugoso negocio. Pero existen áreas utilizadas por el narcotráfico para inversiones de largo plazo y blanqueo de capitales, donde compran tierras y buscan insertarse en la sociedad local, mimetizarse con sectores terratenientes o sociales tradicionales para tener una presencia abierta y públicamente aceptada. En esas áreas ejercen control sobre las autoridades locales a través de su gran poder económico y su capacidad intimidatoria. En ese contexto desarrollan procesos de paramilitarización, entran en disputa con la guerrilla y, sobre todo, con la población potencialmente aliada de la subversión.

Pero es necesario hacer una anotación adicional: en el contexto continental, Colombia es tal vez el único país que tiene dos modalidades claras de cultivo ilícito: una producción eminentemente campesina y otra producción esencialmente empresarial. Las dos son de tipo comercial puesto que a diferencia de países como Bolivia o Perú, donde el campesino y el indígena producen para un consumo legal y tradicional, o incluso para el autoconsumo, en Colombia nuestros campesinos producen para el mercado mundial de la droga. Sin embargo, es indispensable señalar que su estructura de producción y sus características socio-económicas son propias de la economía campesina. El cultivo empresarial, por el contrario, obviamente orientado al mercado de la droga, tiene una estructura de funcionamiento moderno.

En este contexto la guerrilla, según la estructura de producción que el cultivo ilícito tenga en una determinada zona, también establece las relaciones de manera diferenciada. En cuanto a lo empresarial, proporciona seguridad y en contraprestación exige un pago por ese servicio. Frente al campesino, la guerrilla no sólo permite la existencia de los cultivos ilícitos, sino que al mismo tiempo ejerce algunas funciones de autoridad-seguridad, disminuyendo los costos de transacción de las operaciones comerciales en cuanto que, con su presencia, se reducen las posibilidades de robo o de exacciones arbitrarias, así como otra serie de problemas que se presentarían de no existir ningún tipo de autoridad en las zonas. En principio, el cobro que la guerrilla hace al producto cocalero campesino recae fundamentalmente sobre el intermediario que compra la base o pasta de coca y paga el impuesto de comercialización.

No obstante, podemos afirmar que la guerrilla no ha mejorado la posición relativa ni los términos de intercambio del campesino en esa relación comercial con el intermediario que adquiere la pasta de coca. Por eso la presencia de cultivos ilícitos ha conservatizado a la misma guerrilla que ha ido perdiendo, como efecto de ello, su carácter revolucionario.

rio. Porque lo que la guerrilla hace hoy por hoy en muchas zonas productoras de ilícitos es garantizar el adecuado desarrollo de un negocio típicamente capitalista, en donde el productor directo —léase campesino, colono o indígena— no percibe beneficios superiores a los que podría percibir cualquier otro campesino sometido a una actividad capitalista rentable. La guerrilla ha terminado protegiendo el *statu quo*. Y si bien estos cultivos le garantizan al campesino un ingreso cierto y estable, lo han empobrecido muchísimo en materia de organización campesina, de desarrollo humano y de capital social. Como comentó un agudo analista, para producir cultivos ilícitos no se necesita una organización campesina, puesto que es igual o más eficiente hacerlo a través de un productor aislado, sumiso y obediente a los factores de poder local. Por eso no hay en las zonas cocaleras o amapoleras proyectos políticos y sociales con referentes que desborden los límites de la pequeña localidad.

Por otra parte, hemos podido constatar que en las zonas donde se producen cultivos ilícitos, salvo contadas excepciones, no hay un proceso de acumulación sostenible por parte los campesinos, ni se orientan recursos hacia áreas de infraestructura, de educación o salud que puedan mejorar su calidad de vida, su capacidad productiva o su capital social. Es una producción escueta, precaria, elemental. No se dan inversiones sociales significativas porque no están dentro del interés ni de los grupos narcotraficantes ni probablemente de la guerrilla, de hecho más preocupada por aumentar su volumen de ingresos para mantener su proyecto político-militar. De ahí que no se vea una intención transformadora de la realidad social.

Así mismo, aunque existan estrategias de carácter nacional, reguladas por algún centro político, tanto respecto de la guerrilla como de los grupos paramilitares, fuertemente articulados a los narcotraficantes, en general la correlación local de fuerzas determina cuándo las relaciones son de conflicto y cuándo de cooperación entre guerrilla y narcotraficantes.

No obstante estas diferenciaciones y apreciaciones, aún falta mucho para que en Colombia se llegue a un consenso —necesario, urgente e indispensable— alrededor del lugar que la solución de los cultivos ilícitos debe tener en una agenda de negociación, en el evento de un exitoso proceso de paz con los grupos guerrilleros.

Insisto: falta mucho para llegar a un consenso porque éste no debe darse únicamente entre los actores nacionales —guerrilla, gobierno, sociedad civil nacional y regional— sino que debe considerar la interferencia, influencia o presencia de otros actores importantes de la comunidad internacional, como las Naciones Unidas, la Unión Europea y particularmente los Estados Unidos. Es necesario que la opinión pública colombiana, la sociedad civil colombiana y el gobierno colombiano empiecen a discernir la existencia dentro del Estado norteamericano (Ejecutivo, Congreso, burocracia antidrogas...) de múltiples posiciones, perspectivas e intereses no siempre complementarios sino, las más de las veces, contradictorios. Porque si bien se tiende a pensar la estructura estatal o gubernamental norteamericana como monolítica y actuando con coherencia y disciplina, lo cierto es que allí hay órganos competentes en el problema de las drogas, hay órganos y sectores de opinión interesados en el problema de los derechos humanos y hay entidades interesadas en el conflicto interno y la estabilidad política del área. Entre ellas también se debe esperar un consenso que ten-

Aún falta mucho para que en Colombia se llegue a un consenso —necesario, urgente e indispensable— alrededor del lugar que la solución de los cultivos ilícitos debe tener en una agenda de negociación, en el evento de un exitoso proceso de paz con los grupos guerrilleros.



Foto: L.F. Jaramillo

drá influencia en el manejo interno del problema. No parece viable aspirar a una absoluta autonomía para definir si en Colombia la prioridad es luchar contra el narcotráfico o solucionar el conflicto interno. El problema depende de cómo interactuar-negociar en varios escenarios al mismo tiempo —el interno y el externo— y en varios frentes temáticos (derechos humanos, medio ambiente, conflicto militar, etc...)

Teniendo en cuenta estos aspectos, para que en Colombia se llegue a consolidar un consenso claro deben darse procesos de diálogo y negociación. El futuro en este sentido parece esperanzador. Por lo menos en cuanto a lo formal y lo simbólico las partes involucradas han dado señales que indicarían un interés real por empezar a producir cambios de fondo con relación a todos estos asuntos.

Mientras se producen transformaciones que conduzcan a soluciones definitivas frente a temas tan fundamentales, lo importante es que el país acepte que hay un numeroso sector de colombianos relacio-

nados con el cultivo ilícito. Hoy en día cerca de 580 mil compatriotas están directamente vinculados, la gran mayoría de ellos porque la economía legal no les ha proporcionado alternativas dignas para acceder a ingresos ni a un mínimo de calidad de vida. Mientras un proceso de paz y negociación se consolida y produce todos sus frutos, el Estado colombiano sí puede y debe fortalecer una serie de inversiones de carácter social orientadas a sustituir las fuentes de ingresos para estos sectores.

Por paradójico que parezca, lo deseable sería lograr que el cultivo ilícito quedara íntegramente en manos de sectores empresariales. Eso significaría que se habría recuperado a todos los sectores campesinos involucrados. Por eso es tan importante ir identificando y aislando los focos de cultivos empresariales pues de esa manera podríamos afirmar sin temor a equivocarnos, que se trata de actividades eminentemente delictivas. Pero mientras haya sectores que por necesidad socio-económica incurren en el cultivo ilícito porque la economía legal no les da oportu-

nidades, hay que hacer grandes esfuerzos para proporcionarles alternativas legales mediante una inversión social.

La guerrilla no tendría por qué oponerse a una estrategia de esta naturaleza. Encontraría en un programa serio y consistente de desarrollo alternativo una salida real para estos sectores campesinos que en alguna medida ellos pretenden representar. Sería así mismo un ingreso regional, un ingreso local y un ingreso político. Mientras entramos a un proceso intenso de diálogo y negociación que entre otros aspectos defina la solución que debe dársele a los cultivos ilícitos, debemos profundizar en programas de desarrollo alternativo que le ayuden a esta población campesina e indígena. Si, por lo pronto, algunas de esas estrategias se realizan con un grado de acuerdo con la guerrilla, los resultados podrían potenciarse sin necesidad de esperar a que hayamos negociado la reestructuración institucional o la consolidación definitiva de un proceso de paz en Colombia.

En el evento de un proceso exitoso de negociación, un programa como el Plante puede aclimatar condiciones para un diálogo nacional. Pero una vez ese proceso de diálogo entre en su etapa más productiva, el Plante puede ser un instrumento fundamental para ejecutar acuerdos en las áreas de cultivos ilícitos. Y aquí hay que hacer una claridad indispensable: el Plante no pretende resolver el problema del narcotráfico empresarial, ni los problemas de inversión pública o social en áreas no productoras de ilícitos. Es, simplemente, un instrumento para aclimatar condiciones positivas antes y durante la negociación y un instrumento importante para acometer metas que se hayan definido en la negociación en términos de inversión social, sustitución de cultivos, etc.

Para esos procesos será muy importante la experiencia del Plante que ha pasado ya por varias etapas, errores y éxitos. En su primera formulación, por ejemplo, el Plante se interpretó como un complemento a la fumigación, es decir, que en primera instancia aparecía la fumigación o la erradicación, forzosa o voluntaria, y luego entraba el Estado a satisfacer con ca-

rácter de emergencia una serie de necesidades para mitigar la crisis de ingresos que produce una erradicación forzosa.

Pero en este último período el Plante ha tratado de volverse más proactivo modificando el binomio coersión-persuasión. Creemos que es preferible y más rentable desde el punto de vista social, e incluso económico, aproximarse en primera instancia al cultivador de manera persuasiva, tratando de constituir con él alianzas orientadas a crear alternativas económicas legales y viables. Esta estrategia puede hacer innecesaria la coersión.

En aras de ello es importante pensar en la manera de introducir reformas legales, en particular al estatuto antinarcóticos, para que la ley reconozca la diferencia entre cultivador, campesino o indígena, y el cultivador empresarial. Esto implicaría admitir que la causalidad, la motivación y el comportamiento de unos y otros son diferentes, y disminuiría la criminalización a que ha sido sometida la comunidad campesina. Para Colombia ha sido muy grave —y probablemente hemos fortalecido como un efecto indeseado la legitimidad de la guerrilla— esta criminalización y las soluciones estrictamente represivas al problema de los cultivos ilícitos. Llegar a una legislación acorde con la realidad exige, como es natural, un consenso con la comunidad internacional pues no podemos olvidar que la mayor parte de los compromisos de Colombia en materia de narcotráfico derivan de acuerdos internacionales. Por eso es necesario un importante trabajo de búsqueda de consensos con organismos internacionales.

Descriminalizar al campesino es fundamental para la paz. Países como Bolivia y Perú tienen una situación más benigna en la materia. En Perú, por ejemplo, no es delito el cultivo, se persigue al intermediario, al procesador. En Bolivia, en determinadas áreas la actividad es lícita por ser un cultivo tradicional. Como en Colombia no tenemos esa tradición de consumo, salvo marginalmente en algunas comunidades indígenas, estamos obligados a abrirle un espacio a la causalidad socio-económica. Hacerlo sería un paso importante para la paz. ■

Cuando se habla de narcotráfico y de su impacto para el país, se piensa en los aspectos económicos, jurídicos y de imagen internacional. Sin embargo, hay dos temas poco abordados pero cruciales cuando nos referimos al narcotráfico: sus efectos sobre la cultura y su papel en el marco de una eventual solución al conflicto armado en Colombia. Alonso Salazar, un connotado especialista en estos temas, analizó ambos casos en el libro *La cola del lagarto*, publicado por el Proyecto Enlace y la Corporación Región. En *Bitácora* nos ofrece una versión de su estudio.

El impacto cultural del narcotráfico

Alonso Salazar J.



Foto: TeatroTaller de Colombia Archivo Festival Iberoamericano de Teatro

Una encuesta realizada por la Cruz Roja Internacional a los actores del conflicto armado en el país evidencia que frente al tema del narcotráfico la mayoría miente o guarda silencio. Parodiando a monseñor Rubiano, el elefante se ha metido a la casa de muchos sin que lo hayan visto. ¿No sería más conveniente hablar con sinceridad del narcotráfico, pensar que es un tema ineludible de la Colombia contemporánea y asumir que la solución a nuestro conflicto de violencia pasa por crear un consenso nacional sobre el tema?

La génesis de los traficantes

En 1997 la mayoría de los capos colombianos fueron detenidos o muertos por las fuerzas de seguridad del Estado, con lo cual terminó un primer ciclo del tráfico en el país que incluyó la extradición de Carlos Lehder, las muertes de Gonzalo Rodríguez Gacha, Pablo Escobar, Gustavo Gaviria y José Santacruz; el encarcelamiento de Miguel y Gilberto Rodríguez Orejuela y el sometimiento a la justicia, entre otros, de Henry Loaiza, *El Alacrán*, Patiño Fómez y Pacho Herrera.

El gobierno de Ernesto Samper proclamó su triunfo sobre las organizaciones de traficantes, tal como lo hizo César Gaviria tras la muerte de Pablo Escobar. Pero los hechos posteriores indicaron que no se logró disminuir de manera significativa el narcotráfico. Era, quizás, el fin de los grandes carteles y de los capos que se hicieron famosos en el mundo entero por sus fortunas, su violencia y sus acciones pintorescas. Era, sí, el fin de una generación de personajes odiados y admirados, inmortalizados en la memoria de los plebeyos como rebeldes primitivos que se resisten a morir, o descritos como "promotores del desarrollo" y "hombres de paz". Los capos, esos hombres que parecían inmunes, al final fueron derrotados en la guerra con un Estado que los toleró por mucho tiempo.

Algunos de estos hombres se hicieron ricos y poderosos durante la década de los años 70, y otros, los recién llegados, acumularon sus fortunas al finalizar la década

de los 80. Todos estuvieron envueltos en guerras. Unos por las guerras internas, otros en guerras extensas contra las guerrillas y en prácticas de exterminio contra la izquierda y la organización popular. Asociados con sectores de las Fuerzas Armadas, los capos de la droga generalizaron el asesinato y las matanzas, mezclando la guerra sucia y el estilo de la *vendetta* mafiosa con el viejo conflicto armado de la nación colombiana.

La cultura atávica: la fuerza y el oro

Al comienzo, los dos núcleos más importantes de tráfico de cocaína eran los de Cali y Medellín; posteriormente surgieron otros, subsidiarios de los primeros o con alguna independencia. Entre los nuevos núcleos, los más significativos fueron los llamados Cartel de la Costa y Cartel de Bogotá, éste último liderado por Gonzalo Rodríguez Gacha. A medida que el negocio creció, las estructuras del narcotráfico se diversificaron y complejizaron; entraron en escena otros actores, como el llamado Cartel del Norte del Valle, y años después apareció el negocio de la amapola con centro en nuevas ciudades como Ibagué, Neiva y Pereira.

Para referirse a estas organizaciones los estadounidenses se apoyaron en la figura del *cartel*, como estructura jerarquizada y centralizada, aunque en realidad funcionan más como asociaciones o cooperativas. La categoría que más parece ajustarse a casi todos los grupos de narcotraficantes es la del clan, si bien debemos reconocer la diversidad en su manera de operar, en sus relaciones con la población, en su ejercicio de la violencia y en sus costumbres y maneras de ser.

No obstante que los grupos de traficantes de Cali y Medellín caminaron un largo trecho juntos, manteniendo incluso vínculos organizativos, posteriormente se distanciaron y se diferenciaron en sus prácticas sociales, en su actitud frente al Estado y en el uso de la violencia, factores que evidenciaron las diferencias culturales entre un grupo y otro.



"La plata no es para tenerla al agua y al sol", le respondía Gilberto Rodríguez Orejuela a quienes le ofrecían tierras. Esa actitud, sumada a los roles y comportamientos de este núcleo, dieron bases para entenderlo más como un grupo de empresarios ilegales que como un grupo de mafiosos o bandoleros. Sus prácticas no estuvieron exentas de violencia pero, en alguna medida ésta se circunscribió a la lógica propia de un negocio regulado de manera ilegal. El grupo de Cali se integró más a la economía formal que el de Medellín y permeó el poder tradicional utilizando más los dólares que las balas. Esto no se debió a que fuera un cartel pacífico, como afirman quienes sólo señalan como responsables de la violencia a los segundones o "lavaperros", sino a que tuvo otra racionalidad en el uso de la fuerza. No se puede olvidar que el primer carro-bomba detonado —en el edificio Mónaco, en Medellín— y el primer asesinato de un periodista por el narcotráfico en Colombia —el subdirector del *Occidente*— se atribuyeron a este grupo.

Así, por un lado, la violencia ejercida por los narcos caleños se ocultó sistemáticamente, y por otro, fue una violencia más orgánica, ejercida por grupos especializados que al mismo tiempo cumplían un papel de guardianes sociales contra ciertos fenómenos de delincuencia menor. Y, sobre todo, fue una violencia que no se dirigió de manera frontal contra el poder del Estado.

En contraste, para personajes como Gonzalo Rodríguez Gacha y para algunos de los líderes del denominado Cartel del Norte del Valle, la tierra significaba poder; y los caballos, la música ranchera, los santuarios, los grifos de oro y otros elementos habituales de su vida, reflejaban una cultura oscilante entre lo ancestral y lo consumista. La violencia era no sólo un medio de defensa; era una manera de realzar el protagonismo social.

El derroche de dinero y de fuerza, el consumo fastuoso y el ritual religioso son mecanismos de reafirmación personal y colectiva de quienes vienen del mundo de los excluidos. Como lo señala Marvin

Harris⁶, para los jefes de las sociedades preindustriales intercambiar, exhibir y destruir objetos de valor son estrategias de base cultural para alcanzar y proteger el poder y la riqueza. Ataviarse con las mejores vestiduras, sentarse en tronos de arte intrincado, alimentarse sólo de manjares de exquisita elaboración, residir en suntuosos palacios, son el modo que los grandes y poderosos crearon para atemorizar e intimidar tanto a sus súbditos como a posibles rivales. Entre los narcos los objetos suntuarios funcionaban como proclamas, como anuncios publicitarios para captar la atención de otros poderosos y de los humildes.

El caso colombiano no es idéntico al de culturas milenarias como las que configuran la mafia siciliana o la yakusa japonesa, aunque se puedan encontrar elementos comunes. En Colombia se trata, al parecer, de la emergencia de culturas agrarias cargadas de una valoración alta de la violencia como mecanismo de relación social y de un complejo sentido de pertenencia y religiosidad. Kalmanovitz ha subrayado la asociación de los traficantes con las tradiciones machistas y marianas de la sociedad hispánica que permanecen en la sociedad alejándola de la modernidad.

Para los "mágicos" o "emergentes" — como se conoció a una generación de capos— el dinero o el poder carecían de sentido si no había la posibilidad de exhibirlos públicamente. Muchos de ellos, grandes y pequeños, construyeron escenarios para ejercer su reinado. Lo hicieron en Pacho, Envigado, el Magdalena Medio y la cárcel La Catedral. Exhibir su abundancia y beneficiar a los humildes era un mecanismo para permanecer en la memoria de las gentes como seres poderosos y misericordiosos.

Por eso en la historia del narcotráfico abundan estas imágenes: un helicóptero arrojando dólares sobre la zona nororiental de Medellín; Rodríguez Gacha repartiendo dinero después del terremoto de Popayán; Carlos Lehder pagando generosos diezmos para las obras sociales de la Iglesia y Pablo Escobar construyendo un barrio para los "basurios" paisas.

En la población vallecaucana de El Águila, escenario tradicional de violencia, vivía Gerardo Martínez, a quien apodaban *Drácula*, era un ladrón de poca monta que huyó de su pueblo por la persecución del alcalde. Regresó unos años después lleno de escoltas y de riquezas adquiridas, al parecer, en la bonanza marimbera de la Sierra Nevada de Santa Marta. Desde entonces dio muestras de gran generosidad con sus paisanos, que lo esperaban a la salida de las cantinas porque, alucinado por el alcohol, arrojaba billetes por los aires. Regaló camperos a muchos campesinos, instaló una guardería con el nombre de su madre y abasteció de gasolina a las patrullas de policía de Cartago. Su bondad le garantizó una extensa red de inteligencia para guardar su seguridad.

Por lo que cuenta Pino Arlacchi, los comportamientos de los narcos colombianos —su consumo conspicuo y su "generosidad"— son una constante entre empresarios criminales que tienden a actuar en formas similares en Europa, Estados Unidos, Asia o América Latina. En el sur de Italia y en los Estados Unidos, la camorra y la mafia fundan organizaciones deportivas y apoyan los festivales públicos; prácticas similares se observan en las sectas chinas del sudeste asiático. En Pakistán, los capos de las drogas son tan conocidos y ricos como sus homólogos de Medellín. Construyen en pleno desierto palacios de 15 hectáreas y financian todos los partidos políticos y controlan el Parlamento, de tal manera que el gobierno se ve obligado a transigir⁷.

Esta teatralidad está estrechamente ligada al dominio de los escenarios. La tradición lleva a los empresarios criminales a consolidar un poder territorial que reafirma identidades culturales y además les permite acceder a la vida política y a otras formas de control social. Es un juego de doble dimensión: de un lado están integrados a las redes internacionales, abren nuevos mercados y adoptan modelos universales de comportamiento y consumo; del otro, la mayoría de ellos permanecen ligados a sus culturas nativas y apoyan actividades públicas que despiertan un amplio apoyo popular. En este contexto, el manejo del compadrazgo y de las re-

laciones familiares, así como los lazos de raza y región, les permiten crear redes y contactos en amplios sectores geográficos al calor de las oleadas de admiración espontánea.

Son características similares a las definidas por Raimundo Catanzarro para la mafia siciliana: "La mafia consiste, por tanto, en una red de relaciones duales que se basan en lazos de parentesco, clientelismo o amistad. Estas cadenas de relaciones permanecen latentes en gran número y variedad, cada una se concreta con arreglo a una necesidad determinada. En estas coaliciones adquieren su importancia las relaciones que unen a los individuos en una sociedad tradicional: el parentesco, la amistad, las relaciones con los clientes"⁸.

Es una cultura donde la fuerza se transforma en instrumento de honor, en instrumento de una noción de justicia donde sólo la sangre venga la sangre. En este caso, la versión social no concibe que sus héroes sean calificados como simples delincuentes.

Volviendo al paralelo con los sicilianos, de alguien conocido como mafioso se dice que es un hombre de "honor", un hombre de "respeto", nunca un mafioso, acusación rechazada por todos. Su connotación es negativa en la medida en que es un sinónimo de delincuente y criminal, mientras que, obviamente, los "hombres de honor" tienen

En la medida en que el Estado dejó de ser un instrumento de justicia, que la clase política tradicional dio muestras de descomposición, que la Iglesia no respondió a las demandas de los nuevos tiempos, la sociedad se quedó sin paradigmas y los traficantes tuvieron un terreno despejado para convertirse en referentes de identidad, en un movimiento expansivo que logró tocar los centros neurálgicos del poder y de la economía.

de sí mismos una imagen positiva de defensores del orden y ejecutores de la justicia que las autoridades constituidas no son capaces de garantizar¹⁰.

La mitología

En Colombia los narcos, los bandidos modernos, calaron en la conciencia de segmentos importantes de la población por ser portadores de sistemas simbólicos de la cultura popular y porque contaron durante muchos años con el visto bueno de amplios sectores de la sociedad y del Estado que conciliaron por pragmatismo económico con los nuevos redentores.

Los Rodríguez Orejuela son hombres estimados por amplios segmentos de la población como personas inteligentes, amantes del progreso, propiciadores del desarrollo regional. Pablo Escobar es el mejor ejemplo de otros capos de origen humilde, que por su mecenazgo y sobre todo por su espíritu guerrero se convirtieron en mito para grupos sociales que han magnificado y justificado sus acciones, al grado de santificarlo y considerar un engaño el anuncio de sus muertes. Los visitantes de su tumba cargan puñados de tierra como amuleto, testifican sobre sus "milagros" y anuncian que este "hombre bueno" desde la otra vida continúa salvando de la pobreza a los humildes.

Estos héroes y sus seguidores están inmersos en viejas memorias culturales. Hobsbawm ha ilustrado cómo en las sociedades campesinas, donde la acción del Estado es cosa remota y extraña, los bandidos y otras fuerzas proscritas pueden ser vistas por la población local —de la que reciben colaboración y respaldo— como luchadores populares por la justicia y la equidad social, contra las fuerzas opresoras¹¹. Esto es algo parecido al sentimiento mafioso siciliano en su rebeldía espontánea contra la injusticia del orden constituido; el aura romántica de héroes populares¹².

En la medida en que el Estado dejó de ser un instrumento de justicia, que la clase política tradicional dio muestras de des-

composición, que la Iglesia no respondió a las demandas de los nuevos tiempos, la sociedad se quedó sin paradigmas y los traficantes tuvieron un terreno despejado para convertirse en referentes de identidad, en un movimiento expansivo que logró tocar los centros neurálgicos del poder y de la economía.

Los nuevos narcos

Después de la detención de Justo Pastor Perafán, Ernesto Samper proclamó una vez más su triunfo sobre lo que llamó las organizaciones de traficantes. Pero el éxito es limitado. El propio presidente Bill Clinton, en su Estrategia Nacional Contra las Drogas, afirmó que "las organizaciones de narcotraficantes colombianos siguen sufriendo drogas al mercado norteamericano en forma eficaz, a pesar de las tremendas presiones impuestas a raíz de una rigurosa implementación de leyes internacionales y domésticas".

Al lado de la exportación de cocaína, durante la presente década se ha consolidado el negocio de la heroína y se ha reactivado relativamente la exportación de marihuana. La Policía Antinarcóticos ha identificado en ciudades como Pereira, Cali, Neiva, Ibagué y Valledupar, a unos 50 cabecillas de organizaciones dedicadas al tráfico de heroína.

Los cultivos de amapola se siguen expandiendo. El gobierno reconoció que en 1995 existían en el país entre 16 mil y 20 mil hectáreas sembradas de amapola¹³. También se ha reactivado la exportación de marihuana con unas 5 mil hectáreas ubicadas principalmente en la Sierra Nevada de Santa Marta y en los límites entre el Valle del Cauca y Cauca, que se usan en buena parte para la exportación de semillas.

El narcotráfico colombiano está en un proceso de reacomodo que se podría resumir en tres palabras: descartelización, diversificación y mimetización. Posteriores a la muerte, detención o sometimiento de quienes habían regentado las grandes organizaciones,



Foto: Jesús Abad Colorado

han ido surgiendo pequeños grupos de relevo. Las autoridades hablan de la existencia de unos 200 carteles de traficantes en Colombia, con grupos tan diversos que utilizan desde los sistemas de las grandes rutas hasta el artesanal de las mulas, propio de las "microempresas del narcotráfico".

Los nuevos grupos poseen complejas estructuras transnacionales, pues cada vez están más interrelacionados con mafias locales de los países a los que se exporta la droga. Y aunque una parte importante de los nuevos capos está envuelta en la guerra originada en los conflictos territoriales con la guerrilla, en otros es notorio el cambio. Pero el negocio seguirá originando importantes niveles de violencia y corrupción. Los nuevos "traquetos" en nada se parecen a los folclóricos "marimberos" de la década de los años 70 en la Costa Atlántica, ni a los "emergentes" de los años 80 con sus mansiones cargadas de oro, su prepotencia y sus obras de beneficencia social. Hoy tienen la apariencia de un ejecutivo de empresa, de un yuppy "de colita" o de un discreto pero próspero empresario. Son conscientes de lo que cuestan a largo plazo la arrogancia y la exhibición de riquezas y por ello se esfuerzan al actuar con discreción y sobriedad; es una forma de hacerse invisibles para los organismos de seguridad.

Impactos en la vida nacional

Colombia es beneficiaria y a la vez víctima de la guerra universal contra las drogas. De una parte ha ganado muchos billones de dólares como consecuencia de su participación en un mercado que ha generado empleos, enriquecido a muchos, estimulado la economía y promovido clases emergentes. De otra parte ha pagado los costos: la muerte de miles de oficiales honestos y de civiles inocentes, la profunda corrupción, la distorsión de la economía legal y el amilanamiento de gobiernos democráticos ante poderosas organizaciones criminales con extensos vínculos transnacionales y ante el poder implacable de los Estados Unidos¹⁴.

La situación había sido prevista por Ernesto Samper cuando en 1980, antes de ser Presidente, propuso legalizar la marihuana. Tenía razón. No sólo con el comercio de marihuana, también con el de cocaína y heroína, pues el narcotráfico ha impactado la vida nacional, ha hecho metástasis: es más corrupta la administración pública, es más compleja la economía, han crecido los índices de violencia y se han deteriorado normas básicas de la convivencia social.

El fortalecimiento de lo premoderno

¿Por qué Colombia resultó ser un país fértil para la empresa del narcotráfico? El hecho podría explicarse por la ubicación geográfica, aunque también influyen de manera decisiva diversos factores de la conformación nacional, la estructura social y antecedentes específicos como una larga tradición de organizaciones de contrabandistas y grupos armados que con el control de zonas extensas del país. Existe un entorno cultural cuyos valores y prácticas individuales y sociales le han facilitado al crimen organizado expandirse y consolidarse. Diversos autores coinciden en afirmar que la mayoría de los males nacionales atribuidos hoy al narcotráfico son consecuencia de la ausencia de modernidad en nuestras costumbres e instituciones y de la falta de una ética ciudadana que regule nuestros comportamientos¹⁵.

Para Juan G. Tokatlian, "los procesadores y traficantes nacionales se han insertado en una estructura capitalista tardía y dependiente, caracterizada en las últimas cuatro décadas por un crecimiento económico acelerado y dinámico pero rapaz, que generó un proceso contradictorio de modernización; modernización inconclusa, dado que no fue acompañada por un desarrollo paralelo y efectivo de los elementos básicos de la modernidad"¹⁶.

La modernidad implica constituir escenarios de lo público no limitados a lo estatal sino extendidos a otros ámbitos de la vida social donde se construyen sím-

bolos, lenguajes e identidades que cohesionan las sociedades. En estos escenarios las relaciones de los ciudadanos como sujetos de deberes y derechos se regulan de una parte por las leyes, que deben ser garantizadas por el Estado, y de otra parte por las tradiciones morales que las culturas construyen en la búsqueda del bien común.

La ausencia de modernidad se manifiesta en la inexistencia de una noción de lo público. "Aquí sólo existen intereses particulares. El colombiano sólo concibe las relaciones personales, sólo concibe su reducido interés personal o familiar, y a ese único interés personal o familiar subordina toda su actividad pública y privada"¹⁷. El narcotráfico devino, en las últimas décadas, "un potenciador de nuestra endeble constitución moral, manifestada en la necesidad de ser individuos hipertrofiados e indiferentes respecto al destino colectivo para poder sobrevivir. Sobrevivir, en el miedo, porque alguien que nos acecha también quiere sobrevivir". Esta hipertrofia individualista forja una personalidad caracterizada por la incapacidad de someterse a jerarquías y a obedecer órdenes y por una enorme capacidad para acomodar las creencias a los intereses estrictamente personales o de grupo¹⁸.

Daniel Pecaute cree que el viejo orden moral, del cual la Iglesia era el escudo, se derrumbó a finales de la década de los años 60 y no ha sido reemplazado. Al caerse la cohesión religiosa que regulaba —con las limitaciones propias de un país disperso en su geografía y diverso en su cultura— la sociedad colombiana evidenció el vacío de una ética pública. "La moral religiosa dejó de establecer para todos, a nivel dirigente y a nivel popular, los principios generales aceptados de la vida común". Por su parte Savater define la ética de manera sencilla como el arte de saber vivir en sociedad. De esta manera, asumir lo público, en una dimensión ética implica incorporar el reconocimiento de otros diferentes (alteridad) y la defensa de los intereses propios en el marco del bien común. La ética civil podría entenderse como el conjunto

de los valores universalizables que, respetando las singularidades de los sujetos, afiancen convicciones esenciales para la vida democrática.

La muestra evidente de nuestro vacío ético es la tasa de homicidios, que saltó de 3 mil por año a mediados de los años 70, a 30 mil por año en los 90²⁰. Estas cifras muestran que en Colombia se ha llegado a la cima de la intolerancia y de la hostilidad social. "Un colombiano casi no se reconoce en otro si no media una larga serie de comprobaciones de tipo étnico, económico, político, social y familiar; si no se hace una pormenorizada exploración acerca del sitio donde trabaja, del barrio en que vive, la ropa que usa y la gente que conoce"²¹.

La intolerancia es el sino de una historia que se alterna entre épocas de agudas confrontaciones y épocas de aparente paz durante las cuales los conflictos se mimetizan. Así, en ese vaivén, el país se modernizó en lo económico sin ingresar a la modernidad política, sin abrir las compuertas a la secularización, —donde las funciones del Estado y la Iglesia están separadas— y sin asumir la pluralidad como esencia de lo democrático. Nuestra historia presenta altas dosis de confrontación y déficit de deliberación, sobredosis de represión y ausencia de capacidad normativa del Estado, superávit de negaciones culturales y déficit en la conformación de un espíritu nacional que incluya lo diverso; hay mucho de moralismo y poco de ética.

Los jóvenes marianos

Se ha dicho, con razón, que la identidad juvenil sólo cobra sentido dentro de contextos sociales específicos y debe pensarse dentro de su contexto social y relacional.

La anterior afirmación se hace plenamente válida cuando se trata de entender la situación de muchos jóvenes, semillas de una corriente contracultural, que cedieron ante la capacidad de

seducción y sometimiento de la cultura y la fuerza de los narcos. Así, en alguna medida, nuevas y diversas identidades de los jóvenes que se proponían rupturas cedieron a la hegemonía cultural de los "traquetos", que si bien proviene del mundo ilegal, conserva instituciones culturales que marcan nuestra sociedad como son la madre, la familia, la religiosidad fetichista y la venganza; esos valores culturales se ven en las estéticas y símbolos agrarios como el sombrero, el carriel, la finca, la música de carrilera y las rancheras.

En Cali, como en otras ciudades colombianas, un fenómeno de identidad muy arraigado entre la juventud es el rap. Por el puerto de Buenaventura llega a la ciudad esta música que es también parte de la cultura de los negros norteamericanos, un ritmo golpeado y gutural que se ha instalado en las barriadas populares donde abundan los inmigrantes de la Costa Pacífica. Muchos de estos grupos cantan historias de polizones que coronan sus viajes a Estados Unidos. Así sucede con grupos de otras corrientes musicales como el rock y el hip hop²³.

Esto no parece ser un hecho exclusivo de Colombia. Jorge Cano estudió las bandas de jóvenes del Estado de México y encontró que, tras la apariencia de un movimiento contracultural opuesto a los códigos y valores establecidos, se esconden las permanencias, las continuidades y la reproducción de pautas tradicionales heredadas de la familia y de su ambiente. La cara moderna de la banda, su aspecto cosmopolita, no es más que la máscara que esconde los patrones tradicionales de comportamiento de la sociedad mexicana, como su apego a las tradiciones religiosas —sean éstas peregrinaciones, mañanitas a la Virgen o fiestas al santo patrono—, la reproducción de familias extensas, el compadrazgo y redes de parentesco y amistad amplias; pero los valores no van más allá de la comunidad, no son más que formas culturales tradicionales que se reproducen en un contexto urbano²⁴.

Se recuerda que con las primeras bonanzas de los "mágicos", al lado de sus imágenes católicas se vieron budas generosos, mármoles exagerados, abundantes raciones de oro, una arquitectura artificial y desmesurada, y un lenguaje camaján heredado del viejo lunfardo argentino y cultivado en los bajos fondos criollos. Esa cultura emergente, al lado de la capacidad económica y militar del narcotráfico, incentivó prácticas y valores donde el dinero, el poder y la fuerza —acompañados de nuevas nociones de vida y muerte—, cautivaron grupos de jóvenes, especialmente en los sectores populares.

Aunque no se puede hacer un juicio absoluto negando matices y peculiaridades regionales, es notorio que las prácticas y la cultura de las bandas juveniles son una réplica del mundo traqueteo. Existe similitud —guardadas las proporciones— en el manejo de la teatralidad, el consumo conspicuo y ciertas formas redistributivas propias de sociedades primitivas como las que desarrollan los narcotraficantes. El barrio se convierte en el escenario donde estos guerreros exhiben su poder, su capacidad de consumo y su generosidad.

El espíritu de clan, con fuertes jefaturas personales, la construcción de códigos de honor, de sistemas valorativos, las convicciones religiosas, entre otras cosas, manifiestan la construcción de la identidad de las bandas juveniles, que se condensan de manera más singular en el lenguaje.

Podríamos decir que incluso las extendidas devociones, en especial aquellas que tienen como centro la Virgen María, los objetos de los rezos y las formas como se practica la religión, han sido marcadas por el ethos narco. A la sombra de una Iglesia atascada entre el poder y la riqueza, se propagó una fe, un modo peculiar de ser religioso que no implica un compromiso con las doctrinas básicas del Evangelio. Una fe en la que incluso la religión se convierte en talismán para el ejercicio del delito. Por ello la antropóloga María Victoria Uribe ha dicho que este pueblo que se proclama mayoritariamente católico es éticamente pagano. La religión es sólo una muestra de nuestra perversión cultural.

¿Se debe el resurgimiento del fervor religioso a la catequesis de los obispos? Parece que no. El fenómeno del narcotráfico reactivó una memoria popular religiosa cargada de fetichismo e imaginaria. Por eso el tipo de religiosidad que se ha ido extendiendo en la juventud es pragmático y utilitario. Ser creyente no implica adherirse a un código moral que se debe cumplir sino encontrar un talismán protector al que se recurre para lograr que las "malas acciones" sean efectivas. Es decir, se reza para que, por ejemplo, la bala que se ha de disparar para asesinar dé en el blanco. Es una religión de guerreros y no de apóstoles.

El lenguaje

Jesús Martín Barbero afirma que los jóvenes tienen un lenguaje cómplice de la oralidad e imbricado en una variedad cultural que incluye la visualidad electrónica de la televisión, el disco y el video. Una visualidad que ha entrado a formar parte de la visibilidad cultural, a la vez entorno tecnológico y nuevo imaginario.

Los jóvenes de los barrios populares en general y especialmente los jóvenes vinculados a las bandas, son unos malabaristas del lenguaje. Hablan todo el tiempo en un *parlache* heredado de un dialecto de profunda identidad donde han incorporado la lógica audiovisual que oscila entre el juego y el vértigo. Es un lenguaje gemelo a sus acciones, a su manera de vivir, cercano a las narrativas de la película *Asesinos por naturaleza*, del videoclip o de las tiras cómicas; construido desde la acción y para narrar acciones: rafagazos de imágenes.

La investigación de Henao y Castañeda sobre esta habla que ellos han denominado *parlache* es muy ilustrativa²⁵. En Medellín el cambio lingüístico fue tan acelerado que desbordó los límites normales de este fenómeno debido a la agudización de la crisis social, al surgimiento de nuevas formas de "trabajo" y al amplio dominio que la cultura de la droga ha ejercido sobre sus habitantes más jóvenes. La irrupción de este lenguaje trascendió las fronteras de los barrios populares donde tuvo su origen, para llegar a convertirse en una forma dialectal que utilizan otros grupos sociales de la ciudad. No se sabe si por esnobismo o por identidad, los jóvenes de clase media y de la élite han incorporado a su vocabulario palabras del viejo lunfardo, travesuras lingüísticas de los camajanes y derivaciones del inglés cocinadas por los traqueteros; el lenguaje que brotó de las zonas oscuras de la sociedad se ha vuelto *in*. Algo similar sucedió con los jóvenes del campo y de las comunidades indígenas, sobre todo aquellos que viven en zonas de cultivos ilícitos, para los cuales el *parlache* se ha convertido en habla cotidiana.

El *parlache* es un habla que cohesiona relativamente a algunos grupos pero que refleja la perversión de la cultura. Tener más de 37 formas de llamar las armas (tola, fierro, pepazo, pepinos, gaga, niño, tartamuda, changón, trabuco, balín, metra, tote), indica un grado de familiaridad que sorprende. También sorprende que en el *parlache* haya 42 palabras o expresiones que significan violencia, 73 expresiones relacionadas en forma directa con la muerte, 27 palabras

que designan armas de fuego y 11 para armas blancas; 24 palabras que designan balas o municiones, 53 palabras o expresiones que se utilizan para insultar y sólo 13 palabras para elogiar.

Pero el *parlache* no brotó propiamente de los jóvenes. Es un lenguaje que transitó por los caminos de la marginalidad desde los bajos fondos de los camajanes de los años 60 hasta la mu-chachada de los años 80, por intermedio del traquetero que es, al decir de Víctor Villa, tanto oficio como variedad lingüística²⁶. A medida que el traquetero (emergente) se posicionó socialmente, afianzó también sus estéticas, sus maneras de percibir el mundo y su lenguaje. El proceso se dio primero en los sectores populares y luego se ha ido expandiendo por todos los estratos sociales. Este lenguaje no es gratuito; es portador de una axiología donde el consumo, el rezo y la guerra están en lugares preeminentes.

Impacto en la institucionalidad

Como resultado de las posibilidades de movilidad social que implican y de los efectos culturales, los narcos ejercen un doble efecto de repulsión y atracción sobre la sociedad²⁷. Seducción en cuanto pueden ser una vía de enriquecimiento rápido y han abierto fuentes de empleo e ingresos para comerciantes, técnicos y pequeños empresarios que se benefician de alguna manera del negocio. Repulsión por el arrogante despliegue de riqueza, poder y de ciertas malas maneras que atentan contra las tradiciones. También porque son agentes de un vicio que hace mal a la sociedad.

El narcotráfico ha influenciado casi todas las esferas: desde la política y los gustos por una arquitectura agringada, suntuosa y especulativa, un urbanismo sin lúdica y sin lucidez donde las nociones del espacio público se subordinan a la rentabilidad, hasta el extendido uso del lenguaje de las barriadas en sectores de clase media y alta. Por eso, si bien durante muchos años sólo se señaló su impacto significativo en

los grupos populares, luego se evidenció que aún en los sectores más insospechados de las élites de la sociedad económica, política y militar, la seducción terminó ganándole a la repulsión.

El elefante del conflicto armado

La repercusión del narcotráfico en todos los sectores sociales hace necesario entrar a analizar su relación con el conflicto armado colombiano y la búsqueda de salidas pacíficas.

El ejercicio que realizó la Cruz Roja, con el apoyo de Unicef y de nueve embajadas, en el que se le preguntó a guerrillas, parás y Gobierno sobre diversos asuntos de la realidad nacional, es interesante.

Llama la atención que esquivan el tema del narcotráfico. En su respuesta, las FARC afirman que por principio y moral revolucionaria no negocian ni tienen relación con el narcotráfico. Y sostienen además que el tráfico de drogas genera "corrupción, impunidad, criminalidad y descomposición social. Es un fenómeno político, económico y social que debe tratarse con medidas de igual carácter sin utilizar la vía militar represiva. Rechazamos la extradición de nacionales"⁴¹.

En la otra orilla, personas como el general (r) Harold Bedoya ratifican cada día que las FARC han basado su negocio en el desarrollo sistemático del tráfico de drogas bajo todas sus modalidades y con ello se han enriquecido.

Podríamos decir que incluso las extendidas devociones, en especial aquellas que tienen como centro la Virgen María, los objetos de los rezos y las formas como se practica la religión, han sido marcadas por el ethos narco. A la sombra de una Iglesia atascada entre el poder y la riqueza, se propagó una fe, un modo peculiar de ser religioso que no implica un compromiso con las doctrinas básicas del Evangelio. Una fe en la que incluso la religión se convierte en talismán para el ejercicio del delito.

"Sobrevivieron a la guerra de los carteles contra los carteles, a la del Estado contra los carteles, a la del mundo contra los carteles y ahora son prácticamente el único y más poderoso de todos. Para lograrlo apostaron a la mentira y al olvido y al parecer apostaron bien"⁴².

Un oficial del Ejército trata de desarrollar este planteamiento en el libro *El cartel de las FARC*: "La infraestructura del cartel de las FARC tiene dos elementos de organización y control propios de las bandas de mafiosos que inundan el mundo civilizado con el tráfico ilícito de cocaína, con el agravante de que amedrentan campesinos, los expropian de sus fundos y los obligan a trabajar en el negocio del oro blanco, a la vez que los vinculan a las acciones terroristas, enrolándolos a las Milicias Bolivarianas y al Partido Comunista clandestino"⁴³.

El calificativo de narcoterroristas acuñado por el embajador norteamericano Tamba al inicio de los años 80, y acogido por los militares colombianos pero rechazado hasta el momento por el Departamento de Estado de Estados Unidos, es a todas luces inconveniente en una perspectiva de paz. Borrar de un tajo la dimensión política de las guerrillas y los factores históricos y sociales que les han dado origen, es cerrar el paso a la posibilidad, siempre necesaria, de que este extenso conflicto sea solucionado en una mesa de negociaciones.

Cultivos ilícitos y territorios vacíos

Sin embargo, parece contraevidente desconocer la ligazón de las guerrillas con ciertos circuitos del narcotráfico, y específicamente con los cultivos ilícitos, como lo hacen las FARC. Igual lo sería negar los vínculos de autodefensas y políticos con los narcos.

Daniel Pecaú considera que si "Colombia ha llegado a ser el país soporte del tráfico de drogas, no es solamente a causa de las tradiciones de

contrabando o la existencia de territorios 'vacíos': es sobre todo porque la presencia crónica de las guerrillas diseñó un conjunto de enclaves en los cuales la economía de la droga podía desarrollarse sin temer las incursiones de las Fuerzas Armadas"⁴⁴.

Se remite al apadrinamiento de las marchas de raspachines de coca, y a estudios en los que se muestra cómo "sobre los 174 municipios con presencia de cultivos ilícitos, 123, o sea 69%, conocen la presencia de la guerrilla".

La presencia de guerrilla en zonas de cultivos, como en casi todos los territorios de colonización, neutraliza formas de violencia y delincuencia común y pone un orden regulando la vida social. No existe un solo modelo de relación de la guerrilla con los cultivos ilícitos. Hay diferencias de un grupo a otro e incluso de un frente a otro. Pero el caso más generalizado es el cobro de gramaje a los compradores de base de coca o látex de amapola.

Narcotráfico y paramilitares

La Fiscalía General de la Nación ratificó la medida de aseguramiento a Henry Loaiza, confeso narcotraficante conocido como *El Alacrán*, por su participación en la masacre de Trujillo⁴⁵. Todos los colombianos conocen esa historia: grupos armados mataron a más de cien campesinos, algunos de los cuales fueron cercenados con motosierras y arrojados al río Cauca. En su momento, cuando el Estado colombiano asumió su responsabilidad sobre estos hechos, se supo que oficiales de las Fuerzas Armadas habían estado involucrados.

Esta historia forma parte de una realidad multiplicada en el país: la violencia como un medio para lograr el crecimiento de la propiedad. Desde que apareció el grupo Muerte a Secuestradores (MAS) impulsado públicamente por Carlos Lehder para recuperar a una hija del clan Ochoa, el paramilitarismo

y su sombra de terror se expandieron por todo el país. Paramilitares y narcotraficantes se han entremezclado en la ocupación de extensas zonas productivas donde guerrilla y población civil han sido desalojadas a sangre y fuego, multiplicando a cifras exasperantes la concentración de la tierra.

Por eso es interesante el silencio con que las Autodefensas Unidas de Colombia responden a la pregunta sobre el narcotráfico. Pero ¿quién podría a su vez, a estas alturas, desconocer la relación histórica de traficantes y grupos de autodefensa? El mismo estudio citado por Pecaú señala que el 26% de los municipios con cultivos ilícitos registran presencia de grupos paramilitares, y en el 25% del total se observa compra masiva de tierras por parte de narcotraficantes.

En áreas de control paramilitar, como sucede en muchas de control guerrillero, se desarrollan actividades del narcotráfico que se constituyen —por la vía de los impuestos— en una de sus principales fuentes de sustento.

Está claro que el narcotráfico no inauguró los males del país, pero también lo es que se ha convertido en un ingrediente presente en los principales conflictos tanto en el ámbito interno como externo. Vivimos en una nación estallada, con múltiples actores pretendiendo la hegemonía militar, y múltiples violencias diseminadas en nuestra geografía que proyectan una imagen de caos e ingobernabilidad.

El narcotráfico a la agenda

A diferencia de las FARC y las Autodefensas, más sensata parece la posición del ELN, grupo al que no se le han demostrado nexos significativos con los circuitos del narcotráfico, cuando afirma: "Tenemos autoridad moral para proponer y convocar fórmulas de solución convenidas entre todos los países del mundo. No permitiremos la extradición de los nacionales".

Las propias FARC, las Autodefensas y el Gobierno plantean que el narcotráfico debe ser un punto que se aborde en una eventual negociación. Es un tema complejo por sus enraizamientos sociales y por la susceptibilidad de la comunidad internacional que empieza a vernos como un país sin control que expande sus males sobre el mundo.

Pero es un tema que a su vez se debe poner en la mesa con sinceridad, en la perspectiva de construir una política nacional sobre el cultivo y tráfico de drogas; es tener una posición digna en la comunidad internacional y evitar los amagues y las realidades de una intervención extranjera.

Antes de que sea tarde, Colombia con cierto consenso interno debería pelear en escenarios como las Naciones Unidas el que medidas multilaterales, tales como el control de oferta de precursores y disminución de consumo, sean alternativas reales a un problema que definitivamente está por fuera del control del Estado, de las guerrillas y de los paramilitares.

Notas

1. Samper Pizano, Ernesto. Legalización de la marihuana. Bogotá, Editorial Tercer Mundo, 1980. Págs. 16 y 17.
2. Sáenz Rovner, Eduardo. "La prehistoria del narcotráfico en Colombia." Revista Universidad Nacional N° 45.
3. Arango y Child, Op. cit. Pág. 36.
4. Salazar, Alonso y otros. La génesis de los invisibles: historias de la segunda fundación de Medellín. Bogotá, Programa por la Paz de la Compañía de Jesús, 1996.
5. Catanzarro, Raimundo. El delito como empresa. Madrid, Editorial Taurus, Colección Humanidades, 1992. Pág. 13.

¿D

enunciar, describir, informar? ¿Cuál es el papel de los medios de comunicación en situaciones de guerra? Es una pregunta que constantemente, frente a las víctimas de un conflicto bélico, se formula el periodista como individuo. Las respuestas podrían ser varias. Ignacio Ramonet, director de *Le monde diplomatique*, uno de los periódicos con más circulación en el mundo, se arriesga en este capítulo de su libro *Un mundo sin rumbo. Crisis de fin de siglo*—publicado por la revista *Papeles* No. 68 del Centro de Investigaciones para la Paz de Madrid— a formular algunas alternativas para unos medios cada vez más uniformizados. *Bitácora* lo pone a disposición de sus lectores con la debida autorización.

La guerra en los medios

Ignacio Ramonet

Foto: Jesús Abad Colorado



Durante los últimos 20 años la globalización de la información ha modificado de manera importante el tratamiento de los conflictos. Homero fue el primer reportero en una guerra antigua. Contar lo que ocurre es una actividad tan vieja como el mundo, pero los medios de comunicación de masas existen desde finales del siglo XIX y son el resultado de una doble revolución tecnológica: la invención de la linotipia y de la rotativa.

La prensa recuperó dos invenciones importantes —en términos de comunicación la fotografía y el telégrafo, que le permitió acceder a información lejana en un tiempo corto. Al aumentar su alcance mundial, también se incrementó la tirada de los periódicos.

Los medios del siglo XIX comenzaron a enviar corresponsales de guerra. Las primeras fotografías utilizadas como medio de información, y no para uso militar, fueron las de la guerra de Crimea de 1860. En ellas se ven esencialmente objetos estáticos como el edificio de defensa, las trincheras o muertos, pero muchas menos de soldados en la batalla o desfilando. Fue durante la Primera Guerra Mundial cuando la opinión pública occidental empezó a seguir los acontecimientos con interés, gracias a que la información llegaba rápido y de forma visual.

En EEUU se desarrolló ampliamente la fotografía. Durante la Guerra de Secesión se tiraron millones de clichés. Fue, de hecho, un conflicto excesivamente fotografiado, lo cual aumentó el interés del público.

La guerra de Cuba o la de Filipinas de finales del siglo pasado fueron conflictos que la prensa estadounidense y otros medios utilizaron de manera importante. El cine llegó a La Habana en 1898, dos años antes del fin de la guerra de Cuba, de manos del operador de los hermanos Lumière, con un espectáculo de feria que mostraban alrededor del mundo: la "Cámara Lumière". Con ella grabaron una serie de escenas de las maniobras militares, donde se plasmaba la atmósfera que existía en la capital cubana la víspera de la lucha armada. Esta guerra fue importante

para EEUU, especialmente porque formaba parte de una polémica interior: la idea del "destino manifiesto" de la política expansionista estadounidense.

William Randolph Hearst, el gran patrón de la prensa estadounidense —se dice que es el personaje que Orson Welles inmortalizó en su película *Citizen Kane*—, movilizó todos sus periódicos para provocar la intervención de EEUU en la guerra de Cuba. El magnate envía a un corresponsal, que desde allí manda un telegrama diciendo que tal guerra no existía y regresa sin información. Hearst le contesta en una carta célebre: "mándeme dibujos, ilustraciones y textos, que yo le mando la guerra". Entonces ocurre la explosión del navío norteamericano *Maine*, ocasión que EEUU aprovecha para declarar la guerra. Es la primera contienda donde se aprecia la influencia excepcional de los medios de comunicación; cómo la prensa puede movilizar a la opinión pública (el gobierno de William McKinley se ve prácticamente obligado a declararla). En esta época, también EEUU produce películas reconstruidas de la guerra de Cuba o Hispanoamérica para mostrar el poderío de la flota estadounidense.

Hasta entonces la prensa actuaba con las manos libres y la primera guerra en la que aparece un verdadero conflicto entre los intereses de un Estado y la libertad de información es la Primera Guerra Mundial. En ella se verificará que la primera víctima del conflicto armado es la verdad. La guerra de 1914 estalla en agosto, lo que hace creer que va a ser un paseo militar de verano. Los franceses estaban convencidos de que entrarían en la capital del adversario en una semana. Esta atmósfera la crea la prensa aunque, según los historiadores, no fue sólo ésta la responsable de la excesiva confianza.

Hay que tener en cuenta que es la primera guerra en la que todos los combatientes están alfabetizados puesto que la enseñanza es obligatoria. La escuela ha hecho de ellos unos patriotas y la historia, en particular, les ha convertido en nacionalistas. Los historiadores dicen que la geografía sirve para hacer la guerra y que la historia sirve para hacer a los guerreros.



y la confrontación del 14 es la primera que hace guerreros en los dos bandos.

En este ambiente, la prensa tiene el camino fácil, crea un entusiasmo de guerra y de una victoria próxima que tomará por sorpresa a la opinión pública cuando sobreviene la confrontación. Esta guerra va a conducir a los gobiernos alemán y francés a tomar medidas extremadamente severas. Por primera vez, consideran que el estado de guerra les autoriza a controlar el contenido de la prensa y, por ejemplo, nombran grupos de oficiales especializados en la información, que son los únicos acreditados para entrar en contacto con los periodistas. La prensa no tiene la oportunidad de informar debidamente y, entre otros impedimentos, los reporteros no pueden entrar en las trincheras hasta finales de 1917. Durante tres años, las trincheras fueron prácticamente invisibles, sólo existían en el relato de los supervivientes. Para superar estas dificultades, los periódicos más importantes optan por tener de corresponsales en el frente a oficiales retirados que se imaginan en los combates y escriben comentarios.

En esa época se empieza a hablar de la manipulación de las mentes. Aparecen en Francia las primeras publicaciones satíricas que critican las versiones que dan los periódicos, puesto que la prensa alemana, francesa o inglesa combate el pacifismo o el derrotismo. Los pacifistas critican la manera en que se conduce la guerra y que decir la verdad implique ser derrotista. Así, ambas opciones son violentamente criticadas por la prensa, que trata de inculcar en la opinión pública que se está a punto de ganar.

Cómo se avanzará de victoria en victoria hasta la derrota final

De esta manera, la guerra de 1914 a 1918 crea las condiciones en las que los Estados confiscan la libertad de expresión y, en particular, la libertad de informar de los medios de comunicación por razones de interés superior del Estado: la guerra.

El corazón de la sociedad

Desde los años veinte un medio logra mayor alcance hasta conseguir la supremacía al final de la década de los cuarenta. Se trata de la radio, que se desarrolla a principios de los años treinta y narra la evolución de los conflictos. En esa época los Estados esencialmente totalitarios como Italia y Alemania y, por otro lado, también EEUU, van a hacer de la radio un instrumento de propaganda. No es el único, también el cine resulta extremadamente importante (en España se ve el "NODO"). Se darán informaciones cinematográficas en la primera parte de la sesión de cine, presentando el conflicto a la conveniencia del Estado, como ocurrió con la conquista de Etiopía por Italia o la de Libia. De esta forma, la guerra se va caricaturizando, es un conflicto manipulado con buenos y malos, y la población sólo tiene acceso a la versión oficial de la confrontación.

La radio tiene que convencer a la opinión pública. La idea principal es que una guerra no sólo se gana en el campo de batalla, sino también cuando se conquista el corazón de la población, que constituye la retaguardia del que está combatiendo. De ahí que las guerras mediáticas hayan cobrado tanta importancia con el tiempo, para que en primer lugar los mismos combatientes sepan por qué están luchando y, segundo, para que la opinión pública apoye este tipo de combate.

Los medios de comunicación que comparten estos objetivos en los años cuarenta son la radio y el cine. Durante esta época vimos cómo EEUU decide intervenir en el segundo conflicto mundial y cómo el propio Pentágono se hace productor de cine, reclutando a los mejores directores de Hollywood para realizar una serie de películas llamadas *¿Por qué están combatiendo?*, que se proyectan en todas las salas del país. En ellas se trata de explicar al público por qué se ha de intervenir si inicialmente la opinión pública estadounidense no era intervencionista. La principal propaganda se dirige al propio público, para que conozca lo justo del combate y no del adversario. Se crea una

relación gobierno/opinión pública tan fuerte que es difícil tener un criterio contrario u hostil a la intervención.

Los grandes medios de comunicación crean una cohesión nacional respecto a la guerra —que debe evitar cualquier tipo de fractura— y, en particular, una relación de apoyo al gobierno. Se manejan elementos de carácter emocional, que aparecen en este momento y conducen a silenciar cualquier expresión de disidencia. Esta situación se confirma en la guerra del 39 al 45 con la intervención de EEUU, ampliamente apoyada por los medios de comunicación. Washington prohíbe que se haga propaganda a las expresiones de solidaridad hacia la Alemania nazi, la Italia fascista o el Japón imperialista, es decir, se acepta la idea de que hay una plena solidaridad. Dentro de este marco —la tradición estadounidense permite criticar la manera en que se desarrolla la guerra—, la prensa va a denunciar fuertemente al general Patton por su violencia y forma de conducir las ofensivas que cuestan demasiadas vidas¹.

La guerra de Corea es la primera en la que la televisión tiene un papel importante. El conflicto estalla a principios de los años 50, cuando en EEUU la televisión ya es el medio dominante. En esta guerra los espectadores ven en televisión una confrontación típica de la Guerra Fria, de ideologías enfrentadas, anticomunista y, para el contexto estadounidense, antimarxista². La versión de la guerra que se plantea es unánime, tanto la que presentan los medios de comunicación escritos, como los audiovisuales, el cine y la televisión. La victoria la plasman en las películas de los años 50.

Ruptura en Vietnam

La próxima inflexión mediática se da en la guerra de Vietnam, que resulta mucho más interesante para este análisis. A partir de 1965 es un conflicto frontal en el que EEUU va a tener presentes a más de 550 mil hombres, constituyéndose en una guerra mayor de la historia bélica de ese país.

En la Segunda Guerra Mundial el enemigo no tenía defensores en los medios de comunicación. Sin embargo, la guerra de Vietnam se presenta con otras características, entre otras su larga duración, que hace que EEUU no pueda perderla, pero tampoco ganarla, creándose una situación de estancamiento que conduce a la fractura de la motivación. Sucede lo mismo que en la guerra de Corea, pero la atmósfera ya no es la misma que la de la Guerra Fria. No estamos en la confrontación del macartismo, por consiguiente, los medios de comunicación no aceptan las consignas de movilización y adoctrinamiento ideológico que el gobierno quiere imponer. De hecho, la prensa va a informar con relativa libertad sobre la descomposición del Ejército estadounidense, carente de motivación. Es decir, que si en la Segunda Guerra Mundial hubo que movilizar a Hollywood con una serie de películas, ¿qué tendrían que haber hecho con la guerra de Vietnam para persuadir a los propios combatientes de las razones justas para llevarla a cabo? Es una guerra difícil que se libra contra un adversario relativamente poderoso y hábil, y la prensa se niega a silenciar los abusos del Ejército de EEUU, las ejecuciones masivas, el uso de armas químicas, la destrucción del medio ambiente con la utilización de defoliantes o la aniquilación de comunidades pacíficas.

En ningún país del mundo, hasta en-

La idea principal es que una guerra no sólo se gana en el campo de batalla, sino también cuando se conquista el corazón de la población, que constituye la retaguardia del que está combatiendo. De ahí que las guerras mediáticas hayan cobrado tanta importancia con el tiempo, para que en primer lugar los mismos combatientes sepan por qué están luchando y, segundo, para que la opinión pública apoye este tipo de combate.



Foto: Javier Bauluz. Tomado de *Amor en tiempos de cólera*. Ed. Médicos sin Fronteras

tonces, los medios de comunicación habían denunciado el comportamiento de sus propios soldados durante el desarrollo de la guerra. Por primera vez, el juego de dominó es extremadamente importante en esta relación gobierno-ejército-medios de comunicación-opinión pública. La prensa acusa a los soldados de bárbaros, con un gran impacto en la sociedad civil.

Los reporteros siguen teniendo las condiciones tradicionales que el Ejército de EEUU concede a la prensa: cualquier periodista acreditado recibe automáticamente rango de oficial, pudiendo así integrarse en cualquier misión. Los reporteros son testigos y no producen textos o relatos sonoros que se puedan manipular, sino que se filma la realidad con cámaras. Se ha dicho que fue una guerra televisada, pero no en directo. Se trata de una confrontación filmada para la televisión, aunque no en tiempo real, porque se necesitaba enviar las películas por avión a EEUU, que se difundían con 24 ó 48 horas de diferencia.

Existen fotografías célebres, como la de la niña corriendo después de echarle el napalm. Nadie puede pensar que ése es el enemigo que pone en peligro la existencia de EEUU. En este sentido la prensa invierte tinta y el efecto es demoledor, porque evidentemente nadie quiere enviar a sus hijos a la guerra y, además, la atmósfera en el seno del Ejército es de degradación moral, drogas, y resulta fundamental el hecho de que esos soldados no sean "caballeros". Esto provoca una ruptura entre el gobierno y la opinión pública, que no apoya la guerra al ver que se hace por razones de política internacional y no para satisfacer a la población. Este ambiente gangrena al país, y cuando termina la guerra con la derrota estadounidense en 1975 —es la primera en su historia— se plantea la cuestión de por qué no se ha vencido.

Probablemente la derrota se debió a razones estratégicas militares, ya que el único armamento que no utilizaron fue el nuclear, pero esencialmente se pensó que

la desmotivación de la opinión pública produjo también la del Estado Mayor. El hecho de que la opinión pública pudiera asistir paso a paso a la evolución de este conflicto, a los juicios hechos a auténticos criminales de guerra en el propio EEUU o a las críticas a ciertos comportamientos, suscita una reflexión y desemboca a un cambio en la relación medios de comunicación-guerra-opinión pública, en el que nos encontramos a partir de entonces. La Primera Guerra y el conflicto de Vietnam son dos confrontaciones que marcaron una transformación radical.

El aprendizaje de Londres

Los primeros que aprenden la lección de la guerra de Vietnam no son los estadounidenses, sino los británicos. El Reino Unido comprende el desarrollo de los medios de comunicación: cómo el discurso televisivo es muy convincente y la televisión se encuentra en todos los hogares. El espectador es testigo de un acontecimiento militar y eso perturba tanto la manera de concebir la conducta de los conflictos que resulta indispensable reflexionar sobre ello. El primer conflicto que va a ser diferente es la guerra de las Islas Malvinas.

Las lecciones de la guerra de Vietnam conducen al Estado Mayor británico a establecer otra forma de relacionarse con los medios de comunicación de masas. Las Islas Malvinas van a prestarse al juego, ya que por su insularidad están aisladas y constituyen un escenario muy lejano. Los británicos no quieren dejar que el conjunto de la población sea testigo de los combates, basándose en que las guerras son crueles y demasiado complicadas para que la opinión pública las pueda conocer directamente. Así, Londres selecciona a un grupo de reporteros bajo su criterio, con el pretexto de la lejanía del conflicto y por el hecho de que en Argentina exista una dictadura militar, y también porque las Malvinas están ocupadas militarmente. De este modo, los medios de comunicación ingleses que pueden asistir tienen que hacerlo bajo protección del Ejército británico y se embarca únicamen-

te un grupo cuyas informaciones se retransmitirán al resto de los medios.

Cuando la escuadra británica llega a la zona del conflicto, el buque que transporta a los periodistas queda en la periferia, desde donde recibe la información. Por tanto, ésta llega a través del Estado Mayor y los medios de comunicación no van a tener ninguna posibilidad, por mucho que se encuentren en el escenario de las Malvinas, de acceder directamente al lugar del conflicto. Se libran batallas que demuestran que la seguridad británica no es tal, que la aviación argentina es eficaz, que utiliza armas modernas. Los medios de comunicación se refieren a la guerra como un conflicto fácil, menos la BBC (British Broadcasting Corporation), que es la única que no acepta la manipulación y amenaza con pedir material a la televisión argentina para mostrar otros puntos de vista.

Pero de hecho, se presenta una guerra ideal a la opinión pública, casi un paseo militar. Este fenómeno nacionalista va a funcionar, y los británicos son capaces de cambiar la situación de transparencia anterior, que había alcanzado un nivel preocupante para los gobiernos con la guerra de Vietnam. Este modelo es el que se va a aplicar a partir de entonces en todos los conflictos en los que intervienen grandes potencias. La guerra solamente puede verse cuando los implicados son pequeños Estados. Es decir, ya estamos en un universo en el que la idea de que las guerras son transparentes ha sido abandonada. Desde Vietnam, en las guerras sólo se filma la versión que conviene dar del conflicto, la que el 'ministerio de la Guerra' de la potencia implicada quiere dejar saber.

La siguiente guerra en la que interviene una gran potencia es la toma de la isla caribeña de Granada en 1983 por EEUU. Todo se presta para aplicar el modelo de las Malvinas. Los periodistas no pueden acompañar a las tropas en el desembarco que se desarrolla durante cuatro o cinco días, por lo que no existen imágenes de éste. El Pentágono se excusa diciendo que es una guerra peligrosa para los corresponsales de guerra y que las tropas cubanas que se encuentran en la isla es-

tan ofreciendo una resistencia importante, así que cuando llegan los reporteros está todo ocupado y la guerra ya no presenta aspectos desagradables.

El siguiente conflicto en el que el modelo de las Malvinas se aplica ya tradicionalmente es la toma de Panamá en 1989, cuando los estadounidenses van a utilizar un método más sofisticado. Al igual que en Granada, en Panamá no hay testigos durante el período más difícil y la nueva estrategia utilizada por ECU se basa en que intervinieron al mismo tiempo que cala el régimen de Ceausescu en Rumania, el 20 de diciembre de 1989, cuando el mundo entero estaba ocupado en ver en directo un gran acontecimiento. Por primera vez se ven las batallas callejeras en directo. Las cadenas de televisión rompen sus programas e incluso emiten 24 horas lo que está ocurriendo en Rumania, porque además allí el nuevo poder, el contra-poder, se instala en la sede de la televisión. Mientras el mundo entero, en lo que se llama "efecto bombo", está viendo entretenido los hechos de Rumania, ECU interviene en Panamá y sabe que, en realidad, aparte de los países hispanoamericanos, en el resto del mundo el efecto será secundario.

En un estudio que realizamos en la Universidad de París comparamos lo que todas las cadenas de televisión francesas mostraron de Panamá y de Rumania. La proporción fue de nueve a uno. Prácticamente no hay imágenes de lo que ocurrió en Panamá y la versión estadounidense es la que muestra al presidente Noriega como traficante de drogas, evitando todos los acontecimientos. Hoy día sabemos que si el conflicto hubiera que medirlo por el número de víctimas, en Rumania no llegaron a mil mientras que en Panamá resultaron más de 2 mil. Sin embargo, la cobertura de los medios en Rumania fue infinitamente más importante.

El valor de la noticia

Una vez puesto en práctica este modelo, se aplicará más estrictamente en la guerra del Golfo y actualmente es la pauta

Los periodistas no podemos imaginar cómo un periodista aislado podría establecer la verdad —como un Quijote de la información—, porque hoy sabemos de qué manera funciona la información: la motivación del Estado Mayor trata de utilizar el sistema informativo. Pero si se toma el análisis desde esta perspectiva, ¿cómo funciona?

La información es una mercancía y el sistema de información obedece a una ley en la que la noticia tiene un valor económico determinado. Eso hace que el sistema utilice las noticias de más valor en detrimento de las menos valiosas. Si pensamos que la información tiene una relación fuerte con la verdad y que de esa relación debería depender su valor económico, debemos saber que este no es el caso. La verdad o la mentira no son importantes, lo que importa es que puedan rentabilizarse las noticias. El sistema actual ha cambiado la naturaleza de la información, el medio dominante es la televisión, el proyecto del sistema informativo nos ha-

ce testigos de los acontecimientos, es decir, impulsa a que cada persona se autointorme, como si estuviera allí mismo. De esta manera, la noticia adquiere valor, se produce en directo, en tiempo real (teniendo en cuenta que casi todas las noticias son en directo). Esto nos lleva a reflexionar qué valor con relación a la verdad tiene el ser testigo.

Ser testigo de algo no me aproxima necesariamente a la verdad porque presentamos una parcela de lo que está ocurriendo. Es un pequeño elemento de un mosaico extremadamente complicado. Además, una imagen se puede interpretar de diversas maneras. Es decir, me puedo autoengañar. Este sistema de información coloca al ciudadano en una posición que denominamos "perceptual", porque se apoya en las sensaciones y emociones, y no en el razonamiento. Toda la racionalidad moderna del siglo XVIII se ha constituido contra este dominio de los sentidos. Ahora, aceptar un sistema informativo que descansa esencialmente en el sentido de la vista supone ser indiferente a la razón, a la verdad. Un caso representativo muy espectacular es la tragedia de Ruanda en 1994. Víamos en la televisión cómo huían centenares de personas —entre todas las maldiciones bíblicas, el hambre, las enfermedades— y a la vez oímos hablar de un genocidio. La lectura elemental de un espectador medio ante esta información sería la de clasificar a las masas de gente como víctimas del genocidio, cuando la realidad era mucho más complicada. Entre los individuos que veíamos en su dolorosa huida se encontraban los responsables del asesinato de más de un millón de personas. No se ve ni una imagen del genocidio, sólo la huida de los hutus. Es muy difícil que funcione la fórmula de la imagen sin comentario. El sistema de la lectura de la cadena de televisión Euronews, que muestra imágenes sin comentarios, no puede explicar asuntos complejos, de ahí que en este método informativo los conflictos sean más maniqueos. El contexto general hace que, por razones económicas de funcionamiento informativo, restablecer la verdad sea muy complicado.

Además, los medios son como camaleones y cambian.

Durante mucho tiempo los medios de comunicación influyeron relativamente en la opinión pública, ya que sólo lo hacían en sectores marginales, por lo que tenían poco peso económico. Hoy en día, la principal batalla estratégica económica en el mundo tiene que ver con la comunicación, con las autopistas de la información. En este tipo de batalla estratégica en que la información es una materia económica de primera magnitud, es evidente que educar al público es casi una parcela de lo que está ocurriendo. En el seno mismo de los pendidos hay que desarrollar una crítica que serviría para educar a los ciudadanos en este terreno. No es fácil, ya que los medios se pueden identificar con una ideología y es muy difícil tomar la suficiente distancia para ver el perfil de los periodistas, éstos responden a un perfil diferente y toman partido. ¿Qué filtros existen para la información? No es que el periodista haga mal su trabajo, sino que trabaja dentro de un contexto que hace que, si la lectura elemental de un espectador medio ante esta información sería la de clasificar a las masas de gente como víctimas del genocidio, cuando la realidad era mucho más complicada. Entre los individuos que veíamos en su dolorosa huida se encontraban los responsables del asesinato de más de un millón de personas. No se ve ni una imagen del genocidio, sólo la huida de los hutus.

En cuanto a la medición de los periodistas, éstos responden a un perfil diferente y toman partido. ¿Qué filtros existen para la información? No es que el periodista haga mal su trabajo, sino que trabaja dentro de un contexto que hace que, si la lectura elemental de un espectador medio ante esta información sería la de clasificar a las masas de gente como víctimas del genocidio, cuando la realidad era mucho más complicada. Entre los individuos que veíamos en su dolorosa huida se encontraban los responsables del asesinato de más de un millón de personas. No se ve ni una imagen del genocidio, sólo la huida de los hutus. Es muy difícil que funcione la fórmula de la imagen sin comentario. El sistema de la lectura de la cadena de televisión Euronews, que muestra imágenes sin comentarios, no puede explicar asuntos complejos, de ahí que en este método informativo los conflictos sean más maniqueos. El contexto general hace que, por razones económicas de funcionamiento informativo, restablecer la verdad sea muy complicado.

Durante mucho tiempo los medios de comunicación influyeron relativamente en la opinión pública, ya que sólo lo hacían en sectores marginales, por lo que tenían poco peso económico. Hoy en día, la principal batalla estratégica económica en el mundo tiene que ver con la comunicación, con las autopistas de la información.

esenciales dos visiones no contradictorias de tipo periodístico. La primera, es la visión del infante, de la primera línea de la batalla, del reportero que está al ras del suelo, que ve cómo se vive y testifica el punto de vista parcial subjetivo, cómo viven los civiles. Esta perspectiva del terreno es indispensable, pero si nos limitamos a ella en el peor de los casos no vemos el conflicto. Es el síndrome de Fabricio del Dongo, el personaje de *La Cartuja de Parma*, soldado en la batalla de Waterloo. La batalla se termina, pero él no sabe quién la ha ganado porque ésta se libra en un escenario de varios kilómetros, y a ese nivel no se sabe por qué se lleva a cabo el combate. Hace falta una visión de Estado Mayor para saber quién ha ganado la batalla. De esta manera, es preciso que en el mismo órgano de prensa tengamos estas visiones caleidoscópicas, fragmentadas, que muestren el contexto general, político, económico, estratégico, cultural, con las cualidades antes mencionadas de honradez, de inteligencia, de apego a la verdad, y no basadas en opiniones, que son otra cosa.

Si ambas visiones están presentes es posible aproximarse a la verdad, un acercamiento siempre es difícil. Al mismo tiempo, el ciudadano debe saber que informarse cansa, no es algo pasivo. Si una persona decide no informarse vive igual de bien, quizá mejor. Si observamos la actitud física de alguien que se está informando mediante la televisión, normalmente tumbado, medio adormecido, las imágenes le están distrayendo. Eso no es informarse. Estar informado es una actividad, no algo pasivo. Luego, si hay una contradicción entre mi propia disposición corporal y mental, entre aquello de lo que quiero informarme y mi propia actitud de abandono, tengo que poner orden en esa contradicción. Puede ser interesante ver la televisión para informarme, pero debo completarlo con la lectura de diarios o revistas.

El problema no es la carencia sino la sobreabundancia de información, de ahí que la responsabilidad del ciudadano es enorme porque hoy día nadie puede decir que se carece de información en un mundo en el que es uno de los elementos del planeta. Cuando la información era extre-

madamente escasa, el que la poseía tenía el poder, así funcionaban los Estados autoritarios. Hoy vivimos en un mundo de sobreabundancia de información casi gratuita, de modo que los ciudadanos no tenemos la disculpa de no acceder a ella. El sistema informativo apuesta por la pereza del ciudadano para que éste no descubra fácilmente las manipulaciones groseras que realiza el poder en determinados contextos conflictivos **B**

Notas

1. De hecho, la tradición estadounidense permite a los reporteros acompañar a las primeras avanzadillas en las ofensivas. Esto es imposible en Francia, donde la costumbre impide la crítica a cualquier militar en el momento de un conflicto, y de hecho una serie de ejemplos muestran cómo, por ejemplo, en las costas de Normandía los reporteros rodaron las únicas imágenes que podemos contemplar del desembarco. Esto también existe en Europa, donde los reporteros llegan después de que las batallas están libradas, como si los periodistas fueran elementos que hay que proteger, en el mejor caso, o a los que se les puede enseñar ciertas cosas pero no otras. Como un amigo me dijo: "Las guerras son demasiado violentas para que los civiles las puedan soportar".
2. Ya ha habido una especie de antiamarillismo contra Japón que analistas describen como verdadero racismo. Tanto en las películas y las tiras cómicas, como en los medios de comunicación de masas, la guerra de Corea se presenta excesivamente caricaturizada y a veces plenamente racista. Fundamentalmente es una confrontación donde la prensa, la radio y la televisión estadounidense piensan que hay que ganar para evitar la extensión del comunismo en el mundo. En 1949 los aliados de EEUU sufren una derrota en China, lo que significaba la existencia de 600 millones de comunistas, por lo que intervienen los australianos y los franceses, ante un objetivo común.
3. Es la primera vez que las cadenas de televisión llevan a pleito al gobierno por haber violado la Primera Enmienda de la Constitución de EEUU sobre la libertad de prensa.
4. Hoy día se ha trabajado más en demostrar cómo hubo manipulación en imágenes que eran falsas. Entre las más interesantes se encuentran las imágenes de las batallas en las calles de Bucarest. Se pensaba que el edificio estaba siendo atacado por todos los flancos, pero la lectura llevó al error porque la Securitate no resistía, ni había tiros en el edificio de la televisión. Las víctimas que hubo fueron debidas a la confusión de la noche.

En Alemania, y en toda Europa, el libro de reciente aparición *Los verdugos de Hitler* del historiador norteamericano Daniel J. Goldhagen ha causado acaloradas polémicas en cuanto destaca la existencia de un ancestral antisemitismo alemán que se manifestó en el genocidio contra el pueblo judío durante la Segunda Guerra Mundial.

Por esa obra, el escritor obtuvo el Premio de la Democracia 1997, que otorga la revista *Blätter für deutsche und internationale politik* (Cuadernos de política alemana e internacional). Con ocasión de la entrega del galardón, la revista invitó a varios autores, entre ellos al filósofo Jürgen Habermas, cuyas opiniones sobre el libro trascienden a una mirada distinta sobre la culpabilidad y la historia.

Gracias a la revista *Humboldt*, que tradujo el texto a la autorización de *Cuadernos de política alemana e internacional* y a la gestión de la Embajada de Alemania en Bogotá, los lectores de *Bitácora* pueden disfrutar de esta reflexión sobre el papel de la historia, la tradición y la cultura. De hecho, una reflexión muy oportuna y necesaria también para todos los colombianos.

La historia forma parte de nosotros

Jürgen Habermas



La concesión del Premio de la Democracia al galardonado de este año se justifica así: "Con el vigor expresivo y la fuerza moral de su exposición, Daniel Goldhagen ha dado un impulso fundamental a la conciencia pública de la República Federal de Alemania"; "ha agudizado la percepción del trasfondo y los límites de una 'normalización' alemana".

La referencia a la eficacia retórica de la obra y a la polémica cuestión de la normalización, que vuelve a plantearse con la transición a la República berlinesa, permite entrever lo que el patronato de los Cuadernos de política alemana e internacional se ha propuesto con la concesión de este premio, y también lo que no se ha propuesto. Los miembros del patronato no pueden ni quieren entrar en una controversia científica. También en Alemania ha habido historiadores de gran talla que, empeñando en la tarea, en muchos casos las energías de toda una vida académica, han aportado contribuciones muy meritorias al estudio de la época nacionalsocialista y a la formación de los ciudadanos en el conocimiento de los complejos antecedentes políticos e históricos del Holocausto. No se trata de determinar cuál de los especialistas en historia contemporánea se ha ganado la atención de un sector más amplio del público lector; se trata más bien de saber cómo hay que valorar la inusitada atención que el libro de Goldhagen ha despertado entre tantos ciudadanos interesados en las cosas de la historia. El sentido performativo de la concesión del Premio indica que la resonancia pública que el libro y su autor han hallado en la República Federal es una recompensa merecida y, al mismo tiempo, un fenómeno que hay que observar con satisfacción.

Esta proclamación ha provocado réplicas muy vehementes. El libro, dicen, satisface con una exposición global y reductora de hechos complejos la necesidad de explicaciones simplificadoras que siente el público de masas. Se dice que el libro persigue efectos emotivos empleando los recursos estilísticos de una estética de la crueldad y que con descripciones escabrosas oscurece el juicio del lector. Otras críticas se refieren, más que al tex-

to de la obra, a los motivos de sus compradores y sus lectores. Aquí aparecen los conocidos estereotipos de las "almas buenas", del "nacionalismo negativo" y de la "abdicación de la historia". Los descendientes de los asesinos se procuran una satisfacción ilegítima y barata con la identificación tardía con las víctimas; aprovechan esta nueva oportunidad de proclamar su lealtad a unas tradiciones particulares y hallan una escapatoria en la quimera del posnacionalismo. Confieso que no alcanzo a comprender estas reacciones apasionadas con las que se pretende clarificar un fenómeno que no requiere clarificación.

No habría hecho falta un análisis excesivamente detenido para vaticinar el eco que habla de despertar un libro así. Basta pensar en cómo se conjugan estos factores: los análisis que Goldhagen hace de casos particulares relacionados con el exterminio de los judíos y las expectativas de un público interesado por todo lo que arroje luz sobre este capítulo de crímenes de su historia. Las indagaciones de Goldhagen se ajustan con exactitud a las cuestiones que polarizan desde hace medio siglo nuestras discusiones públicas y privadas. Desde los inicios de la República Federal se da una contradicción entre quienes prefieren explicar la quiebra de la civilización como un suceso natural producto de unas circunstancias y quienes la atribuyen más bien a personas que obraban de manera responsable, y no sólo a Hitler y su más estrecho círculo de colaboradores. Hoy, estos dos bandos se imputan recíprocamente distintas motivaciones: al diagnóstico de la calumnia se le contrapone el reproche de la moralización presuntuosa. Esta desgraciada controversia oculta la cuestión que late en el fondo: ¿qué significa, en realidad, una imputación retrospectiva de crímenes hecha hoy en aras del entendimiento ético-político entre los ciudadanos y de su comprensión de sí mismos? Goldhagen aporta un nuevo estímulo a la reflexión sobre la forma adecuada de hacer uso público de la historia.

En los debates sobre la comprensión de nosotros mismos como individuos y como colectividad fomentados por pelícu-

las, series de televisión o exposiciones tanto como por estudios históricos o escándalos públicos, no sólo discutimos sobre los objetivos y las políticas a corto plazo, sino también sobre las formas de convivencia política que deseamos ver implantadas y los valores a los que creemos que debe darse prioridad en la organización política común. Al mismo tiempo, se trata de saber en qué aspectos nos podemos respetar mutuamente en cuanto ciudadanos de esta República y a título de qué querremos que los otros nos respeten. La historia nacional ofrece un importante fundamento para esclarecerlo ya que las tradiciones y mentalidades nacionales que se han convertido en parte de nuestra persona hunden sus raíces en épocas muy anteriores a los comienzos de esta República. Este vínculo entre la visión del propio ser político y la conciencia histórica determina asimismo la perspectiva desde la que el libro de Goldhagen adquiere relevancia para nosotros. Ya que del mismo centro de nuestro entorno vital surgió aquel crimen singular sobre el que se ha acuñado el concepto mismo de "crimen contra la Humanidad", a los que nacieron después y quieren alcanzar alguna claridad en cuanto a su existencia política en este país se les plantean, como lo más natural, estos interrogantes: ¿puede imputarse la criminalidad política de masas a individuos particulares o a grupos de personas? ¿Quiénes eran en cada caso los que actuaban conscientes de su responsabilidad y cuáles eran sus motivos? Los motivos derivados de una norma que justificaba la acción en la medida en que era determinante ¿estaban arraigados en la cultura y la forma de pensar?

Es inevitable que la concepción que tenemos de nosotros mismos resulte afectada cuando Goldhagen atribuye a un grupo representativo de criminales convencidos (convencidos de algún modo, pero convencidos a fin de cuentas) una justificación subjetiva que era parte integrante de la convicción de fondo dominante en la época: "Los judíos representaban una suerte de rasgadura en el tejido cultural alemán... una rasgadura en la que se hundían todos los tabús culturales cuando los alemanes se agitaban contra los judíos". En el supuesto de que cada ge-

neración, en su forma de pensar y de sentir, en la gestualidad de su expresión y en sus modos de percepción, esté unida por una red de hilos culturales a las formas de vida y a la mentalidad de las generaciones precedentes, semejante afirmación, en el caso de que sea cierta y en la medida en que lo sea, tiene que poner en tela de juicio el margen de confianza ingenuamente concedido a las tradiciones propias. Esta postura crítica frente a lo propio es lo que el estudio de Goldhagen formenta y lo que causa la inquietud de más de un conservador.

En tales círculos se cree que a un pueblo sólo lo capacitan para tener un futuro, tradiciones incuestionadas y valores sólidos. Por este motivo cualquier indagación del pasado que lo sondee con escepticismo atrae en ellos la sospecha de encerrar una moralización descarada. Desde 1989 en la Alemania unificada

se consolida una nueva especie de espíritu patriótico para el que los procesos de aprendizaje de los últimos decenios van "demasiado lejos". También hay quien desde otras posiciones ideológicas parece creer que el estudio de Goldhagen alienta un dudoso ajuste de cuentas moral con los contemporáneos de un Holocausto cuya existencia "desconocían". Sin embargo, precisamente en este estudio puede verse que en el contexto actual del autotendimiento ético-político las cuestiones históricas de la atribución subjetiva poseen un valor muy distinto. Primero recordaré de qué modo es posible hacer un uso público legítimo de la historia, para explicar después por qué los casos estudiados por Goldhagen

En el supuesto de que cada generación, en su forma de pensar y de sentir, en la gestualidad de su expresión y en sus modos de percepción, esté unida por una red de hilos culturales a las formas de vida y a la mentalidad de las generaciones precedentes, semejante afirmación, en el caso de que sea cierta y en la medida en que lo sea, tiene que poner en tela de juicio el margen de confianza ingenuamente concedido a las tradiciones propias.

resultan adecuados para la búsqueda de una autocomprensión ético-política libre de malentendidos moralistas.

La historiografía moderna se dirige a dos destinatarios: el gremio de los historiadores y el público en general. Una buena exposición de la historia contemporánea debe cumplir las condiciones críticas de la disciplina científica y satisfacer al mismo tiempo las expectativas de un público lector interesado. Desde luego, la mirada del historiador no puede dejarse guiar por el interés del lector que pide que le expliquen su propia situación histórica. En el momento en que el punto de vista del observador analítico se confunde con la perspectiva que adoptan quienes intervienen en los debates sobre el entendimiento con nuestra propia identidad, la ciencia de la historia degenera en política de la historia. La alianza entre el historicismo y el nacionalismo se debió, en su momento, a esta confusión; una confusión parecida se refleja hoy en la propensión a continuar la Guerra Fría haciendo uso de medios historiográficos. Es obvio que sólo los científicos íntegros que insisten en la diferencia entre la perspectiva del observador y la del participante pueden ser fiables como expertos.

La justicia penal política, por ejemplo, necesita el concurso de los expertos en historia. Cuando se trata de crímenes políticos de masas, la justicia y la historia examinan los mismos problemas de atribución. Ambas se interesan por quién estuvo implicado en qué delitos, tratan de determinar si las consecuencias de los actos examinados deben imputarse a las personas o más bien a las circunstancias, si los implicados hubieran podido obrar de otro modo, si actuaron movidos por convicciones normativas u obedeciendo a imperativos de prudencia, si hubiera podido exigirse de ellos un comportamiento distinto, etc. Pero el juez sólo puede sacar provecho de los dictámenes periciales del historiador (y a la inversa, el historiador sólo puede sacar provecho de los documentos del sumario) si uno y otro contemplan los mismos fenómenos desde perspectivas diferentes. El uno se interesa por la imputabilidad de las acciones; el otro, por la clarificación de sus causas. Desde el

punto de vista del historiador, la imputabilidad de un acto no determina la culpabilidad ni la inocencia de su autor, sino la naturaleza de sus causas. Sea cual sea la forma que adopte la explicación (bien se incline por situar las causas en las personas, bien en las circunstancias), una explicación causal no puede, en cuanto tal, incriminar ni disculpar al autor de los hechos. Sólo desde la perspectiva de los interesados que se enfrentan ante un tribunal o en la vida diaria y que se piden mutuamente cuentas de lo sucedido, se convierte la cuestión de la atribución en cuestión jurídica o moral.

Pues también desde el punto de vista moral se trata de juzgar entre lo justo y lo injusto, aunque sin las estrictas normas de procedimiento del código penal. Igual que para los fines de la justicia, en la vida diaria los conocimientos históricos pueden emplearse, naturalmente, en la conciencia moral; así, por ejemplo, en el proverbial enfrentamiento entre "padres e hijos". En ambos casos, el saber histórico es igualmente relevante para los dos bandos opuestos. Pero el examen de lo justo o injusto de una posición es distinto del que efectúan los miembros de una generación posterior con una herencia histórica que tendrán que asumir; en cualquier caso, en cuanto ciudadanos de una comunidad política. Esta diferencia es lo que a mí me interesa. Las atribuciones explicativas del historiador adquieren, desde la perspectiva de la búsqueda de la autocomprensión ético-política de los ciudadanos, una función distinta de la que tendrían en el discurso moral o en el jurídico.

De lo que aquí se trata en primer lugar no es de la condena ni de la absolución de los mayores, sino del examen crítico que sus descendientes hacen de su propia situación. El interés público de quienes nacieron más tarde y no pueden saber cómo se habrían comportado en aquellos tiempos apunta a un objetivo distinto del afán moralizador de los conciudadanos que los juzgan, que se hallan en el mismo entramado de interacciones y se piden explicaciones unos a otros. Las dolorosas revelaciones sobre la conducta de padres y abuelos, que no podrían causar más que aflicción, quedan como asunto priva-

do que sólo incumben a los directamente implicados. En cambio, los hijos, en cuanto ciudadanos, mantienen un interés público por el capítulo más oscuro de su historia nacional pensando en sí mismos y pensando en su relación con las víctimas o con los descendientes de éstas. Y no señalan a otros. Desean poner en claro la matriz cultural de la herencia que pesa sobre ellos para saber de qué son responsables solidarios y qué parte de las tradiciones que entonces constituyeron un funesto fundamento de motivaciones sigue vigente hoy y requiere revisión. De un comportamiento individual culpable muy extendido en el pasado surge la conciencia de la responsabilidad colectiva; esto no tiene nada que ver con una atribución colectiva de culpabilidad que, por razones comprensibles, es un absurdo puro y simple (...).

Lo que hoy debemos juzgar son los méritos contraídos por un historiador estadounidense, judío, en la definición de la aproximación más adecuada de los alemanes a un capítulo de crímenes de su historia. Para terminar, quisiera recoger una reflexión que mi colega Klaus Günther, jurista, ha formulado a propósito del tratamiento público de la historia de la criminalidad política. Es evidente que nuestro modo de resolver los problemas de atribución no depende solamente de los hechos sino también de nuestra manera de observarlos. Qué elementos atribuimos en nuestra visión retrospectiva de la historia a las personas y cuáles a las circunstancias, dónde situamos la línea de separación entre la libertad y la coerción o entre la culpa y la disculpa son cuestiones cuya solución también depende de la preconcepción con la que nos aproximemos al suceso. La disposición hermenéutica a reconocer la verdadera dimensión de la responsabilidad y del conocimiento cómplice



varía con nuestra concepción de la libertad, con el grado de responsabilidad que nos atribuimos como personas y con lo que nos exigimos en cuanto sujetos de la acción política.

Con las cuestiones del autoentendimiento ético-político lo que se discute es también esta preconcepción. El reparto de culpa e inocencia que distinguimos al con-

templar el pasado histórico refleja también las normas según las cuales estamos dispuestos a respetarnos mutuamente como ciudadanos de esta República. En este discurso, por cierto, los historiadores ya no intervienen en calidad de expertos, sino que lo hacen como nosotros, desempeñando la función de intelectuales.

En esto consiste, a mi modo de ver, el mérito de Goldhagen: no dirige la mirada hacia supuestas categorías antropológicas universales ni a leyes científicas a las que todos los seres humanos están supuestamente sujetos. Es posible que tales categorías y leyes expliquen también, como se afirma en los estudios comparativos del genocidio, una parte de lo indecible; la explicación de Goldhagen se refiere a tradiciones y mentalidades específicas, a modos de pensamiento y de percepción de un determinado contexto cultural. No se refiere a algo inmutable a lo que tengamos que conformarnos, sino a factores que pueden transformarse mediante un cambio de conciencia y que de hecho ya se han transformado por efecto de la educación política. El pesimismo antropológico que en nuestro país va unido a un historicismo fatalista es más una parte del problema que la solución que pretende representar. Debemos agradecer a Daniel Goldhagen que nos haya confirmado en una forma muy distinta de contemplar el pasado ■

Los campos colombianos se están quedando abandonados y los centros urbanos no tienen los recursos ni la infraestructura física ni humana para atender digna y adecuadamente a quienes todos los días llegan huyendo de la muerte. Ya son más de un millón los desplazados internos por la violencia y el drama aún está lejos de terminar. Patricia Rentería, experta en gestión de asentamientos humanos, tiene algunas propuestas interesantes que aquí comparte con los lectores de *Bitácora*.

Integración y convivencia urbana: compromiso inaplazable con los migrantes colombianos

Patricia Rentería S.



Foto: Agencia Terra

El abrupto desarraigo del entorno natural y ancestral de millares de colombianos y colombianas, y la sistemática ruptura de tejidos sociales e institucionales que conlleva la masiva migración de campesinos, plantea nuevos retos en los procesos de planificación y gestión de los asentamientos humanos, en el reconocimiento de factores fundamentales para la convivencia y pacífica resolución de conflictos en la vida cotidiana de las ciudades.

La situación de violencia en los campos colombianos se refleja de forma inmediata en las áreas urbanas que reciben día a día los migrantes internos del país. Sin desconocer la importancia de los derechos de los desplazados al justo retorno a sus campos, en estas líneas intentamos avanzar sobre la obligación de la sociedad urbana de defender el derecho a la ciudad de todos los colombianos, de los migrantes en este caso, quienes sin atravesar las fronteras del país, llegan a otros lugares del territorio nacional huyendo de sus lugares de origen hacia zonas urbanizadas en busca de refugio y protección. Ellos, sin puntos de referencia con las problemáticas de la vida en la ciudad, buscan apoyo en las difíciles condiciones que ofrecen las comunas, agobiadas a su vez, por carencias y la ausencia de mejores perspectivas de futuro.

Los desplazados intentan confundirse y mimetizarse escapando de la persecución, que muchas veces continúa aún en las mismas ciudades, produciendo un fenómeno de movilidad constante e itinerante de individuos y comunidades que buscan ser aceptados e integrados. La recepción masiva de pobladores, señalados por provenir de zonas de violencia, y el crecimiento espontáneo de los barrios, comunas y asentamientos populares, hacen necesario reflexionar sobre los conflictos urbanos que cada día dificultan más las condiciones de seguridad y tolerancia que se vive en las ciudades, e impulsar la comprensión del fenómeno de las migraciones, hasta lograr la prioritaria e inaplazable construcción de acuerdos para la convivencia y el mejoramiento de las condiciones sociales.

El problema de los desplazados toca todas las instancias de la sociedad. Los efectos

que está generando la migración de los últimos años y la carencia de propuestas, programas y proyectos para una integración planificada y solidaria, podría tener consecuencias verdaderamente preocupantes, considerando las condiciones de desesperanza, desarraigo y pobreza en que se encuentran y a la falta de oportunidades de los pobladores urbanos. En este sentido, hay que avanzar hacia el logro de acuerdos con la participación de los desplazados, de la sociedad civil y del sector privado, para generar empleo, construir vivienda social y brindar apoyo psico-social, entre otros.

Si bien es cierto que las causas de la violencia están ligadas a problemas estructurales de la economía y de la sociedad, y que las condiciones del conflicto tienden a extenderse por todo el territorio nacional, el problema se plantea, ante todo, en la capacidad de respuesta de los gobiernos locales para liderar con decisión política y de manera seria, procesos de cooperación y solidaridad. El reto de la planificación del desarrollo y del ordenamiento urbano, como actuaciones públicas de decisión administrativa, se enfoca hacia el desarrollo de la gestión pública que, con actitud proactiva, genere procesos de inclusión y de activa participación del sector privado y de la sociedad civil. Las ONG, la Cruz Roja y la Iglesia no pueden seguir abordando semejante problema que trasciende, de hecho, su capacidad de respuesta y obviamente, su competencia.

Son en primera instancia las comunidades populares las que están abocadas a recibir los migrantes. Los altos índices de hacinamiento en las viviendas en que comparten sus espacios de vida los habitantes de las zonas pobres urbanas están agravadas por las bajas condiciones de habitabilidad (falta de alcantarillado, baja cobertura de acueducto, educación y salud, insuficiencia de espacio público, transporte y movilidad) que incrementan y dificultan la convivencia de los desplazados, nuevos habitantes de las ciudades.

La recuperación de historias y memorias colectivas, presentes en los procesos de urbanización en Colombia, pueden ser la base para incentivar las voluntades de las comunidades en la aceptación y des-



tigmatización de los desplazados siendo que, en muchos casos, las mismas comunidades receptoras están signadas por realidades similares que tuvieron que vivir sus habitantes, en su lucha por reconocimiento e integración. La participación para la integración debe promoverse desde el núcleo urbano, el Barrio, la comuna o el asentamiento, motivando sentidos de pertenencia, identidad, solidaridad y cooperación en la transformación de las condiciones de vida que se reflejan en toda la ciudad.

Aunque existe una política y un Plan Nacional para la Atención Integral de los Desplazados, cuyos alcances están aún por evaluarse, no existe una política ni un plan para la integración social, económica, política y cultural que contemple e incluya este sector de población, en el ámbito de la convivencia, al interior de las comunas urbanas y de los barrios populares; una política, que incluya la gestión de los asentamientos humanos e induzca procesos de planificación participativa y promueva el diálogo entre los diferentes actores del territorio.

La integración es una responsabilidad frente a la paz, la tolerancia y la inclusión. Es urgente formular una política de integración, que vaya más allá de la ayuda humanitaria de emergencia, transitoria y temporal, hacia programas sostenibles en el tiempo, que considere las difíciles condiciones de mujeres, jóvenes y niños, quienes constituyen la mayoría de la población que migra por la fuerza; una política que, además, incentive las autoridades locales a trabajar en la planificación de los reasentamientos de este sector poblacional con el concurso de los habitantes de las comunidades receptoras.

En ese sentido se adelantan algunas iniciativas nacidas desde lo local, como el de la Consejería de Paz de Cali, que convocó y constituyó con la Iglesia, el sector académico y la sociedad civil, el Comité y el Plan Interinstitucional para la Formulación de una Política de Estado para la Socialización de los Desplazados por la Violencia de Cali y el Suroccidente Colombiano. El Plan, de escala regional, desarrollará una serie de programas y proyectos con enfoque de

género, en sectores sociales como la educación, la salud la generación de empleo y la microempresa. La metodología se basa en una gestión activa que incluye la participación de los desplazados en la identificación de prioridades; y de la comunidad en la búsqueda de acuerdos para la paz.

Algunas agencias de la comunidad internacional, con reconocida experiencia en complejos procesos de paz, teniendo en cuenta que es evidente que no bastan acuerdos políticos para la paz si están desvinculados de los acuerdos para el desarrollo, apuntan a adelantar proyectos dirigidos más a integrar a los individuos en el marco del desarrollo, que hacia la atención de emergencia. Entre ellas, la Fundación Anas para la Paz y el Progreso Humano de Centroamérica, con sede en San José de Costa Rica, y el Programa Regional de Hábitat (UNCHS) para Centroamérica, Centro de Recursos para el Desarrollo Sostenible de los Asentamientos Humanos, desarrollarán un Proyecto de Investigación sobre Respuestas Locales a los Procesos de Reasentamiento e Integración de los migrantes por violencia, en el cual se compararán casos de estudio centroamericanos y colombianos. La metodología, delimitada en la investigación-acción participativa, articulará el diálogo entre los diferentes actores locales dirigidos a generar procesos de gestión para la integración, la capacitación y la asistencia técnica.

Estos esfuerzos, que establecen prioridades en la formulación de políticas con un enfoque humanitario del desarrollo, pueden dar bases importantes para abordar de manera distinta y responsable procesos de gestión y planificación para la paz, impulsados desde lo local, con perspectiva nacional. Aunque el fenómeno de las migraciones no es, ni mucho menos nuevo, la agudización de la crisis que vive el país podría dar nuevos elementos para entender la importancia de construir planes locales que reformulen conceptos excluyentes frente al desarrollo, la gestión y la planificación urbana y territorial. Sería una oportunidad para promover un cambio de actitud de la sociedad hacia el logro de consensos para construir un nuevo concepto de desarrollo: el del Desarrollo Humano Sostenible para Colombia.

Es posible que uno de los estudios más serios que se haya hecho en Colombia sobre el fenómeno del desplazamiento forzado originado en la violencia armada, sea el libro *Relatos e imágenes. El desplazamiento en Colombia* de Carlos Alberto Giraldo, Jesús Abad Colorado y Diego Pérez. Decimos que es uno de los más serios porque este libro, publicado por el Cinap, no se centra en el análisis de las dramáticas cifras o de las consecuencias sociales y políticas de un proceso que crece todos los días con cientos y miles de hombres, mujeres y niños que dejan atrás su vida para defender en algo su existencia. Con las imágenes de la tragedia —pero también de esos espacios para la risa, la esperanza y el ensueño— sus autores nos traen las voces de las víctimas quienes relatan su historia, su origen y sus esperanzas. Por eso es que *Bitácora* recoge en estas páginas algunos de esos testimonios acompañados de instantes que con su cámara captó para la historia el fotógrafo antioqueño Jesús Abad Colorado. Es una forma de acercarnos un tanto a lo que han vivido y llevan como la mayor de sus cargas el ya más de millón de desplazados que los últimos años de guerra han dejado en Colombia.



Foto: Jesús Abad Colorado



"La gente está tentada a meterse en algún bando porque la persiguen y la señalan. El miedo a la muerte la lleva a afilarse de algún lado. Además, eso es lo que buscan los combatientes con los civiles. Porque a los armados les da susto encontrarse con otro armado y dejan al campesino como el blanco. El pueblo es el que paga las consecuencias de la guerra".

"En medio de la guerra, los campesinos, así estamos en capacidad de trabajar o ayudar, nos tenemos que quedar quietos. Estamos en una cárcel a la que no se le ven rejas. Por eso nos mantenemos azarados, desorientados, infelices porque amamos la tierra y así hasta que Dios nos llama, hasta que nos ponemos viejitos y morimos; pero de repente, en las manos de la naturaleza, no de los hombres armados".

Foto: Jesús Abad Colorado



Foto: Jesús Abad Colorado

"Si a uno lo matan, el cadáver desaparece en medio del monte o de los ríos, porque los paramilitares y la guerrilla no dejan recoger a nadie el cuerpo de ninguna persona para darle digna sepultura. Al que lo haga también lo matan. Estos meses han bajado por los ríos Atrato, Selaquí y Truandó decenas de cadáveres. Pasan por el puerto Riosucio y por los pueblitos de las orillas y nadie los recoge. Hay que verlos seguir de largo para uno no morirse también. Esa gente piensa que así demuestra poder".

"De parte de los indígenas no queremos que haya más guerra, porque nunca habíamos soportado una situación tan dura, que le ocasionara tanto temor y pobreza a nuestras comunidades. Hay hermanos que no salen de sus territorios por miedo. Llevan meses sin asomar a Riosucio ni a los demás poblados ribereños".



Foto: Jesús Abad Colorado



Foto: Javier Bauluz. Tomado de *Amor en tiempos de cólera*. Ed. Médicos sin Fronteras

De ahí el silencio frente a las masacres de la selva zairiana durante el invierno 1996-97, o frente al deterioro de la situación en Camboya en la primavera de 1997.

Se podría igualmente pensar en el criterio del interés estratégico que le restaría toda pertinencia a una intervención en Afganistán para el caso de los talibanes, o en Zaire con respecto a Laurent-Desiré Kabila. Por el contrario, este criterio lleva sí a desembarcar en Panamá o en Grenada, a posicionar cascos azules en la frontera serbo-macedonia o incluso a sostener económicamente a Ucrania.

Añadamos entonces un factor adicional: la necesidad de establecer las reglas del nuevo orden internacional así como la ubicación de las potencias en este "gran juego". Los Estados Unidos pueden de esta forma escoger con claridad no hacer, ni decir nada sobre el conflicto chechen, o levantar unilateralmente el embargo a las ventas de armas en Bosnia.

En fin, claro está, el tema del costo de intervenir determina la no-intervención. ¿Qué beneficios económicos o políticos podrían deducirse de una intervención en Burundi, Sierra Leona, Bougainville o Algeria? En efecto son muy inciertos. El precio a pagar por tales operaciones es por el contrario más conocido: dificultades logísticas, complejidad política y militar, peligro para quienes participan, riesgo de que el conflicto se atasque, costo financiero y problemas para negociar, transportar y dirigir una operación multilateral.

Por otro lado, con frecuencia se ha constatado que a mediano plazo la estabilidad de un régimen vencedor vale más que las incertidumbres de una paz negociada y por tanto frágil. Lo vimos en Kurdistán después del levantamiento de la primavera de 1991: una operación humanitaria es menos costosa en lo financiero, que en lo político la muerte de un soldado norteamericano en una guerra ajena. Yugoslavia también lo demostró: puede ser más beneficioso intervenir tardíamente en un conflicto, y después recibir los dividendos de la mediación, que suministrar una ayuda masiva pero discreta dirigida a prevenir ese mismo conflicto... y sin saber si tal ayuda servirá realmente para algo.

No obstante, algo sí es seguro: no tiene sentido prevenir los conflictos si quienes lo conciben no están dispuestos a actuar en concordancia con ello. Ni en Bosnia ni en Zaire los conceptos y las intenciones eran suficientes para reducir el número de víctimas. Al igual que en toda decisión internacional, la eficacia de una política dirigida a impedir las guerras depende de la voluntad de los Estados para llevarla a cabo, en conjunto o separadamente, y del uso —con tal fin— de todos "los medios" de los cuales disponen.

A pesar que tanto las Naciones Unidas como la Unión Europea, pasando por las organizaciones no gubernamentales, consagran grandes esfuerzos para definirlo, el concepto de prevenir los conflictos sigue siendo tan ambiguo como estrecho.

Incluso tiende a separar aún más a los "civilizados", que piensan la guerra, de los "bárbaros", que la viven. Como si el hecho de reflexionar sobre los conflictos fuera una protección contra ellos.

¿Qué nos protege del horror de las masacres de Srebrenica en julio de 1995? ¿Acaso las pantallas de los televisores que nivelan la violencia? ¿Tal vez los análisis de los especialistas que casi terminan por justificar el horror dándole sentido al conflicto? ¿Las asociaciones humanitarias o los Cascos Azules que alivian nuestra conciencia y la tranquilizan? La profecía de un muro cuya caída el Viejo Continente debió haber previsto? O tal vez la distancia geográfica que desde 1945 mantiene los conflictos fuera de las fronteras de Europa Occidental. En cualquier caso, incluso cuando las fronteras son las de nuestros vecinos del sur o del este, la guerra sigue siendo el problema de los demás, al igual que la barbarie.

Cuando los occidentales hablan de prevenir los conflictos evocan la primacía del derecho, la intangibilidad de las fronteras o la necesidad de una justicia económica y social como la que mantiene la paz en sus países. Y demostrando una gran amnesia sobre su propia historia, ellos se sienten seguros con sus ejércitos, iluminados por la razón y, sobre todo, protegidos por la democracia y la prosperidad. Son muchas razones, en definitiva, las que justifican establecer la principal diferencia entre nosotros, los occidentales y ellos, los otros.

Al ocultar el pasado para establecer esta diferencia, Occidente hace tabla rasa del miedo, la emoción y la exasperación. Como si reservara el odio y el deseo de recuperarlo a los antiguos combatientes. Como si al rechazar la violencia de las grandes páginas de la historia de Francia, desaparecieran los testimonios que muestran cómo la guerra también forma parte del instinto de dominación, de la fuerza de la obediencia, de la necesidad de defenderse y, en consecuencia, de atacar antes de ser atacado. Si lo hemos olvidado, quienes proclaman la purificación étnica si lo recuerdan...

Se trata entonces de todos aquellos obstáculos que debe superar una verdadera política dirigida a prevenir los conflictos. La Comisión Europea es consciente de ello. Así lo demuestra una propuesta presentada a los Estados miembros en marzo de 1996 donde se subraya: "El creciente número de conflictos violentos en África se constituye en un enorme desafío para la comunidad internacional (...). Sin embargo, los instrumentos tradicionales que la comunidad internacional utiliza para resolverlos (operaciones de la ONU para mantener la paz, ayudas humanitarias, etc...) se han manifestado como onerosos y en ocasiones ineficaces o incluso contraproducentes con relación al objetivo de lograr retomar en el largo plazo a una situación de no-violencia y estabilidad (...). A ello se añade que se ha vuelto extremadamente costoso reparar los efectos de los conflictos violentos en África"³.

¿Retroceso humanitario? ¿Confesión de debilidad? ¿Expresión de la voluntad de potencia? ¿Instrumento de política interior? La disuasión tiene un poco de todo esto. Los conflictos que se multiplican en el planeta son con frecuencia una trampa para los países occidentales que quisieran remediar sus problemas para intervenir, gerenciarlos, tratar sus consecuencias y evitar su desbordamiento. Del mismo modo, estos países esperan responder a sus propias opiniones públicas que exigen el fin de la carnicería. El ideal sería poder extirpar el tumor antes de su desarrollo, lo que implica la necesidad de un diagnóstico precoz. En todo caso, el cinismo de la constatación no debe impedir lanzarse con seriedad hacia ese ejercicio porque, si bien no siempre sea sincero, el propósito no es necesariamente inútil.

Notas

1. Traducción de Amparo Díaz.
2. Zweig, Stefan. *El mundo de ayer*. Parí, s. Belfond, 1993.
3. La Unión Europea y el problema de los conflictos africanos: el restablecimiento de la paz, la prevención de los conflictos y otros temas. CCE, SEC (96) 332 final, Bruselas, marzo 6 de 1996.

Juan Gutiérrez, fundador y director de la organización para la paz Guernica Gogoratuz, estuvo recientemente en Colombia invitado por la Escuela Superior de Administración Pública al encuentro internacional ¿Es Posible la Paz en Colombia? Tendencias Recientes en la Investigación Mundial sobre Paz y Conflictos. En esa ocasión, Juan Gutiérrez abordó el tema de los sistemas de resolución de conflictos en un país en guerra. *Bitácora* no podía perder esta oportunidad para conocer sus opiniones en torno a las posibles fórmulas para lograr un proceso de reconciliación exitoso y las formas de participación de la sociedad civil que para el logro de la paz se han producido en otros países.

La paz no es lo contrario de la guerra

Foto: El Tiempo



Bitácora. ¿Por qué el nombre de Guernica Gogoratuz?

Juan Gutiérrez. Guernika es el pueblo del País Vasco donde Alemania hizo el primer anuncio público de lo que podría ser la guerra nuclear cuando la Legión Cóndor lo bombardeó. Gogoratuz es una palabra vasca muy bonita que quiere decir tres cosas: recordar, comprometerse con ganas y reflexionar. Por eso la misión de Guernika Gogoratuz es recordar lo que fue ese pasado atroz de guerra con un horizonte de reconciliación; es mirar hacia el pasado, reflexionar y ayudar a construir la paz en el futuro.

¿Cómo se da esa reflexión sobre la paz en un mundo tan belicoso?

Nuestro mundo está lleno de guerra pero también lleno de paz. Nosotros decimos que la cultura de guerra es dominante pero que la cultura de paz subyace en las familias, en las relaciones humanas, en la ternura que existe en un país como Colombia, en su colorido. La sociedad está llena de paz. Pero como tradicionalmente hacemos sólo radiografías en blanco y negro, Colombia parece el museo de los horrores.

Pero del mismo modo nosotros no tenemos en el bolsillo la respuesta para la paz en Colombia. Tampoco traemos soluciones; pero sí podemos explicar cómo en nuestra propia casa resolvemos los conflictos.

En nuestro caso, por ejemplo, ha sido muy importante la participación de la sociedad civil en el conflicto del País Vasco. Así lo demostró hace ya más de un año, cuando fue tan cruelmente asesinado un hombre sencillo y pobre como el concejal Miguel Angel Blanco después de ese terrible plazo de 48 horas dado por la ETA. Ese asesinato llevó a la sociedad a manifestarse. Salieron millones de personas a las calles. Cinco, seis, siete millones que decían ¡basta ya! Pero la sociedad civil lo que no puede es tener la fórmula política de la solución. Por ejemplo, en el País Vasco hay dos interpretaciones de ese ¡basta ya!. El Partido Popular, que está en el Gobierno, lo entiende en el sentido de

que debe combatirse con más fuerza al terrorismo. Lo que yo entiendo es "¡jarreglen esto, encuentren una solución política al conflicto!". En todo caso hoy tenemos en España y en el País Vasco una sociedad que exige más responsabilidad de los políticos. Y pienso que esa experiencia es "exportable", puede interesarle a los colombianos.

En Colombia se ha planteado la necesidad de consolidar una Asamblea Permanente de la Sociedad Civil. ¿Qué opinión le merece esa iniciativa?

En primer lugar, es necesario pensar en la misión misma de la sociedad civil. Es muy importante su presencia en la construcción de la paz, de la cual una parte pasa por una mesa de negociaciones y otra es independiente de ella. Pienso que la veta que lleva a hacer una mesa de negociaciones al final tiene que estar en manos de los políticos. En la experiencia de Guernika Gogoratuz, cuando la mesa entra en la cresta de la ola, interviene la sociedad, que a su vez debe ser independiente de las instituciones para poder, entre otras cosas, relacionarse con todos los lados del conflicto. Es decir, se trata de poder relacionarse con todos y ser al mismo tiempo cada vez más independiente de ellos.

En los asuntos de la paz no hay que apurarse demasiado. De pronto por preparar rápido una mesa termina por explotar y por provocar un retroceso. Por eso, lo primero es ayudar a que las cosas maduren y hacer la mesa en el momento en que haya que hacerla. De ahí la importancia de que la sociedad civil tenga su propia agenda de paz, aparte de la que puedan tener los políticos. Por ejemplo: humanizar desde ya el conflicto, desde ya abrir un diálogo social y con calma buscar soluciones en la mesa, con el tiempo necesario para su maduración. Es necesario pensar cómo se hace la mesa para que pueda empezar; pero también es fundamental saber cómo se va a terminar antes de empezar.

Volviendo al ejemplo del País Vasco, y de España, en términos concretos ¿qué le





"Estamos entre la espada y la pared. Si estamos en el campo, tenemos problemas con la guerrilla. Si estamos en Riosucio, en el casco urbano, tenemos problemas con los paramilitares. A un hermano mío le pasó: lo esperaba la guerrilla para matarlo porque ya había ido a Riosucio y entonces era un 'paraco' (paramilitar). Y cuando bajó a Riosucio, lo cogieron los 'paracos' y también lo iban a matar porque era guerrillero. O sea, lo perseguían aquí y allí. Se salvó porque fue donde el mayor del Ejército y él mandó a decir que no era guerrillero".

"Luego pasaron a las parcelas del otro lado del río Curulao. Allí no hicieron tiros sino que le mocharon las cabezas a dos hombres. Una la botaron. Las familias se tuvieron que llevar los cuerpos como estaban. Parece, dijeron testigos de lo ocurrido, que los paramilitares jugaron fútbol con la cabeza de uno de los campesinos. En nuestra comunidad esa gente entró y, de inmediato, se llevó a las víctimas. En la otra parcelación si hicieron salir a la gente de las casas y la reunieron para que viera esas barbaridades que hicieron con los muertos. Fue una madrugada de horror. Esos tipos hicieron su maldad y siguieron para otras fincas, torturando la gente".



Foto: Jesús Abad Colorado



Foto: Jesús Abad Colorado

"Ahora estamos como si nada hubiéramos trabajado, sin nada. Al principio armábamos comisiones para subir a recoger el maíz al pueblo, pero al mes no volvimos, ni hemos vuelto. Estamos en una tragedia que ojalá la conozcan afuera, para nuestro bien, porque allí estábamos humillados, no podíamos salir. No teníamos ninguna ayuda y no teníamos ese dominio propio: la libertad. Lo que queremos es que nos dejen solos, como vivimos siempre: nadie dominaba a nadie. Me duele la desobediencia de los hombres, la de los armados, porque esta es un pueblo sufrido y pobre y le han quitado a los campesinos lo que consiguieron con trabajo. Mujeres y niños están sufriendo. Los niños no saben resistir, lloran. Esto les duele más".

"Como campesinos, hemos ejercido la agricultura para subsistir y para dar subsistencia a otras personas que nunca le han dado a la tierra —guerrilla, paramilitares e incluso muchos terratenientes. Producimos para nosotros, para el municipio, para el departamento y el país. Los productos de aquí —sobre todo el plátano— se envían a Cartagena y Barranquilla por el río Atrato y luego por el Golfo de Urabá. Mejor dicho, trabajamos para subsistir nosotros y para otra cantidad de gente que nunca sabrá qué es trabajar la tierra en medio de esta violencia e indefensión. Que nunca sabrá que aquí nos quitan todo sin que nadie se dé cuenta ni diga o haga nada por nosotros".



Foto: Jesús Abad Colorado



"A San José, por fortuna, no se han entrado mucho los grupos armados. Les hemos pedido que nos respeten, que hagan su confrontación pero por fuera de nuestra comunidad. Sin embargo, aquí las FARC ya mataron a una muchacha que era novia del teniente que manejaba la tropa del Ejército. Y luego los paramilitares mataron al señor Francisco Tabarquino, uno de los integrantes del Comité Coordinador de la Comunidad de Paz, que así es como nos denominamos los campesinos que estamos en San José para exigir a los grupos armados que no nos involucren en su conflicto y que somos neutrales que no estamos con ninguno, ni les ayudamos".

"La llegada de la guerra acabó con la organización comunitaria y campesina que teníamos en el Chocó. Sus representantes tuvieron que huir. Decían que todo el que trabajaba en Ocaba era subversivo, cosa que no es cierta. Ahora ninguna de las juntas de acción comunal del campo funciona. Todos tenían personería jurídica —eran legales. La alteración del orden público, debida al enfrentamiento armado, nos dispersó".

En muchos campos de la vida contemporánea, prevenir los conflictos se considera la estrategia más adecuada para evitar la violencia y el derramamiento de sangre. Pero cuando el tema concierne a los países, cobra particular importancia en cuanto implica la vida o la muerte de muchas personas, de generaciones enteras. Por eso, a su estudio se han consagrado analistas, institutos y universidades de todo el mundo. Sin embargo, aún nadie tiene la fórmula precisa. Virginie Raisson, investigadora del Laboratorio de Estudios Políticos y Análisis Cartográficos de París, aborda desde la perspectiva de la intervención y/o la ayuda humanitaria un asunto tan trascendental para un planeta donde el ruido de las armas estalla con demasiada facilidad. *Le Monde Diplomatique* muy amablemente nos autorizó la publicación de este valioso trabajo.

El desafío de prevenir los conflictos

Virginie Raisson



Foto: Javier Bañal. Tomado de: Amor en tiempos de guerra. Ed. Médicos sin fronteras.

"Albanés y culto europeo, este antiguo estudiante de medicina en Austria vive hoy en Kosovo y ya tiene su propia familia. Conoce la guerra porque pasó muy cerca suyo: se la contaron quienes huyeron de ella y los que regresaron. Además, la siguió a través de los periódicos y por televisión.

Sin embargo está dispuesto a tomar las armas porque sufre cotidianamente el *apartheid*, la policía lo humilla y cada vez que por las noches se cruza con jóvenes serbios tiene miedo. No desea la guerra, pero si es necesario está dispuesto a aceptar la violencia para defenderse. De hecho, ya se pregunta si no debería unirse a las filas clandestinas de las Fuerzas Armadas para la Liberación de Kosovo —surgidas en febrero de 1996— y cuyas acciones y posiciones radicales rompieron con el pacifismo de la Liga Democrática atrayendo hacia sí cada vez más a los jóvenes kosovares".

Contada con el transcurso de las guerras yugoslavas de la primera mitad de esta década, la historia de este albanés podría ser la crónica de una guerra anunciada. Si bien la Liga y su dirigente Ibrahim Rugova mantienen su voluntad de diálogo con Belgrado, la paciencia de los albaneses de Kosovo se acaba. Rechazo a otorgar cualquier concesión por parte de las autoridades serbias; mantenimiento de un régimen policiaco anterior a la guerra bosnia; multiplicación de las provocaciones de uno y otro lado... Todo parece marchar en el sentido de aquel adagio según el cual "la guerra en Yugoslavia comenzó y terminará en Kosovo".

Pero debemos también preguntarnos ¿cuál política adelantar para impedir un nuevo incendio en los Balcanes? He ahí un enorme desafío para la prevención de los conflictos preconizada tanto en Washington como en Bruselas y tema de numerosas conferencias. El concepto es humano y políticamente seductor. No obstante, el ejemplo de Kosovo plantea en toda su dimensión varias preguntas concretas a nuestras ambiciosas intenciones.

¿Cómo saber que una guerra va a estallar en alguna parte? Después de todo, en Kosovo el actual estado de tensión dura ya

siete años... Sin embargo recordemos a Bosnia: apenas un año antes de obtener su autodeterminación, en 1991, ni los turistas, ni los matrimonios entre personas de distintas nacionalidades, ni los campeonatos de fútbol, pero sobre todo, la forma de vecindad y coexistencia pacífica existente entre las diferentes comunidades, en ningún momento podrían haber augurado el desgarramiento que iba a producirse. Otro caso: en los años 30, Austria era un país próspero y el arte florecía; la existencia de Europa era una realidad entre los intelectuales franceses y alemanes, y la economía integraba a los países europeos. Incluso Stefan Zweig, permanente observador de su propio país, no vio venir la guerra².

La voluntad de prevenir los conflictos enfrenta entonces una primera dificultad: descubrir las guerras en gestación. De hecho no hay guerra hasta que ésta tiene lugar; de igual modo, el concepto de guerra sólo existe durante y después de que se produce efectivamente la guerra. Así que para prevenir la guerra sería necesario concentrarse en aquello que la precede y en lo que resulta una vez terminada: en síntesis, la paz.

¿En realidad esta paz tiene bases propias? ¿Es viable cuando ha sido impuesta por los vencedores, durable si depende del equilibrio entre los protagonistas, justa si procede de lógicas victimarias? ¿Existen sistemas de alianzas o de interdependencia que, si bien no ofrecen una paz obligatoria, por lo menos impiden la guerra? Las respuestas a estas preguntas nos conducirían a inventar nuevos acuerdos de paz que sustituirían los de Dayton, origen a su vez de futuros conflictos en Mostar y Sarajevo.

"Civilizados" y "bárbaros"

La lógica que nos conduce a querer impedir la guerra oculta otra inquietud: ¿acaso es necesario prevenir todos los conflictos, incluso aquellas guerras legítimas basadas en el derecho a "resistir la opresión" consagrado por la Declaración de Derechos del Hombre y el Ciudadano de 1789,

Cultura y globalización

Con interesantes proyectos de reflexión, análisis e intercambio de conocimientos, la Universidad Nacional de Colombia continúa su creciente línea de encuentros y seminarios. Tal es el caso del Coloquio "Cultura y Globalización" que en septiembre de 1998 reunió a especialistas nacionales e internacionales para debatir las actuales perspectivas y evoluciones de los estudios culturales así como el impacto de las nuevas dinámicas políticas, culturales y comunicativas en los procesos culturales latinoamericanos.

Reconocer la necesidad de abarcar a tiempo este campo es ya bien urgente en tanto la rapidez con que se producen las transformaciones culturales en el mundo contemporáneo gracias al influjo determinante de las comunicaciones desborda con creces la capacidad de reflexión e investigación de quienes profundizan en este tipo de análisis y, más aún, de quienes tienen la posibilidad de convertirse a su vez en transmisores de formas y conceptos culturales. De allí que este coloquio, organizado por los ministerios de Educación y Cultura, la Secretaría Ejecutiva del Convenio Andrés Bello, el Instituto Distrital de Cultura y Turismo, la Biblioteca Luis Ángel Arango y la Fundación Social, esté coordinado por el Centro de Estudios Sociales de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional. Precisamente por eso: porque más que la posibilidad real de producir un libro con lectores especializados, lo que ya es importante y será uno de los resultados del encuentro, es la ocasión para que educadores y comunicadores encuentren vías adecuadas que les permitan aprovechar en beneficio del desarrollo cultural las posibilidades que nos ofrece la globalización. Eso sí: sólo en el caso de saber utilizarlas en nuestro provecho.

ratificado en 1993, según el cual la revolución, la resistencia, las guerras de independencia y algunas guerras campesinas de guerrillas son ejemplos importantes? Habría entonces que determinar en primer lugar si una guerra es justa, y sobre todo, saber quién lo decide: ¿aquellos que la hacen estallar y la llevan a cabo? ¿las víctimas? ¿la comunidad internacional?

En Kosovo prevenir significa prohibirle a los albaneses lo que fue concedido a los croatas, a los serbios y a los musulmanes de Bosnia. Un ejemplo que indicaría la necesidad de establecer si la violencia legítima es un patrimonio de los Estados y si las minorías deben en consecuencia constituirse en Estados para ser reconocidas.

¿Quién decide la legitimidad de una guerra? Para medir la importancia de la respuesta, es suficiente pensar en la Guerra del Golfo de 1991, una "guerra justa y limpia" según la comunidad internacional que la decidió. La promesa de que las nuevas tecnologías permitirían doblegar al presidente Saddam Hussein sin "daños colaterales" le permitió a los dirigentes occidentales poner en plebiscito este conflicto declarado legítimo según el derecho internacional. Al final se dejó al dictador en el poder —el petróleo a Kuwait— y cientos de miles de kurdos tomaron el camino del exodo. "Francia está en guerra" declaró Francois Mitterrand, pero ¿quién de nosotros tuvo la impresión de estar en combate? Por primera vez en Occidente la guerra y la muerte fueron separadas. Como la muerte es insostenible, se presentó un conflicto sin víctimas, limpio para quienes lo llevaron a cabo: de hecho, Irak no podía ser un nuevo Vietnam. Pero hoy sabemos que cerca de 100 mil iraquíes murieron en esa guerra.

La pregunta acerca de la legitimidad de la guerra nos lleva inevitablemente a otra: ¿a partir de qué criterios se puede decidir

una intervención sabiendo que los medios están limitados y que el derecho humanitario de interferir sólo se aplica una vez contadas las primeras víctimas? ¿Cuáles fueron los criterios utilizados para escoger la no intervención, o sea, la no prevención de la hambruna somali, del genocidio ruandés o de las masacres en la selva congoleña cuando aún había tiempo para ello?

Las operaciones militares-humanitarias en Somalia (desde diciembre de 1992) y Ruanda (junio 1994) nos ofrecen una primera respuesta: lo que cuenta es el número de víctimas y su "visibilidad" en el noticiero de televisión con más audiencia.

ha aportado la sociedad civil a un proceso de reconciliación en este conflicto?

Es muy difícil hablar en términos concretos de lo que la sociedad civil aporta o de lo que aportamos los que trabajamos en el conflicto, porque uno siembra pero la cosecha llega de diferentes formas. Eso sucede en España donde la sociedad civil puede aportar y ha aportado mucho. En lo cultural, por ejemplo: hace diez años un muerto no importaba, era un número. Hubo incluso un Ministro del Interior que dijo "ayer hemos ganado dos a uno porque hemos matado dos etarras y ellos han matado un guardia civil". Hoy ya nadie diría eso puesto que el valor de la vida es entendido por toda la sociedad y los políticos lo han tenido que asumir así.

En Colombia la sociedad aportó mucho a la paz con hechos como la Constitución del 91. Es importante tener una Constitución como esta que nació como un marco para solucionar el conflicto. Ya hoy, tras ocho años de experiencia, se piensa que un marco de paz no puede ser rígido. Pienso que cuando una sociedad se cuestiona un marco general de solución ha avanzado mucho en materia de consenso social.

¿Cómo ve el papel de los medios de comunicación frente al interés general de lograr la paz y la reconciliación nacional?

Cuando se presenta la oportunidad para mediar en un conflicto lo hacemos; yo, por ejemplo, soy un micro mediador. Los medios de comunicación en cambio, son macro mediadores. Para una solución democrática del conflicto, y para que pueda participar la sociedad en su conjunto, son indispensables los medios de comunicación.

Muchas veces se resaltan aspectos negativos de los medios de comunicación, como que cuentan cosas que deben mantenerse calladas, por ejemplo. Pero ése es sólo un elemento táctico. Lo estratégico, lo de fondo, es que el medio de comunicación entienda que la realidad no está formada sólo por los tejidos de violencia y por ende no se centre en ello.

Porque evidentemente ahí hay cierto morbo, un amarillismo que tiende a que los titulares sean los actos de violencia. Además, casi siempre se criminaliza a alguno de los actores. Ponemos un ejemplo: el medio debe señalar mucho más el impacto de la violencia sobre las vidas de las personas que centrarse en criminalizar al actor. Es como en una película norteamericana donde llega el bueno y en vez de atender al que se muere lo que hace es preguntarle por dónde huyó el malo para perseguirlo. Interesa el crimen y el mal, pero no la víctima.

De ahí que necesitamos un periodismo investigativo que sienta el tejido social. Los medios de comunicación deben ser la fuerza social que exija responsabilidades, deben contribuir a generar una sociedad civil más fuerte y deben llevar el conflicto al plano de la realidad, sacándolo del plano virtual.

En Colombia se han hecho grandes esfuerzos y han quedado atrás miles de muertos para llegar a convencerlos de que la paz es un problema de todos. Sin embargo, no podemos dejar de preguntarnos si negociar la paz es también un asunto de la sociedad civil.

La sociedad civil para gobernar se ha dotado de partidos políticos, que son instrumentos suyos. Pero además, al unir rebaños de "corderitos de la paz" se puede, en ciertos momentos, manifestar la voluntad de la población y exigir responsabilidades.

Sin embargo, para lo que más se necesita de la sociedad civil es para la construcción de paz social —que es un programa a largo plazo. Educar para la paz es también educar para saber abrir vetas de vida y lazos de solidaridad entre los seres humanos en su cotidianidad. Y el trabajo de paz de la sociedad civil debe consistir en gran medida en ello, no sólo en hacer pre-fórmulas para que los políticos hagan fórmulas de solución. La sociedad civil, desde luego, debe contactar a todos los grandes protagonistas del conflicto, así como

crear nuevos protagonistas: debe lograr que las víctimas sean protagonistas.

Creo que en Colombia se ha avanzado mucho en estos aspectos. Pero aún es necesario reconocer claramente a la guerrilla como interlocutor político, no reducirla a un componente criminal. Eso, y no destruir las estructuras existentes, es fundamental.

Un ejemplo de ello es El Salvador donde fue vaciada la estructura de la Policía. ¿Qué ocurrió? Que los policías comenzaron a formar bandas porque se destruyeron estructuras que servían para la guerra. Pero hoy esas mismas estructuras pueden servir para la paz. Podemos transformar un Estado injusto e ilegítimo sin destruirlo. El mejor ejemplo es España: allí teníamos un Estado nacido de una guerra injusta, un Estado que nació luchando contra la democracia, un Estado opresor, un Estado que no logró generar paz. Sin embargo, al terminarse la dictadura ese

Estado se conservó y se transformó. Del mismo modo, así como la guerrilla exige un cambio en la estructura estatal, se puede a su vez exigir una transformación de las estructuras guerrilleras, que se integren, pero sin destruirse del todo.

Juan, ¿cómo entiende Guernika Gogoratz la reconciliación?

Reconciliamos es sentimos miembros del mismo hogar. Es entender que la reconciliación es un compromiso, una gran fuerza transformadora. Es poder llegar a decir: "¡sí! hagamos del futuro un hogar para todos nosotros, transformemos, superemos las cosas que nos separan". La reconciliación de Nelson Mandela ha sido clarísima, ha sido un "unámonos blancos, negros, gentes de color, contra el Apartheid y construyamos un futuro común donde todos seamos protagonistas". Necesitamos que el conjunto de la sociedad



Foto: L.F. Jaramillo

se entienda a sí misma como una comunidad en la que hay calor de hogar, sin apretujarnos unos con otros.

El tema de la reconciliación aún no lo conocemos del todo. Las iglesias han sido portadoras tradicionales de esta idea. Por eso ha permanecido como un tema casi sagrado, por encima del ser humano y que requiere la intervención divina. Pero hoy los mismos cambios al interior de las iglesias hacen que cada vez más se decanten hacia la reconciliación. No obstante, esa "propiedad" del tema por parte de la iglesia hizo que quedara un poco en el ámbito de lo sobrehumano y de ahí que los científicos lo hayamos tratado poco. Por fin ahora empezamos a entenderlo desde el siguiente punto de vista: resolver los conflictos no es sólo repartir bien el pastel; es generar relaciones reconciliadas entre los que están en el conflicto. La reconciliación es la madre de todas las relaciones. Si estamos reconciliados y tenemos un pleito, lo resolvemos porque la relación dentro del pleito está enmarcada en el hecho de que estamos reconciliados.

Antes los movimientos sociales luchaban por la victoria en contraposición clara con la derrota: "Estoy abajo, lúcho, me pongo arriba y ahora ellos cumplen con mis necesidades". Hoy ese binomio victoria o derrota ya no funciona si se quiere generar un marco de futuro. Ahora pensamos en un marco, en un futuro común para todos.

Pero al mismo tiempo hay varias vetas en este tema. Por ejemplo: los políticos necesitan reconciliación porque hace falta gobernabilidad ya que si una sociedad no está reconciliada surgen constantemente conflictos y no se puede gobernar. Está también la reconciliación de las víctimas. Supongamos que hayan torturado a mi hija o que yo haya sido despreciado por mi color. Ese pasado necesita una reconciliación que sin duda tardará mucho en lograrse. En Guernika trabajamos con los sobrevivientes del bombardeo. Y ha habido una reconciliación con

Alemania, pero pasaron 60 años para que pudiera darse. Los aborígenes australianos en 1967 plantearon la reconciliación nacional para el año 2001. Para la reconciliación son necesarias entonces varias generaciones. Pero si queremos lograrla no podemos humillar a las víctimas, a los perdedores. Atenderlos es una tarea en la construcción de la paz, darles campo, misiones y responsabilidades para construir nuevas relaciones.

Antes los movimientos sociales luchaban por la victoria en contraposición clara con la derrota: "Estoy abajo, lúcho, me pongo arriba y ahora ellos cumplen con mis necesidades". Hoy ese binomio victoria o derrota ya no funciona si se quiere generar un marco de futuro. Ahora pensamos en un marco, en un futuro común para todos. El mejor ejemplo de ello vuelve a ser Mandela cuando planteó "los blancos hacen cosas muy buenas y les necesitamos en África del Sur; queremos una sociedad multicolor; no queremos vencerlos sino vencer el Apartheid".

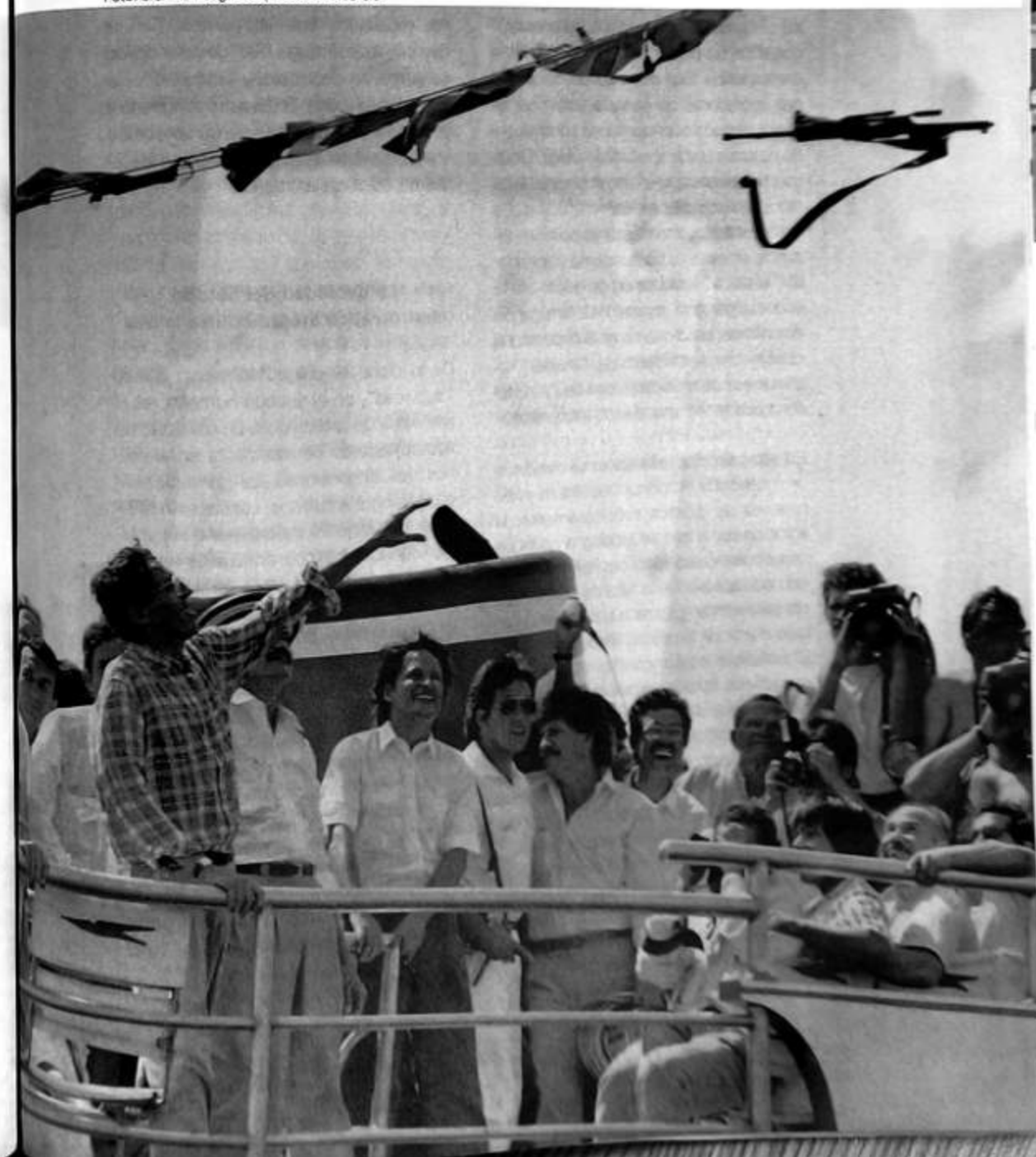
Por eso creemos que hay dos vías para la paz: desde la no violencia hacia la reconciliación y desde el compromiso con la reconciliación hacia la no violencia. Esta es la más ancha, la que nos une a todos. Porque si yo tengo un enemigo y le digo "te emplazo a que seamos amigos, vas a cambiar en esto y vas a mirar aquello con otros ojos" es una cosa. Pero si te vuelvo un aliado y trato de que construyamos un futuro juntos, es otra. Por eso la paz no es lo contrario de la guerra. Es un gran maniqueísmo cuando decimos ser muy limpios. La paz es más que la guerra. De ahí que una pregunta indispensable sea, ¿qué es la guerra? La guerra es cuando el combate al que con sus necesidades y aspiraciones choca con las mías. La paz en cambio es: "yo defiendiendo mis necesidades, aspiraciones y urgencias pero al mismo tiempo soy fiel a las necesidades, urgencias y aspiraciones de quienes aparecen como enemigos y les invito a aliarnos para sacar esto juntos". Por eso, insisto, la paz no es lo contrario de la guerra, es mucho más. Eso es muy importante porque la primera fase del movimiento por la paz ha sido maravillosa, pero ha sido demasiado unilateral.

Un tema que puede parecer anacrónico a la luz de la tendencia globalizante del mundo contemporáneo es la necesidad de fortalecer al Estado. Sin embargo, bien cabe preguntarse si es el caso de un país en guerra como Colombia donde justamente la histórica ausencia del Estado en gran parte del territorio nacional ha sido considerada una de las principales causas del conflicto armado. Sobre este polémico tema, Francisco Gutiérrez Sanín, investigador del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad Nacional de Colombia, nos ofrece una novedosa teoría.

Paz viable: Estado fuerte, Gobierno suave

Francisco Gutiérrez Sanín

Foto: archivo Programa para la Reinserción



Entre las fórmulas más valiosas y sensatas que han circulado en los últimos años para recomponer a la sociedad colombiana, sin duda se destaca aquella de recuperar el monopolio de las armas para el Estado. En este artículo me propongo reconsiderar, y replantear, esta consigna, apuntando a una reflexión sobre esa gran apuesta, cada vez más necesaria e incierta, de la paz. En particular, buscaré desarrollar simultáneamente la idea del monopolio de las armas y de la paz posible, examinando primero las dificultades que enfrentamos y planteando después alternativas e inquietudes.

Ante todo, ¿no es extraño defender a capa y espada un monopolio? Por lo general, los usuarios de un servicio, o los consumidores de un producto, ganan si existe la competencia. Por ejemplo, los colombianos tomadores de cerveza estamos en mejor posición que hace unos años, cuando no teníamos la libertad de elegir. De la misma manera que en determinadas interacciones sociales es útil y efectiva "la voz" (protestar, manifestar la opinión, razonar), en otras es contundente y apropiada "la salida" (cambiar un producto o una etiqueta por otra, migrar¹). La arrogancia de un monopolio que no está expuesto al castigo descentralizado de "salidas" simultáneas de múltiples usuarios insatisfechos puede terminar siendo intolerable.

En estas simples reflexiones se evidencia un motivo muy importante que a mi juicio rara vez se destaca suficientemente: la solución por la que se propugna no es un monopolio cualquiera, por ejemplo, por uno que aproveche la falta de competencia para cargar costos a sus usuarios, o para disminuir la calidad de sus servicios. Queríamos contar con un monopolista *sui generis*, dotado de una gran capacidad de autocontrol y de un manejo de horizontes temporales lo suficientemente amplios como para que hagan racional ese autocontrol. Hume le dio un nombre muy apropiado, tanto por lo que dice como por lo que evoca, a esa construcción: "gobierno suave". En el autocontrol y el sentido de futuro está la clave de la estabilidad y la moderación en los asuntos públicos. "De modo —concluye Hume— que, en todos los aspectos, un gobierno

suave es preferible y da mayor seguridad tanto al soberano como al súbdito"².

En Colombia no existen ni trazas de gobierno suave. Es más: buena parte de los alzamientos contra el Estado está directamente relacionada, en su origen histórico y en sus motivos temáticos, con agresiones brutales desde arriba contra la población, y con el estado de zozobra permanente de quien sabe que en cualquier momento puede ser asesinado y torturado. Aunque Colombia ha cambiado mucho de la década del 50 hasta hoy, la zozobra permanece. Una de las causas profundas de esta siniestra continuidad es una política oficial que hacía la vista gorda ante el crimen con tal de que se mostraran resultados anti-insurgentes. Con el tiempo, la estrategia fue generando un conjunto de destrezas y actitudes y se convirtió en rutina. El derecho indignado a la impunidad hace parte de un tenebroso efecto de dote que heredamos de décadas de prácticas arbitrarias.

La debilidad del Estado democrático atenta contra la paz

De lo dicho se colige fácilmente que la "suavidad", en el sentido humano, es el antónimo de la debilidad. La debilidad de nuestro Estado se manifiesta en al menos dos dimensiones. La primera, suficientemente estudiada, consiste en la incapacidad objetiva de proveer a la población servicios básicos, entre ellos la seguridad y la justicia. Hablaré un poco más sobre la segunda, precisamente porque es menos visible. Se trata de la "debilidad de voluntad" en el sentido elsteriano³. Nuestro Estado parece ser un caso extremo de debilidad de voluntad institucional⁴. Un actor alega que "quiere pero no puede" comportarse de determinada manera. Por ejemplo, alguien proclama que desearía de todo corazón acabar con la eliminación física de los defensores de los derechos humanos, pero que es incapaz de hacerlo. ¿Le creemos o no?

El problema consiste en que la debilidad de voluntad es una típica trampa del conocimiento: ofrece una serie de reperto-

La construcción del tiempo 0

Pero si la apuesta de futuro de nuestra sociedad está íntimamente ligada con la posibilidad de pasar de un Estado débil a un gobierno suave, tenemos que empeñarnos en construir un momento de corte en el cual se haga una evaluación de todo lo que sucedió hasta entonces y se construyan las garantías políticas e institucionales para que no vuelva a suceder. "Nunca más": así de sencillo. A ese punto de inflexión lo llamaré tiempo 0.

Por tiempo 0 entenderé, entonces, el momento en que se llega a una paz sostenible, con o sin nueva Constitución. El tiempo 0 se caracteriza porque se puede distinguir un "antes" y un "después". En Colombia no hemos tenido un auténtico tiempo 0 en los últimos años —ciertamente, la Constitución del 91 con todas sus virtudes no lo fue—, quizás nunca. Inmediatamente después de cada acuerdo se produce una crisis de violencia, con la participación inevitable y entusiasta de las "fuerzas oscuras" del establecimiento.

Para analizar las condiciones de posibilidad de un eventual tiempo 0, partiré de dos principios que están en tensión dinámica. Por una parte, para que haya un verdadero tiempo 0 los criminales deben ser castigados. Por otro lado, sin reconciliación no habrá tiempo 0 —y entre los sujetos de esa reconciliación están factores de poder que han participado en crímenes.

¿Cómo, entonces, lograr la cuadratura de este círculo? En los procesos de paz y de transición democrática que han tenido éxito total o parcial en América Latina, se ha optado por la vía de la generosidad, pero no de la indiferencia. Las instituciones fueron reformadas. Se encontraron los culpables, se les halló nombre propio y encarnación concreta. Pero la sociedad se dio el lujo de perdonarlos, a cambio de una garantía sobre la estabilidad del nuevo régimen democrático y del porvenir del país. Para muchos, este perdón fue excesivo y dieron una lucha política para acotarlo. Con todo, el que se señalara públicamente a los asesinos y a los torturadores tuvo un enorme efecto simbólico.

rios argumentales que son, a la vez, explicaciones y coartadas. Un marido maltratador manifiesta que golpea a su mujer porque no es capaz de contenerse; no es él quien golpea, sino su cólera. Un asesino alega, cuando ve que todas las evidencias apuntan en su contra, enajenación mental: no era responsable de sus actos. Altos funcionarios manifiestan con ira y arrogancia que prevenir una masacre no era de su resorte, que "cuidar caseríos" no es su responsabilidad y que, en general, los muertos le suceden a la sociedad y a las fuerzas del orden, sin que se pueda avanzar un paso más allá de las irritantes generalidades sobre las fuerzas oscuras⁵. En los tres casos, la situación y los protagonistas son muy distintos pero la estructura argumental es la misma: no respondo por nada porque no puedo, el control de la situación va más allá de mis posibilidades. La pregunta que surge de inmediato es: ¿cómo saber hasta qué punto la incapacidad que se alega es auténtica y hasta qué punto es un simple truco para evadir las consecuencias de los propios actos (o de las propias omisiones)? El asunto, por supuesto, es mucho más grave cuando la incapacidad se alega desde el gobierno pues en ese caso un principio de solución, sencillo y eficaz, sería salir del cargo que se ocupa.

Por ejemplo, cuando en una ciudad mediana de gran importancia económica irrumpe una cuadrilla sobreexcitada de asesinos, y mata y secuestra a decenas de personas, sin que ninguna autoridad se perciba, algo pavoroso está sucediendo. Pero la respuesta retórica y rutinaria, que hace ya parte del núcleo duro de nuestro discurso oficial, consiste en acudir a la debilidad de voluntad como explicación aceptable y suficiente. Los medios de comunicación harían muy bien en impedir que se les convierta en caja de resonancia de esta versión oficial —es que no es posible prevenirlo; se trata de hechos aislados, nada que implique a la institución—, entre otras muchas cosas porque tiene que resultar tan extraordinariamente inverosímil, irresponsable e irritante para los familiares de las víctimas que bien puede convertirse en un material adicional para las violencias futuras (que en todo caso ya se están sembrando hoy).

Al usar la palabra "simbólico" quiero ir en contravía del uso en boga de "solamente simbólico". Los símbolos tienen una enorme importancia. La especie humana confronta a la muerte con símbolos y ritos. La indiferencia frente a este hecho puede terminar de desquiciar nuestra ya enormemente distorsionada vida pública. Si, por ejemplo, una oleada espantosa de masacres se confronta con la retórica barata y equívoca de la "intolerancia" (que pretende, en realidad, descentralizar la culpa) no sólo se deja a la población inerme ante la arrogante impunidad del asesino sino que se le envía a los deudos de las víctimas el mensaje de que toda su pérdida y todo su dolor carecen de sentido. No sólo se permite asesinar, sino que se impide enterrar y llorar bien a los muertos, como lo subrayan trágicamente los ataúdes vacíos de Barranca.

Un Estado democrático no se puede refundar sobre la base del silencio. Si pretende hacerlo, renuncia a reparar los daños. Es decir, deja de ser siquiera "gobierno mínimo" y pierde todo derecho a pedirle a la población que lo sienta y defienda como suyo.

Conclusiones

Si, como sostengo, la transición de Estado débil a gobierno suave y la construcción del tiempo 0 juegan un papel crucial en el rompecabezas de la paz, entonces hay problemas serios en la tematización de nuestra agenda política. Esos problemas se pueden resumir en dos puntos centrales. Por una parte, como lo sostuve hace algún tiempo en un artículo en la revista *Alternativa*, nuestra "religión cívica" tiene apenas nueve mandamientos; las élites (y también muchas contra-élites) suprimieron el "no matarás" y ahora todos, incluso ellas mismas, estamos pagando las consecuencias. ¡Cuánta razón no tenía Hume al afirmar que el gobierno suave daba mayores seguridades tanto al súbdito como al soberano! Por desgracia, nota uno que se insiste en transitar por la senda equivocada. Por ejemplo, la gran mayoría de nuestros catones se rasgan las vestiduras ante el clientelismo —cosa

que está muy bien— pero callan religiosamente ante los asesinatos en masa.

Segundo, no se están discutiendo las reformas institucionales indispensables. Me temo que hay todavía la expectativa de explotar el tema de la "reinserción", pero el palo ya no está para cucharas. Nuestra democracia tiene serios problemas que han costado miles de vidas y han destruido la confianza de sectores muy importantes en las instituciones; y, sobre todo, para poder pasar de la debilidad a la suavidad necesitamos un monopolista aceptable. En buen romance: es menester un enérgico rediseño desde adentro que implicará pisar muchos callos. Por eso deploro y critico la consigna de "despolitizar la paz". Convertirla en responsabilidad de Estado (y de un Estado como éste!) es hacerle un flaco favor. La paz posible necesita de dolientes, de lenguajes públicos, y sobre todo de un amplio margen de maniobra (nacional e internacional) para poder precipitar cambios y romper el efecto de dote de la impunidad.

Por desgracia, en la campaña presidencial la paz sería brilló por su ausencia, en beneficio de una paz retórica de grandes gestos y promesas gaseosas (y viscosas). Como ciudadano, quiero saber qué va a hacer el gobernante para impedir que asesinen a mis compatriotas. Creo que muchos tienen esa misma inquietud central, y la misma sensación de que todavía no se les ha dado dicho nada significativo al respecto.

Notas

1. Hirschman, Albert. *Salida, voz y lealtad*. Fondo de Cultura Económica, México, 1977.
2. Hume, David. *Ensayos políticos*. Tecnos, Madrid, 1987.
3. Elster, Jon. *Ulises y las sirenas*. Fondo de Cultura Económica, México, 1980.
4. Gutiérrez, Francisco. "Dilemas y paradojas de la transición participativa" en *Análisis Político* No. 29, 1996. Págs. 35-53.
5. Un consuelo que, por lo demás, sólo ofrecen los más complacientes; "las palomas", digamos.
6. Mair, Lucy. *Primitive government*. Penguin, 1967.

Leida en el marco del Encuentro Nacional Ambiental de Guaduas este mensaje de los U'wa rebasa con creces el tema del conflicto por la tierra con las compañías petroleras. Mucho más allá, este mensaje nos permite entender la cosmovisión de este grupo indígena. Por eso es tan importante.

Carta de los U'WA a los colombianos

Nosotros nacemos siendo hijos de la tierra... eso no lo podemos cambiar los indios ni tampoco el hombre blanco (*riowa*).

Mas de mil veces y de mil formas distintas les hemos dicho que la tierra es nuestra madre, que no queremos ni podemos venderla, pero el hombre blanco parece no haber entendido, insiste en que cedamos, vendamos o maltratemos nuestra tierra, como si el indio también fuera hombre de muchas palabras.

Nosotros nos preguntamos: ¿acaso es costumbre del hombre blanco vender a su madre? ¡No lo sabemos!, pero lo que los U'WA sí sabemos, es que el hombre blanco usa la mentira como si sintiera gusto por ella, sabe engañar, mata a sus propias crías sin siquiera permitirle a sus ojos ver el sol ni a su nariz oler la yerba, eso es algo execrable, incluso para un "salvaje".

La ley de nuestro pueblo se diferencia de la del blanco, porque la ley de *riowa* viene de los hombres y está escrita en el papel, mientras que la ley de nuestro pueblo fue *Sira* (Dios) quien la dictó y la escribió en el corazón de nuestros sabios Werjayas

(chamanes). El respeto a lo vivo y a lo no vivo, a lo conocido y a lo "desconocido" hace parte de nuestra ley: nuestra misión en el mundo es narrarla, cantarla y cumplirla para sostener el equilibrio del universo. Nuestra ley *u'wchita* es uno los postes que sostienen al mundo. Nuestra ley es tan antigua como la misma tierra, nuestra cultura se ha organizado siguiendo el modelo de la creación, por eso nuestra ley es no tomar de lo que no se necesita y es también la misma en todas partes porque es la ley de la tierra y la tierra es una sola. ¡Nuestra ley no la vamos a morir!... Si existen leyes del hombre blanco que protejan a la madre tierra y a sus guardianes los pueblos indígenas, ¡"qué se cumplan"! si no se cumplen, se considerarán no escritas.

Sabemos que el *riowa* le ha puesto precio a todo lo vivo y hasta a la misma piedra, comercia con su propia sangre y quiere que nosotros hagamos lo mismo en nuestro territorio sagrado con *ruiría*, la sangre de la tierra a la que ellos llaman petróleo... todo esto es extraño a nuestras costumbres... todo ser vivo tiene sangre: todo árbol, todo vegetal, todo animal, la tierra también y esta sangre de la tierra (*ruiría*, el petróleo) es la que

nos da la fuerza a todos, a plantas, animales y hombres.

Pero nosotros le preguntamos al *riowa* ¿Cómo se le pone precio a la madre y cuánto es ese precio? Lo preguntamos no para desprendernos de la nuestra, sino para tratar de entenderlo más a él, porque después de todo, si el oso es nuestro hermano, más lo es el hombre blanco. Preguntamos esto porque creemos que él, por ser "civilizado", tal vez conozca una forma de ponerle precio a su madre y venderla sin caer en la vergüenza en que caería un primitivo, porque la tierra que pisamos no es sólo tierra, es el polvo de nuestros antepasados; por eso caminamos descalzos, para estar en contacto con ellos.

El *riowa* no ha querido entender que si nos desligamos de nuestra madre tierra, el tiempo, donde quiera que se encuentre, se marcharía junto con ella (el espíritu de nuestros ancestros, nuestro presente, nuestro futuro). Todo ser vive hasta que cumple la porción de tiempo que *Sira* le ha encomendado... ya no habría tiempo, ya no habría vida, dejaríamos de existir.

El bosque es el cordón umbilical que nos une a la existencia, hemos sobrevivido gra-



...para no olvidar



cas a él y él ha sobrevivido gracias a nuestro respeto. Nuestra separación traerá un vacío que tragará a todo menos al desierto.

El futuro del hombre blanco se enturbia con cada gota de aceite que él mismo vierte en la transparencia de nuestros ríos, su destino se hace más letal con cada gota de pesticida que deposita en ellos. Nuestros ríos no son solamente ríos; a través de ellos nos comunicamos con nuestras deidades, ellos son mensajeros y los mensajes fluyen en ambas direcciones. Si se ensucian o se mueren, ya no sabríamos que quieren los dioses, ni los dioses escucharían nuestros llamados ni nuestras gratitudes y entonces provocaríamos su ira. ¡Los ríos en toda la tierra ya están muy bravos con los *riowa*!

Los jefes blancos les dicen a sus gentes que nuestro pueblo indio es salvaje, nos presentan como sus enemigos y como enemigos del *riowa* mayor al que ellos han llamado progreso y ante quien los otros *riowa* y todos los pueblos del mundo tenemos que arrodillarnos. Nosotros preguntamos, ¿Qué es más importante, la máquina o el hombre que inventa la máquina?

Pero lo que sí sabemos, es que todo aquel que atente contra la madre atenta contra los hijos, quien agrede a la madre tierra nos agrede a todos, a los que vivimos hoy y a los que luego vendrán.

Para el indio la tierra es madre, para el blanco es enemigo; para nosotros sus criaturas son nuestras hermanas,

para ellos son solo mercancía. El *riowa* siente placer con la muerte, deja en los campos y en sus ciudades tantos hombres tendidos como árboles talados en la selva. Nosotros nunca hemos cometido la insolencia de violar iglesias y templos del *riowa*, pero ellos sí han venido a profanar nuestras tierras. Entonces nosotros preguntamos, ¿quién es salvaje?

El hombre blanco le ha declarado la guerra a todo, menos a su pobreza interior. Le ha declarado la guerra al tiempo y hasta se la ha declarado a sí mismo, como dijera otro hermano indio de un pueblo lejano hace muchos años: "el hombre blanco acabalga sobre el progreso hacia su propia destrucción". No contento con declarar la guerra a la vida, se la ha declarado también a la muerte; no sabe que la vida y la muerte son dos extremidades de un mismo cuerpo, dos extremos de un mismo anillo...no hay muerte sin la vida pero tampoco hay vida sin la muerte. Los U'WA hemos cuidado del mundo material y espiritual desde siempre, por eso entendemos esto.

El *riowa* ha enviado pájaros gigantes a la luna. A él le decimos que la ame y la cuide, que no puede ir por el universo haciéndole a cada astro lo que le hicieron a cada árbol del bosque acá en la tierra, y a sus hijos les preguntamos: ¿quién hizo el metal con que se construyó cada pluma que cubrió al gran pájaro? ¿quién hizo el combustible con que se alimentó? ¿quién hizo al mismo hombre que dirige y fabrica al pájaro?... el *riowa* no debe engañar ni mentir a sus hijos, debe enseñar que

aún para construir un mundo artificial el hombre necesita de la madre tierra... por eso hay que amarla y cuidarla.

El *riowa* insistirá en que vendamos la tierra y nos dirá: ¿Qué le importa la vergüenza a un salvaje que mantiene su cara escondida entre el espesor de la selva, las sombras de las montañas y el velo de la niebla? Entonces una vez más trataremos de hacerle entender que si eso sucediera, no solo la vergüenza embargaría al U'WA: la danta, el pajuil, la tijeleta, el jaguar, la zorra, la zarigueya, el maíz, la coca, el yopo, la nuezkara y todos nuestros hermanos animales y nuestras hermanas plantas, quienes desde siempre han servido de compañía y alimento a nuestro pueblo, morirían de *kigra* (tristeza) pues en nuestra gran familia no se conoce lo que el *riowa* llama traición y la tierra lloraría tanto que del último pico del Rubracha (nevado del Cocuy) bajaría *abara*, la deidad que custodia las aguas malignas. *Abara* guiaría las lágrimas de la tierra y se uniría con *cuiya*, el dueño y señor de la tierra, y de su cópula surgiría desde la oscuridad del mundo de abajo *iyara*, *iyara* es terremoto; culebra y dolor y entonces *iyara* como una gigantesca serpiente de lodo, producto de la cópula de la deidad que custodia las aguas malignas y del señor de la tierra, se deslizaría por entre las montañas buscando los valles y a su paso se tragaría por igual a indios y a blancos, a hierros y árboles, a malocas y a campamentos. Arrastraría por igual la pava del U'WA y el caballo del *riowa*. Para entonces ya la tristeza habría marchitado el espíritu del último U'WA que quedara sobre la tierra.

Cuando eso suceda, el gobierno quedará solo para que peleee con el mundo de la oscuridad y de los temblores... ya no habrá quien cante para mantener el equilibrio del mundo de arriba y del mundo de abajo que es el mismo equilibrio de universo.

El hombre sigue buscando a *ruiria* (el petróleo) y en cada explosión que recorre la selva oímos la monstruosa pisada de la muerte que nos persigue a través de las montañas.

Este es nuestro testamento

Al ritmo que marcha el mundo habrá un día en que un hombre reemplace las montañas del cóndor por montañas de dinero. Para ese entonces, ese hombre ya no tendrá a quien comprarle nada; y si lo hubiera, ese alguien no tendría nada que venderle. Cuando llegue ese día ya será demasiado tarde para que el hombre medite sobre su locura...

Todas sus ofertas económicas sobre lo que es sagrado para nosotros, como la tierra o su sangre, son un insulto para nuestros oídos y un soborno para nuestras creencias. ¡Este mundo no lo creó el *riowa* ni ningún gobierno suyo, por eso hay que respetar! El universo es de Sira y los U'WA únicamente lo administramos, somos tan solo una cuerda del redondo tejido de la *irokua* (mochila), pero el tejedor es Él. Por eso los U'WA no podemos ceder, maltratar, ni vender la tierra ni su sangre, ni tampoco sus criaturas porque estos no son los principios del tejido. Pero

el blanco se cree el dueño, explota y esclaviza a su manera, eso no está bien; rompe equilibrio, rompe *irokua*. Si no podemos venderles lo que no nos pertenece, no se adueñen entonces de lo que no pueden comprar.

De nuestra parte no habrá traición para con nuestra madre tierra, ni para con sus hijos que son nuestros hermanos. Tampoco traicionaremos el orgullo de nuestros antepasados porque nuestro territorio es sagrado y todas las cosas dentro de él son sagradas. Pero si nuestro pensamiento cambiara, las cosas no volverían a ser igual. Para nosotros es prohibido matar a cuchillo, machete, bala; nuestras armas son el pensamiento, la palabra, nuestro poder es la sabiduría. Antes que ver a nuestros sagrados mayores profanados (la tierra, el petróleo, y otros) preferimos nuestra propia muerte, el suicidio colectivo del pueblo U'WA. Si en la lucha por lo nuestro hemos de dar un último paso, será. Si para defender la vida debemos dar la nuestra, lo haremos.

Algunos jefes blancos han horrorizado ante su pueblo nuestra decisión de suicidio colectivo como último recurso para defender nuestra madre tierra. Una vez más nos presentan como salvajes. Pero ellos buscan confundir, buscan desacreditar. A todo su pueblo le decimos: el U'WA se suicida por la vida, el blanco se suicida por monedas. ¿Quién es salvaje? La humillación del blanco para con el indio no tiene límites, no sólo no nos permite vivir, también nos dice cómo debemos morir...no nos dejaron elegir sobre la vida... Ahora

elegimos entonces sobre nuestra muerte.

Durante más de cinco siglos hemos cedido ante el hombre blanco, ante su codicia y sus enfermedades, como la rivera cede en tiempo de verano, como el día cede a la noche... El *riowa* nos ha condenado a vivir como extraños en nuestra propia tierra, nos tiene acorralados en tierras escarpadas muy cerca de las peñas sagradas de donde nuestro cacique Guicanito y su tribu saltó para salvar el honor y la dignidad de nuestro pueblo ante el feroz avance del español y del misionero.

Antes a la codicia y a la ignominia le daban el nombre de acciones evangelizadoras o civilizadoras, ahora le llaman progreso. El progreso, ese fantasma que nadie ve y que se ha dedicado a aterrorizar a la humanidad... Antes, el oscuro camino del saqueo, genocidios e injusticias contra nuestro pueblo era alumbrado con el crin en nombre de Dios y de su Majestad. Hoy es alumbrado con el petróleo en nombre del progreso y de la mayor de las majestades entre la mayoría de los no indígenas... el dinero.

Antes el oro era amarillo, ahora es negro; pero el color de la sangre que se paga por ellos sigue siendo roja, sigue siendo india. Los U'WA vamos a andar todos como los siéntaros, por un mismo camino. Entre nosotros pueblo y autoridades si somos una misma familia... ¡si ha llegado el momento de que nuestro pueblo parta de la tierra lo hará con dignidad!

Lo único que nos une con nuestros hermanos blancos

es venir del mismo padre (Sira) y de la misma madre (Raira) y ser amantados por el mismo pezón (la tierra). Compartimos el mismo mundo físico: el sol, la luna, el viento, las estrellas, las montañas, los ríos. Compartimos el mismo mundo físico pero nuestro sentimiento hacia él es distinto. La tierra es una flor; el U'WA se acerca a ella para alimentarse con el mismo cuidado del colibrí, mientras para el hombre blanco es la flor que el báquiro (cerdo montes) pisotea en su camino. El camino del riowa ha sido el dinero, es su medio, es su fin, es su idioma; él ha enfermado el corazón de nuestro hermano blanco y su enfermedad lo ha llevado a levantar fábricas igual que armas, a derramar venenos igual que sangre. Su enfermedad ha llegado al agua, al aire y a nuestras selvas.

Quizá una vez más el hombre blanco viole las leyes de Sira, las de la tierra y aún sus propias leyes. Pero lo que si no podrá evadir jamás es la vergüenza que sus hijos sientan por los padres que marchitaron el planeta, robaron la tierra del indio y lo llevaron a su extinción; porque al final de la fría, dolorosa y triste noche, aciaga para el planeta y para el indio, la misma noche que parecía tan perenne como la yerba, el error del hombre será tal, que ni sus propios hijos estarán dispuestos a seguir sus pasos y será gracias a ellos, a estos nuevos hijos de la tierra que empezará a vislumbrarse el ocaso del reino de la muerte y comenzará a florecer nuevamente la vida. Porque no hay veranos eternos, ni especie que

pueda imponerse por sobre la vida misma.

Siempre que el hombre actúe con mala intención, tarde o temprano tendrá que beber del veneno de su propia hiel, porque no se puede cortar el árbol sin que mueran también las hojas. En el paso de la vida nadie puede arrojar piedras sin romper la quietud y el equilibrio del agua; por eso cuando nuestros sitios sagrados sean invadidos con el olor del hombre blanco, ya estará cerca el fin no solo del U'WA sino también el del riowa. Cuando él haya exterminado la última tribu del planeta, antes de empezar a contar sus genocidios, le será más fácil empezar a contar sus últimos días. Cuando estos tiempos se avecinen, los vientres de sus hijas no parirán fruto alguno, y en sus cada vez más vidas el espíritu de sus hijos no conocerá sosiego... cuando llegue el tiempo en que los indios se queden sin tierra, también los árboles se quedarán sin hojas. Entonces la humanidad se preguntará ¿Por qué? y sólo muy pocos comprenderán que todo principio tiene su fin y todo fin su principio, porque en la vida no hay nada suelto, nada que no esté atado a las leyes de la existencia... la serpiente tendrá que morder su propia cola para así cerrar su ciclo de destrucción y muerte. Porque todo está entrelazado como el sendero enramado del mono.

Quizá los U'WA podamos seguir nuestro camino, entonces, así como las aves hacen sus largos viajes sin nada a cuestas, nosotros seguiremos el nuestro sin guardar el más pequeño rencor contra el

riowa porque es nuestro hermano. Seguiremos cantando para sostener el equilibrio de la tierra no sólo para nosotros y nuestros hijos, también para él porque también la necesita. En el corazón de los U'WA hay preocupación por los hijos del hombre blanco tanto como por el de los nuestros, porque sabemos que cuando los últimos indios y las últimas selvas estén cayendo, el destino de sus hijos y el de los nuestros será uno solo.

Si los U'WA podemos seguir nuestro camino no retendremos las aves que nacen y anidan en nuestro territorio. Ellas podrán visitar a su hermano blanco si así lo quieren. Tampoco retendremos el aire que nace en nuestras montañas, él podrá seguir tonificando la alegría de los niños blancos y nuestros ríos deberán partir de nuestras tierras tan limpias como llegaron, entonces la pureza de los ríos le hablará a los hombres del mundo de debajo de la pureza de nuestro perdón.

Cada vez que se extingue una especie el hombre se acerca a su propia extinción, cada vez que se extingue un pueblo indígena no es tan solo una tribu quien se extingue, es un miembro más de la gran familia humana quien ha partido para siempre en un viaje sin retorno. Cada especie extinguida es una grave herida para la vida. El hombre reducirá la vida y entonces empezará la sobrevivencia... quizá antes la codicia se apiade de él y le permita ver la maravilla de un mundo y la grandeza de un universo que se extienden más allá de el diámetro de una moneda.

Protección de la población civil en los conflictos armados

Mauricio Hernández Mondragón*

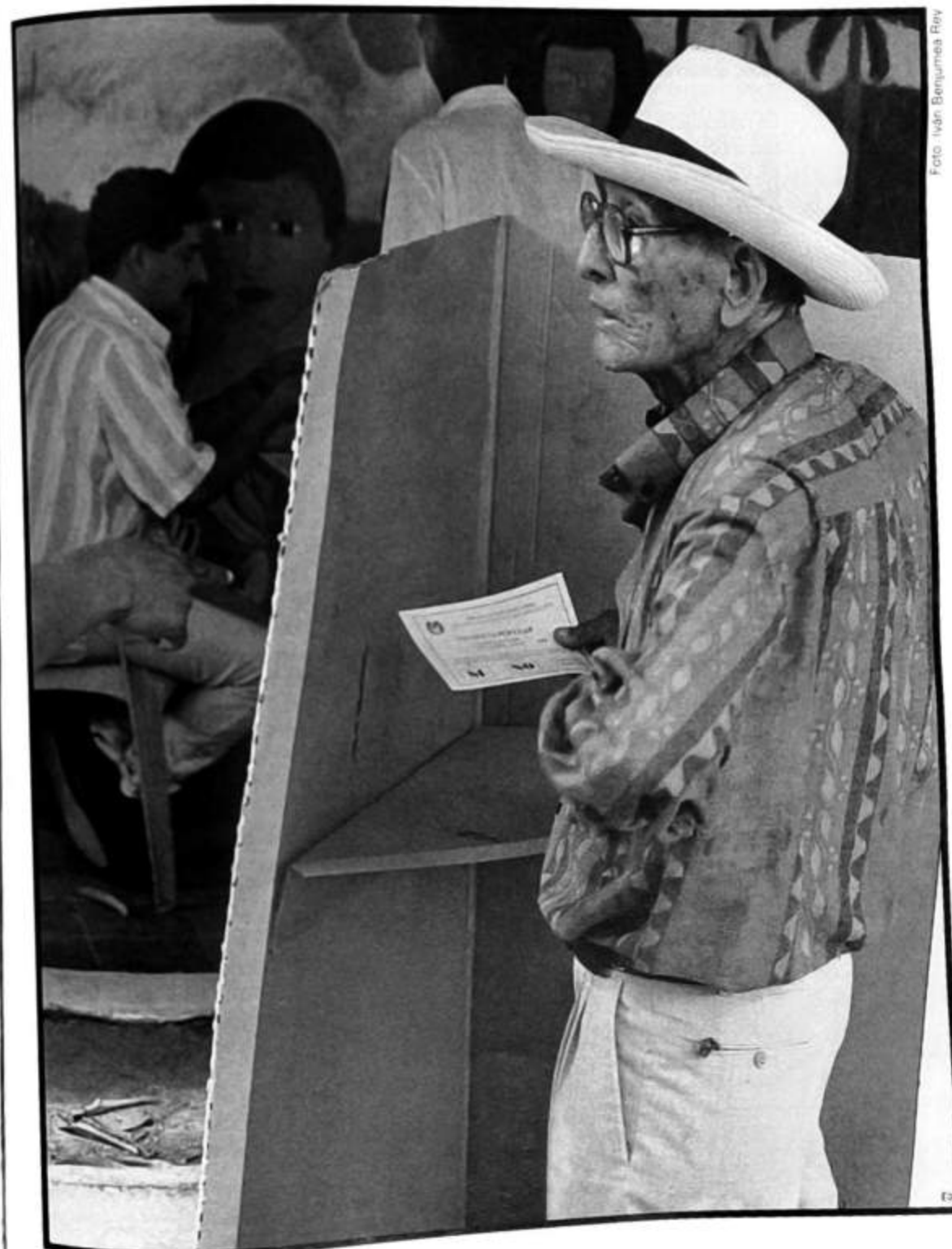


Foto: Iván Benjumea Ruy

"No serán objeto de ataque la población civil como tal ni las personas civiles".

Protocolo Adicional II
de 1977 - art. 13 N° 2.

Cada vez más, las noticias de todos los días informan sobre ataques a la población civil en los conflictos armados. En Colombia, a los civiles los atenaza y angustia la posibilidad de sufrir ataques de grupos armados o de personas que, al parecer, actúan en su nombre.

En los conflictos armados de la actualidad son muchas más las víctimas civiles que las víctimas entre los grupos de combatientes. La estrategia de los grupos armados parece ser evadir el enfrentamiento con un enemigo que pudiera responder y contraatacar y, en cambio, atacar a la población civil que, obviamente, no puede ni defenderse ni responder al ataque. Una de las normas básicas del Derecho Internacional Humanitario —DIH—, citada en el epígrafe, parece haber sido olvidada o puesta a un lado de manera sistemática y deliberada por los portadores de armas y por los grupos armados: "La guerra ha cambiado: hoy, de cada diez víctimas, nueve son civiles".¹

¿Participa la población civil en la guerra?

Esta es una pregunta clave en la definición de la estrategia y de las tácticas de los ejércitos. Una táctica muy utilizada es atacar la parte o el flanco más débil del enemigo. Y, si la parte atacada no puede contraatacar ni defenderse, tanto mejor aún. Por lo tanto, una forma muy sencilla y fácil de hacer la guerra es atacar a la población civil enemiga pues, al fin y al cabo, son los civiles los que sostienen el esfuerzo de guerra con su trabajo y sus impuestos.

La Segunda Guerra Mundial es el ejemplo paradigmático de este estilo de estrategia y táctica militares: atacar a los civiles enemigos en sus casas y lugares de tra-

bajo. «En esa guerra, las pérdidas humanas civiles superaron considerablemente a las militares. Los bombardeos indiscriminados de la población civil revelaron que, en esta guerra, último paso hacia la "guerra total", las personas civiles se habían convertido en el objetivo principal"², incluso de las armas nucleares. "Durante la Segunda Guerra Mundial, 107'982.000 personas fueron movilizadas; murieron más de 51'238.000, de las cuales 16'933.000 eran soldados y 34'305.000 civiles, representando los primeros el 33% del número de muertos y los segundos el 67%»³.

Si la Segunda Guerra Mundial fue el ejemplo paradigmático del uso sistemático de este tipo de estrategia y de tácticas en los conflictos armados internacionales, ha ido en aumento el uso de tal estilo en los conflictos armados de la postguerra, sobre todo en los conflictos armados no internacionales o internos. En Colombia con cada vez más frecuencia se utilizan dichas tácticas y, además, se pretende justificarlas con argumentos políticos, ideológicos y militares.

Desde los puntos de vista económico, social, político o ideológico y, sobre todo, el humanitario, tiene poco sentido afirmar que la población civil no está afectada, de alguna manera, por la guerra o los conflictos armados. De la población civil salen los soldados y guerrilleros; el trabajo de los civiles y sus impuestos sostienen el esfuerzo de guerra; y el apoyo político e ideológico de los civiles es fundamental para poder guerrear y sostener la guerra.

Entonces, ¿sí se puede atacar a los civiles?

¡No! No se puede atacar a los civiles. A partir de 1977, al firmar y poner en vigor los dos Protocolos Adicionales a los Convenios de Ginebra de 1949, los Estados se autoimpusieron una serie de limitaciones en el empleo de ciertas tácticas de guerra. Una limitación, clave en el empleo de los métodos y medios de guerra y de combate, fue prohibir los ataques contra la población civil y las personas civiles.

El artículo 48 del Protocolo Adicional I de 1977 aplicable en los conflictos armados internacionales dice: «A fin de garantizar el respeto de la población civil y de los bienes de carácter civil, las Partes en conflicto harán distinción en todo momento entre población civil y combatientes, y entre bienes de carácter civil y objetivos militares y, en consecuencia, dirigirán sus operaciones únicamente contra objetivos militares». Además, para asegurar el cumplimiento de esta norma, en el artículo 85 N° 3a y N° 3b del mismo Protocolo Adicional I de 1977, los Estados consideraron como infracciones graves (que la opinión pública suele llamar crímenes de guerra) las conductas siguientes: "... hacer objeto de ataque a la población civil o a personas civiles ... lanzar un ataque indiscriminado que afecte a la población civil o a bienes de carácter civil a sabiendas de que tal ataque causará muertos o heridos entre la población civil o daños a bienes de carácter civil ...".

Estas normas jurídicas internacionales pusieron límites, en 1977, al uso de estrategias y tácticas muy antiguas en la historia de la guerra, tales como atacar a la población civil, someterla por hambre, destruir bienes indispensables para su supervivencia, desplazarla por la fuerza y emplear civiles como escudo de los objetivos militares, entre otros.

En los conflictos armados internos, ¿también rigen las mismas normas?

Sí. También en los conflictos armados sin carácter internacional o internos rigen normas de protección de la población civil obligatorias tanto para las fuerzas armadas de los Estados como para los grupos insurgentes y para otros grupos armados irregulares que participen en el conflicto armado. Ya, desde 1949, se habían prohibido actos como tomar rehenes e infligir tratos inhumanos y degradantes a quienes no participaran directamente en las hostilidades o hubieran dejado de participar en ellas, tal como reza en artículo 3 —común— de los Convenios de Ginebra de 1949, aplicable en este tipo de conflictos armados.

Para la protección de la población civil y de las personas civiles en este tipo de conflictos armados, los redactores de las normas humanitarias y, finalmente, los mismos Estados utilizaron un criterio pragmático que establece la necesaria distinción entre quienes sí pueden ser objeto de ataques y quienes están protegidos.

El N° 3 del artículo 13 del Protocolo Adicional II de 1977 —ya citado en el epígrafe— dice: "Las personas civiles gozarán de la protección que confiere [el DIH], salvo si participan directamente en las hostilidades y mientras dura tal participación". En esta norma del DIH se contempla la eventualidad de que las personas civiles participen directamente en las hostilidades. Las hostilidades no son otra cosa que una serie de despliegues y movimientos, de combates o de ataques (ofensivos o defensivos) contra los objetivos militares o los combatientes enemigos.

La forma más común de participación directa en un conflicto armado interno es emplear armas en combates u hostilidades contra las tropas o los grupos armados enemigos; tal participación puede ocurrir aun sin ser miembro de fuerzas armadas o grupos armados regulares o irregulares; ahora bien, es necesario tomar en cuenta que cabe considerar otras posibilidades de participar directamente en las hostilidades, sin portar armas: tal es el caso de los vigías, los guías, los cargadores o portadores de equipos bélicos, por ejemplo. Quienes participan de manera directa en las hostilidades corren el riesgo de ser atacados, capturados o quedar heridos o muertos en combate. Pero sólo se los puede atacar mientras dura su participación, tal

También en los conflictos armados sin carácter internacional o internos rigen normas de protección de la población civil obligatorias tanto para las fuerzas armadas de los Estados como para los grupos insurgentes y para otros grupos armados irregulares que participan en el conflicto armado.

como lo dice el artículo 13 del Protocolo II de 1977. Además, es claro que cuando se está en tal situación, para poner a los enemigos fuera de combate, si basta capturarlos no hay derecho a herirlos ni menos a matarlos.

El concepto clave es, entonces, el de participación directa en la hostilidades. Este es el criterio que los redactores de las normas humanitarias y los Estados escogieron para establecer las normas de protección de la población civil en los conflictos armados sin carácter internacional o conflictos armados internos, tal como se contempla en el artículo 3 —común— de los cuatro Convenios de Ginebra de 1949 (Ley 5ª de 1960) y en artículo 4 del Protocolo II de 1977 (Ley 171 de 1994).

Un análisis somero de las normas humanitarias citadas permite deducir que, si se contempla la participación directa, es porque puede haber participación indirecta y no participación. En consecuencia, quienes no participan directamente en las hostilidades y aún quienes participan indirectamente no pueden ser atacados; por lo tanto, son personas protegidas por el DIH.

¿Las personas civiles y la población civil que no participan directamente en las hostilidades son, entonces, neutrales?

Aquí parece haber una confusión. Lo que el DIH establece es que la población civil goza de inmunidad: no puede ser atacada. Ni siquiera si es población civil enemiga. Y, obviamente, la población civil enemiga no es neutral, pero sí goza de inmunidad. Tampoco es neutral la población civil amiga, a quien nadie sensato osaría atacar. Y si un grupo de la población civil asume una opción o una posición de neutralidad ante los actores o las partes en conflicto, tampoco puede ser atacada, porque también goza de inmunidad. Atacar a cualquier persona civil o a la población civil es una infracción grave o crimen de guerra contra el DIH, sea cual sea el tipo de conflicto armado en donde ocurra.

¿Cómo se puede garantizar que los portadores de armas y los grupos armados no ataquen a las personas civiles y a la población civil?

En relación con este aspecto de la protección de la población civil en los conflictos armados, hay que considerar dos tipos de factores. En primer lugar, factores internos o intrínsecos a los propios grupos armados; estos factores tienen que ver con la aceptación o el grado de respeto que el respectivo grupo armado tenga por el DIH y con la forma cómo sean entrenados sus miembros: si se les instruye en el DIH, preferentemente por sus propios comandantes, y se los entrena para respetar el DIH y a las personas y bienes civiles, habrá mayores posibilidades de prevenir y disminuir los daños; si no reciben este tipo de instrucción y entrenamiento, las consecuencias serán desastrosas para los civiles. En segundo lugar, siempre habrá que considerar la necesidad y la importancia de la presión de la opinión pública y de la sociedad civil. Que, necesariamente, se fundamentará en la información que los medios de comunicación puedan llevar al público. La gente puede defenderse mejor y, sobre todo, de manera colectiva, cuando está bien informada e ilustrada sobre sus derechos fundamentales y sobre los hechos.

Notas

- * Mauricio Hernández Mondragón es abogado de la Universidad de Antioquia; en la actualidad trabaja como asesor de difusión de la Delegación en Colombia del Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR). Las opiniones expresadas en este artículo son de exclusiva responsabilidad del autor y no comprometen el punto de vista oficial del CICR sobre los temas comentados.
- 1 Christer Ahlström y Kjell-Åke Nordquist. *Las víctimas de los conflictos*. Informe destinado a la Campaña Mundial para la Protección de las Víctimas de la Guerra, Departamento de Investigaciones sobre Paz y Conflictos. Universidad de Uppsala, Suecia, 1991. Pág. 3.
- 2 Ch. Ahlström y K-A. Nordquist. Op. cit. pág. 8.
- 3 F. A. Beer. *Peace against war*. W.H. Freeman and Co., San Francisco, 1981. Pág. 37. Citado por Ch. Ahlström y K-A. Nordquist. Op. cit. Pág. 8.

Cada vez más en los barrios de las ciudades colombianas surgen nuevas empresas de vigilancia privada. Tradicionalmente atribuimos tal explosión a los niveles de inseguridad reinante. Pero, ¿es esa la única razón? Y, más aún, ¿es este un fenómeno exclusivamente colombiano? Carlos José Herrera, catedrático universitario y especialista en el tema, propone una mirada contemporánea a este respecto.

Los rumbos de la seguridad privada

Carlos José Herrera J.



Foto: Jesús Abad Colorado

La siguiente estimación, basada en información suministrada por la Superintendencia de Vigilancia y Seguridad Privada y la Oficina de Estudios Especiales del Ministerio de Defensa¹, muestra con claridad la evolución que ha experimentado la vigilancia y la seguridad privada en el país en los últimos años: "El personal operativo vinculado a la industria de vigilancia y seguridad privada en 1997 ascendía a 85.546 mientras que en 1980 el personal era de 17.096, creciendo a una tasa promedio anual cercana al 10%. Esa tasa es a todas luces excesiva para el ritmo de crecimiento de la economía colombiana"².

Este sólo dato sería por completo suficiente para prestar una atención especial al sector y a sus tendencias pasadas y futuras. Sin embargo, los datos que llaman la atención continúan: después de afirmar el exceso que significa el crecimiento del sector de vigilancia y seguridad privada sobre el crecimiento del resto de la economía, los autores tratan de estimar un monto de este sobre-costos, describiendo la metodología utilizada: "Así, el sobre-costos se estimó calculando el exceso de personal en relación con un escenario donde el personal operativo de las empresas de seguridad privada hubiese crecido, a partir de 1980, con el ritmo de la economía (4%). Considerando los costos del servicio 24 horas, el valor estimado de los gastos en seguridad asciende a \$2.9 billones de pesos de 1995 para el período 1991-1996 equivalente a 4.3% del PIB para el total de los seis años"³.

En otras palabras, estamos hablando de uno de los sectores económicos más grandes del país exceptuando, como es natural los de dimensiones tradicionalmente altas como el café o el petróleo y, sin duda, de uno de los de mayor y más acelerado crecimiento en las últimas dos décadas, período sobre el cual se disponen algunas estadísticas mínimas confiables. Y no habremos, si de dimensiones se trata, del verdadero volumen que para este sector calculan los gremios del sector, si se incluyen los sectores "informales" vinculados a la vigilancia y seguridad privada que no cumplen los requisitos de ley y no entran por lo tanto en

las estadísticas oficiales. Si dichos sectores se incluyeran podríamos estar hablando de montos que oscilan en un rango que supera entre el 100 y el 150% las cifras mencionadas.

Un viejo problema teórico

Es muy conocida en los círculos académicos la ya vieja discusión que se dio entre los liberales y los demócratas en los albores de la instauración del moderno Estado-nación. Los liberales ortodoxos, como Benjamin Constant o Alexis de Tocqueville —recordamos— exaltaban la "alegría de poder actuar, hablar, respirar sin coacciones, bajo el único freno de Dios y de la ley" y temían el advenimiento de la democracia por lo que ellos llamaban su "afán nivelador"; o cuando Rousseau, demócrata, contractualista, preconizaba que la voluntad general no tenía límites y que, en virtud del contrato social, bien podían cercenarse o coartarse las libertades individuales tan caras a los liberales.

La fusión entre esas dos posturas de tan diferente talante demoraría mucho tiempo. Sólo un par de siglos después de planteado el debate, ya finalizando el siglo XIX y empezando el XX, se hablaría de "democracias liberales" para denominar el moderno régimen político que postula la defensa de los derechos humanos, en todas sus generaciones, bajo el amparo de instituciones representativas, es decir, democráticas en la versión moderna del término.

Pues bien, antes y ahora, todos los planteamientos teóricos coincidían en la necesidad de que el Estado —mínimo para unos, mayor para otros— debía ejercer el monopolio legítimo de la fuerza, en razón de que una de sus razones esenciales de ser era la de proporcionar seguridad a los asociados y constituirse en garante de su vida, honra y bienes o, en general, de sus derechos humanos o sus libertades, como dirían los liberales; estos últimos, por su parte, no ocultaban para nada su concepción cuando hablaban del "Estado gendarme", tan caro a los economistas liberales clásicos quienes, como Smith, imaginaban



Foto: Agencia Torna

el ordenamiento político y económico como un gran mercado autoregulado, con libre concurrencia, y un Estado reducido, destinado en lo fundamental a poner orden entre los agentes económicos y a garantizar el respeto de unas reglas de juego básicas establecidas en la ley.

La seguridad privada era, pues, un concepto ajeno a la modernidad, debido a que justamente esa seguridad y justicia privada habían sido la razón de ser del feudalismo destronado por el advenimiento del capitalismo moderno. No olvidemos que la "protección" que los señores de los feudos brindaban a los campesinos de la gleba constituyó la esencia del régimen feudal de servidumbre.

Una realidad que supera los viejos enfoques teóricos

La evolución reciente del tema, como veremos a continuación, contraría por completo los postulados teóricos tradicionales

y exige verdaderos replanteamientos a nivel de la teoría, precisamente para poder ofrecer respuestas concretas en las numerosas demandas legislativas y reglamentarias que exige la nueva situación del sector.

Veamos algunos ejemplos sobre la revolución que ha comenzado a partir del inusitado crecimiento de las fuerzas de policía privada. En el aeropuerto de Heathrow usted encontrará guardias privados que tienen la atribución de revisar de manera directa su equipaje, algo absolutamente impensable en un país con la tradición de celosa guarda de los fueros individuales, como lo es la Gran Bretaña. Los puertos marítimos británicos están custodiados por firmas de guardias privados con atribuciones claramente delineadas por la Oficina Marítima Internacional, que llegan a niveles realmente altos. Los trenes del Reino Unido, por su parte, son custodiados por un cuerpo híbrido de policía que ni es público ni es privado.

La lista podría ser interminable. Es muy probable que cualquiera de nosotros, en

casi cualquier país del mundo, si compra en un centro comercial y tiene un problema de seguridad (le roban su bolso, por ejemplo) dirima en primera instancia su problema con un guardia privado de seguridad; igualmente ocurre en numerosos medios de transporte, puertos, aeropuertos, centrales nucleares, edificios públicos y privados y hasta en la guardia de fronteras, como empieza a observarse en algunos países europeos.

Pero no sólo las nuevas funciones que empieza a desempeñar con fuerza la seguridad privada son elocuentes. También lo son las cifras: mientras en 1970 en los Estados Unidos la relación entre los policías públicos y los vigilantes privados era de 1.4:1, ahora esa relación es de 1:3, y en Estados como California los niveles han llegado a 1:4. En Australia y Canadá la

relación de policías públicos frente a guardias privados de seguridad es de 1:2. En Gran Bretaña, en 1971 eran 80 mil los guardias privados de seguridad. Hoy superan los 300 mil.

Pero el fenómeno no es patrimonio exclusivo de los países desarrollados. En América Latina se observan tendencias similares. En Ciudad de México, quizás el conglomerado urbano más extenso del mundo, hay 150 mil guardias privados de seguridad mientras la policía pública, tradicionalmente reconocida por su enorme tamaño, no supera los 100 mil. En Honduras, por ejemplo, se calcula que hay cerca de 20 mil policías privados mientras la cifra de policías públicos apenas llega a los seis mil. En Colombia ya presentamos las cifras oficiales que muestran cómo, en un

crecimiento realmente acelerado, el número de guardias privados de seguridad está a punto de superar el de los policías públicos. Los más de 80 mil guardias privados de seguridad que están oficialmente contabilizados en las estadísticas oficiales —que los cálculos más conservadores estiman entre 100 y 150 mil— tienen autorizados 33 mil 584 revólveres, 14 mil 436 escopetas, 618 pistolas y 117 subametralladoras⁴, bajo la organización de 382 empresas autorizadas para portar armas, de las mil 652 empresas que oficialmente prestan este tipo de servicio en las ciudades, y donde, naturalmente, no se incluyen las cooperativas especiales de vigilancia rural, que en nuestro país se conocen bajo el nombre genérico de Convivir. Los departamentos de seguridad, por su parte, son 714.

Las perspectivas

No cabe duda que la policía privada o la vigilancia o seguridad privadas registran en las últimas décadas, un crecimiento absoluto vertiginoso y una relación completamente distinta frente al número de policías públicos tradicionales, superándolos con creces en la mayoría de los casos. Tampoco cabe duda que las nuevas funciones a las que tiende a acceder la seguridad privada rompen con las concepciones tradicionales sobre el papel de ese sector de la Fuerza Pública que cumple labores de tipo policial o de vigilancia.

¿A qué se debe esa tendencia? La explicación más generalizada es la que atribuye el fenómeno a la imposición creciente del modelo neoliberal, según el cual se deben dejar en manos del sector privado todas aquellas funciones o actividades productivas que puedan llevarse a cabo con mayores niveles de eficiencia que en el sector público. En nuestra opinión es una explicación claramente superficial y sesgada por prejuicios ideológicos.

No es racionalmente explicable por qué los factores de riesgo adicional que genera una actividad productiva privada deban ser sufragados por la comunidad. Por ejemplo, una oficina bancaria. ¿Deben

dedicarse policías públicos, pagados por los impuestos de la comunidad, a su vigilancia? O, por el contrario, esos riesgos adicionales a los normales que asume el conjunto de la comunidad, generados por la razón misma de la actividad económica, ¿deben ser sufragados por los dueños del banco?

Las tendencias modernas en el tema señalan que no sólo deben ser sufragados por el agente económico que propicia el riesgo adicional, sino que ese riesgo adicional que, de hecho, asume la comunidad (por ejemplo, los vecinos del banco tienen más riesgos que otros vecinos que no colindan con el banco) debe ser resarcido por el agente económico que lo crea. Por esa razón, no sólo deben ser contratados guardias privados de seguridad sino que la actividad de esos guardias debe tener repercusiones sociales que trasciendan el simple cuidado de los bienes del banquero dueño de la agencia bancaria que nos ha servido de ejemplo. Concepción liberal, si se quiere, por el hecho de otorgar la función al sector privado. Concepción social si se tiene en cuenta que esta delegación al sector privado se hace sobre la base de resarcir un potencial daño social.

Por otra parte, es necesario tener en cuenta cuáles son las verdaderas implicaciones de oponerse por prescripción ideológica al crecimiento de la vigilancia y la seguridad privada. Quienes así lo hacen, deben consecuentemente plantear que todas esas innumerables nuevas funciones que hemos mencionado deben ser estricta y rigurosamente monopolizadas por la policía pública tradicional. En cualquier país —se deduce de las cifras que hemos dado— esto significaría duplicar, triplicar o cuadruplicar la policía oficial, con lo cual se correría el inmenso riesgo de crear una fuerza civil armada casi omnimoda y omnipotente, de inmensas proporciones y, por consiguiente, con niveles de acumulación de poder que no son aconsejables para el propio bien y preservación de la propia institución. Esas policías inmensas, todopoderosas, además de ser fiscalmente muy costosas, pueden significar condiciones propicias para la corrupción y el abuso de poder, como en tantos lugares y ocasiones se ha visto.

Finalmente, el esquema anterior se refuerza con las nuevas tendencias universales en el campo de la seguridad y la convivencia ciudadana. Como es bien conocido, la esencia de la nueva concepción sobre ese tema radica en la relación estrecha que debe construirse entre la comunidad y la fuerza pública para la adecuada prestación del servicio de seguridad a la comunidad, que no debe entenderse más como un bien que, de manera unilateral, el Estado debe proporcionar, sino como una construcción comunitaria que potenciará sus resultados precisamente sobre la base de que la comunidad la tome en sus manos, no con el criterio de la provisión privada de justicia, sino con el criterio participativo basado en los principios de solidaridad comunitaria.

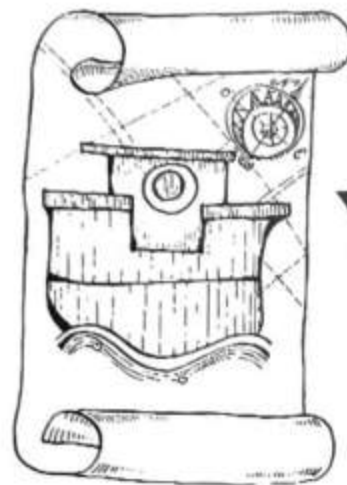
Privatización o no privatización de los servicios de vigilancia y seguridad privada es, pues, un falso debate, que no consulta la complejidad de la actual realidad. Se trata más bien de adaptarse a la nueva tendencia universal permitiendo que el sector privado cubra nuevas funciones en este campo, con un criterio social y comunitario, que potencie las nuevas formas participativas de la comunidad, sin las cuales ningún proyecto de seguridad llegará a buen puerto ■

Notas

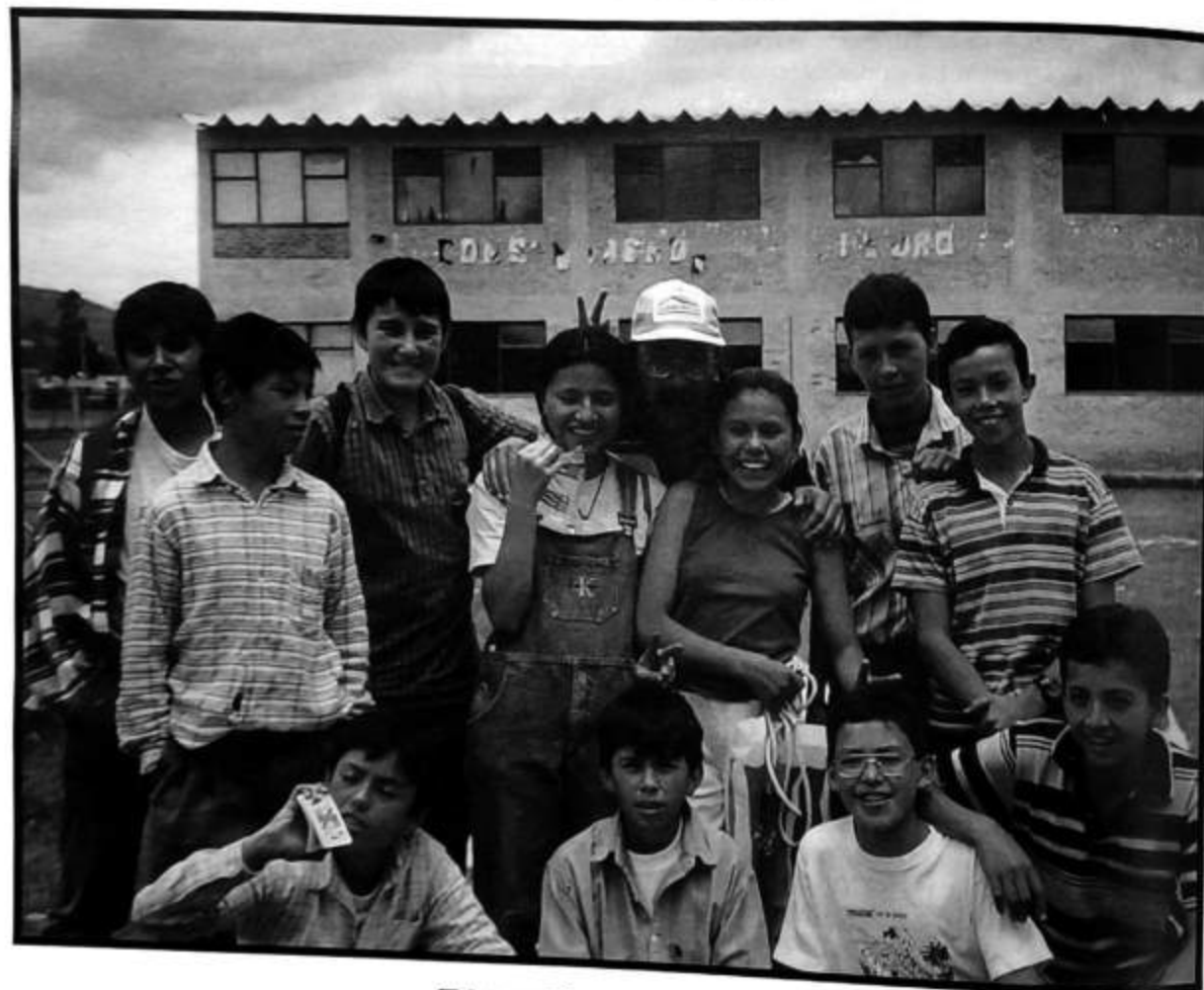
1. Esta afirmación es hecha por los autores de la estimación, Edgar Trujillo Ciro y Martha Elena Badel Rueda: "Los costos económicos de la criminalidad y la violencia en Colombia: 1991-1996". Archivos de Macroeconomía, Departamento Nacional de Planeación, Unidad de Análisis Macroeconómico, Documento No. 76, 10 de marzo de 1998, mimeo. Pág. 33.
2. Ibid. Pág. 34. Advierten los autores, en nota al pie, que las estadísticas a 30 de mayo de 1997, incluyen personal de las empresas de vigilancia con armas o sin ellas, cooperativas de seguridad, departamentos de seguridad, transporte de valores y sucursales a nivel nacional.
3. Idem. Pág. 34.
4. Estos datos y los inmediatamente siguientes fueron tomados de Ayala Villamil, Luzdary. "Se disparó la seguridad privada". *El Espectador*.

También en los conflictos armados sin carácter internacional o internos rigen normas de protección de la población civil obligatorias tanto para las fuerzas armadas de los Estados como para los grupos insurgentes y para otros grupos armados irregulares que participan en el conflicto armado.

Notas de



Viaje



Educación, magia y deporte

Ya casi son 20 mil los adultos bachilleres con énfasis en cultura de paz, convivencia pacífica y democracia gracias al Programa Educativo para la Convivencia Pacífica que cofinancian y dirigen el Programa para la Reinserción y los municipios colombianos.

Pero como un proyecto de esta naturaleza logra generar procesos locales autónomos, cada vez más los estudiantes programan sus propias actividades. Es el caso del Foro Local que sobre la situación de violencia y derechos humanos realizaron los estudiantes de Usme. Allí la comunidad y los estudiantes debatieron y formularon propuestas para cons-

truir desde la cultura de paz alternativas pedagógicas y democráticas para su localidad. Pero también fue la fórmula que le permitió a 18 sedes del programa Educación para la Convivencia Pacífica encontrarse en Fusagasugá y cumplir con un compromiso deportivo: las Segundas Olimpiadas por la Paz. 360 deportistas "bachilleres", convencidos de su capacidad para dirimir las diferencias, decidieron eliminar la figura del árbitro. La fórmula funcionó. Entre tanto, la Asociación Hijos de Familia —uno de los más extraordinarios resultados de este programa de educación básica y media— de Sogamoso reunió a niños y jóvenes en el taller La Magia de Vivir en Paz que entre sombreros, conejos blancos y varitas hechizadas realiza el mago Hugo Mariño. Lo cotidiano y lo asombroso se combinaron con el descubrimiento interno de los derechos de los niños, la tolerancia constructiva, la convivencia y el respeto por todos los otros.

España aporta al Primer Festival de Cine para la Cultura y la Paz

Hacedores de símbolos, presentaos
desnudos en público y
sólo entonces aceptaré vuestros
pantalones.
Hacedores de imágenes devolved la
palabra a los hombres

César Vallejo

Para los enamorados de la imagen, ya sea por formar parte de un público que se ve atrapado ante la pantalla o por pertenecer al grupo de iniciados que la construyen, se inició el Primer Encuentro Internacional de Cine para la Cultura y la Paz con una fabulosa muestra de 10 largometrajes y 10 cortos españoles.

Gracias a la ya tradicional solidaridad de la patria de Luis Buñuel con las acciones que por la paz se realizan en Colombia, compatriotas de diversas regiones y sectores sociales pudieron disfrutar, algunos por primera vez en su vida, de la posibilidad de hacer un alto en su cotidianidad para encontrarse con las diferentes formas en que creadores españoles ven y sienten temas como la familia, la drogadicción, la soledad, la adolescencia, el amor, la solidaridad o la música.

Como parte de la propuesta de formar una cultura de paz, este Encuentro, organizado por el Programa para la Reinserción, la Escuela de Cine Black María, Artes Amazonas, el Cine Club Glauber Rocha de la Universidad Nacional y el Centro Cultural Reyes Católicos, fue posible gracias a la generosidad de la Filmoteca del Ministerio de Asuntos Exteriores de España, la Agencia Española de Cooperación Internacional y la Embajada de ese país en Bogotá. Con la curaduría de Orlando Aguilera, la unión y el compromiso de estas entidades públicas y privadas, permitió que obras de directores de la calidad de Carlos Saura, Bigas Luna, Ricardo Franco, Fernando León, Chus Gutiérrez, Iciar Bollain, Mireia Ros, Mariano Barroso, David Trueba y el uruguayo Adolfo Aristarain durante un mes se encontraran con su público de Bogotá, Medellín, Bucaramanga, Barranquilla y Pasto. Pero además, con el apoyo de entidades territoriales, centros educativos y organizaciones comunitarias se hizo realidad el sueño de lograr que zonas a donde tradicionalmente no llegan los festivales tuvieran por primera vez tal privilegio: cinco barrios populares de Bogotá y Barranquilla, la comuna noroccidental de Medellín, y las ciudades de



Florencia y Puerto Asís. Porque el Festival se propone es justamente eso: insistir en que la producción audiovisual debe llegar, en un proceso multiplicador y creciente, a todos los colombianos: tanto a quienes tienen el privilegio de tengan con el arte y la cultura nacional e internacional, como a quienes en su diario vivir tal vez sólo encuentren como posibilidad de distracción jugar billar con una o muchas cervezas en la mano. Por eso el telón apenas comienza a levantarse.

"Mi timón lleva un camino..."

"de justicia y libertad, esa brújula me guía en la conquista de la paz" ... reza la canción que identifica al programa de televisión *Bitácora*, que entre festivo y festivo se ha ido posicionando entre el público colombiano. Con el estilo ágil, el sentido crítico y la calidad visual y de sonido que exige la producción de un seriado sobre la paz, en sus ya más de 23 emisiones *Bitácora* ha logrado superar los índices de sintonía de sus enfrentados en una demostración clara de que a los colombianos sí les interesa saber qué está pasando en temas como la participación de los niños en la guerra, el desplazamiento forzoso o las iniciativas comunitarias. Pero también, que les interesa conocer que en el país hay cientos, miles, quizá millones de protagonistas de esa paz cotidiana, fruto del trabajo de mujeres y hombres que tradicionalmente no son noticia para los medios de comunicación.

Bitácora, una producción del Programa para la Reinserción y la Red de Solidaridad Social, se emite los días festivos a las 7 de la noche por el canal Uno. Una vez transmitido, sus copias son distribuidas en universidades, organizaciones comunitarias, centros de documentación y canales de televisión local y regional. Así logra uno de sus principales propósitos: contribuir a que se difunda la cultura de la paz no a partir de la retórica del discurso, sino de lo que hacen los colombianos.

Barrancabermeja: política de género en la pesquería

Para permitir que los Acuerdos de Paz beneficien cada vez a más regiones y sectores afectados por el conflicto armado y no sólo a quienes dejaron las armas, los recursos de Desarrollo Regional pactados entre el Gobierno y la Corriente de Renovación Socialista se invierten en más de 15 departamentos del país a través de proyectos comunitarios.

Gracias al espíritu de solidaridad que lo guía, el Programa de Desarrollo Regional ha logrado generar cofinanciación de diferentes entes del nivel nacional, regional y local, en una unión que ha hecho posible inversiones por más de 5 mil millones de pesos e incluye proyectos de alto contenido social como el que se adelanta en Barrancabermeja con familias pesqueras que, entre otros efectos importantes, le ha permitido a las mujeres de las comunidades pesqueras asumir un papel protagónico en el desarrollo.

Y por qué no, detengámonos un tanto en ese proyecto. Lo cierto es que se lo merece. Su historia comenzó cuando familias pesqueras barramejas presentaron el proyecto ante la Asamblea de Normalización, espacio donde se decide el destino de los recursos. Una vez aprobado, compraron un motor fuera de borda que facilitaría un trabajo que hasta la fecha había sido puramente artesanal colocando en condiciones des-



Foto: Anibal Valencia

ventajas a este grupo de pescadores. La capacitación en las labores de post-cosecha del pescado, permitió consolidar el Comité de Mujeres El Arenal hoy vinculado a la Asociación de Pescadores del Magdalena Medio. Y es por eso que hoy las parejas trabajan en conjunto: los hombres salen muy temprano de pesca mientras las mujeres atienden un restaurante que ha multiplicado en tres meses su productividad. Como este proyecto apenas está empezando, ya la comunidad tiene previsto montar una embutidora para procesar el pescado y generar así nuevos empleos en la zona. Usted qué piensa, ¿lo lograrán?

El cerco de los afectos para acabar la guerra

Gabriel Turriago Piñeros

Son las que pretenden cercar con sus afectos a los violentos, son las que buscan la reconciliación entre contrarios, son las que buscan reconocerse como actores no beligerantes del conflicto armado, son las que han sido víctimas de la violencia, son las valientes que no aceptan la barbarie y la atrocidad, son las que marchan hoy hacia un mañana sin violencia, son las que buscan construir una nueva ética: son el Movimiento de Mujeres por la Vida.

Movimiento silencioso, valiente y decidido, como el de todas aquellas mujeres que se reconocen afectadas por la violencia y se niegan a considerarse tan solo víctimas de la misma. Son mujeres que han comenzado a movilizar su dolor interno, a trabajar para reunirse entre todas y proponerle al país parar la guerra desde sus afectos de madres, de

mujeres y de ciudadanas que están en condiciones de intervenir con las armas más poderosas: las que les dan la razón para defender la vida que han creado; las que les dan la razón para negar la muerte artera y sin valor.

La reconciliación antes de la paz, la reconciliación entre contrarios, la reconciliación desde los afectos, es un comienzo para construir una nueva ética. Es un proceso nacional de perdón civil y de reconciliación nacional liderado por las madres, las mujeres y los familiares de todos los actores en conflicto, vivos o muertos, que garantice —ante todo—, el respeto por la vida.

Diversas experiencias de desactivación de la violencia como las adelantadas en las comunas de Medellín; el proceso de paz en la zona esmeraldifera; el valor personal, civil y moral de las madres de los soldados de las Delicias, de Patascoy y de Barrancabermeja, así como de todas aquellas mujeres anónimas que se empeñan en ver en la potencialidad de las relaciones filiales el principio que nos puede sacar de la guerra y de la muerte absurda. Ése desde donde se lanza este Movimiento.

Allí están, ¡cómo podrían no estarlo!, beneficiarios y beneficiarias de los Acuerdos de Paz vigentes. Porque las acciones en favor de la reconciliación nacional son una experiencia valiosa que valida y potencia el propósito de convocar todos los afectos involucrados en la guerra para hacer un llamado al desarme civil.

Las organizaciones desmovilizadas y el Programa para la Reinserción se unen a este llamado profundo de la vida, para continuar su camino de la mano de los millones de sentimientos de quienes, una vez, acompañaron a los guerreros y hoy están dispuestos a aportar su experiencia y sus conocimientos para estimular el perdón civil en medio de la reconciliación de los contrarios.

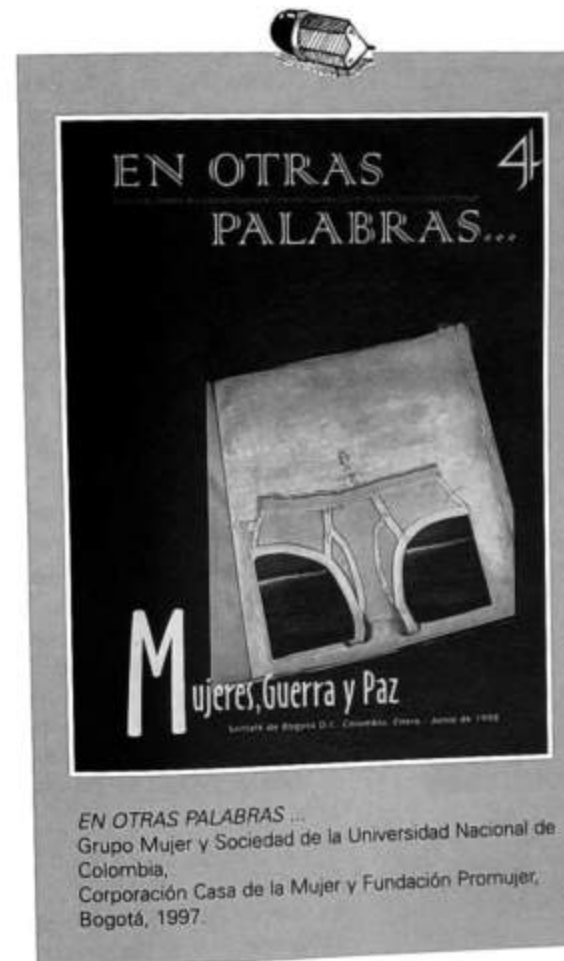
No es sólo un hogar

Más que cuatro paredes y un techo para abrigarnos, una casa puede convertirse en una opción de vida cuando genera en las comunidades procesos de formación en democracia.

Por eso el Programa para la Reinserción le ha hecho tanta fuerza a los proyectos de viviendas en estos últimos cuatro años. Junto con la mezcla de cemento y la arena, desmovilizados y miembros de las comunidades ven crecer sus sueños y su capacidad creativa: cooperativas, actividades culturales, sociales, deportivas y centros educativos van apareciendo entre ladrillo y ladrillo.

Las viviendas entregadas, o por entregar en agosto y septiembre de 1998 son: 57 en la Ciudadela de la Paz en Carmen de Bolívar; 85 en la Urbanización Luis David Flórez de Cúcuta; 60 en Bosques del Pinar y 70 en Coltejer por la Paz en Popayán; 34 en la Ciudadela de la Paz en San Juan Nepomuceno; 85 en la Ciudadela de la Paz en Ovejas; y 78 en la Ciudadela Universal de Sincelejo. En proceso de construcción se encuentran, entre otras: 41 en la Urbanización La Serranía de Apartadó; 90 en La Victoria IV de Florencia; 80 en la Ciudadela Luis Carlos Galán de Cartagena; 162 en la Ciudadela de la Paz de Ovejas; 45 en el barrio Los Ébanos de Montería; 85 en Baranoa; 48 en Soledad; también se adelantan trabajos en La Arcadia, de Valledupar; la Comuna 9 de Ibagué; Ataguaira en Pasto; y Villa de la Paz en Santa Marta. Son resultados, en verdadero "concreto", de los nueve acuerdos de paz ■

La Paz También se Escribe



Más allá de insistir en lo que las cifras dramáticamente ratifican respecto al enorme y creciente número de mujeres víctimas de la guerra a través de la agresión física, el desplazamiento, la violación o la prostitución, *En otras palabras...* plantea, con argumentos contundentes, cuán indispensable es, frente a la negociación de un proceso de paz en Colombia, incluir como uno de los principales temas de debate, la búsqueda de salidas reales a la violencia estructural donde la mujer es una de las grandes víctimas como resultado de la inequidad en todos los ámbitos (artículo "Aproximaciones al concepto de paz", por Alba Luz Zuluaga y Susy Bermúdez).

De modo que, en contra del estereotipo de las "almas bellas" femeninas frente a los "guerreros justos" que invisibiliza los diversos papeles de la mujer en las guerras, ya como combatiente, ya como víctima, *En otras palabras...* nos propone varias alternativas posibles y válidas, todas ellas subversivas: domesticar el orden de lo público y llevar a la luz pública lo privado; reconocer el carácter público de la violencia privada; y centrar las márgenes, quiere decir esto, transformar la lógica sobre lo que es central y lo que es marginal (artículo "Las armas bellas y los guerreros justos" por María Cristina Rojas).

A ese muy manido lugar común según el cual las mujeres representan lo dulce y puro en clara dicotomía con el tradicional papel patriarcal y guerrillero del hombre, este cuarto número de *En otras palabras* —revista del Grupo Mujer y Sociedad, la Fundación Promujer y la Corporación Casa Mujer— responde con una versión distinta al abordar con especial énfasis un tema tan fundamental para el país como es el de la mujer frente al conflicto.

Junto a estas propuestas, otros textos de *En otras palabras...* nos abren valiosas perspectivas para el análisis y el debate. Al final, junto a la ya conocida —y no desdeñada— propuesta de transformar a cada mujer en una Lisístrata que con tenacidad impida la continuación del combate, bien podríamos concluir que la paz requiere de una negociación con perspectiva de género y sentido de la diferencia. Y no es un juego de palabras.



**GAMINES, INSTITUCIONES
Y CULTURA DE LA CALLE**

Ruiz, Javier Omar; José Manuel Hernández y
Luis A. Bolaños
Corporación Extramuros, Ciudad y Cultura,
Bogotá, 1998. 186 págs.

Con una nueva mirada sobre el fenómeno de la calle, la Corporación Extramuros, Ciudad y Cultura, acaba de publicar el libro *Gamines, instituciones y cultura de la calle* donde sus autores, Javier Omar Ruiz, José Manuel Hernández y Luis A. Bolaños, plantean una perspectiva sin duda novedosa al afirmar que existe una cultura de la ca-

lle. Conocerla y entenderla es indispensable para quienes cohabitamos con este fenómeno, y en especial para quienes se proponen adelantar acciones efectivas con este sector social, donde más que con receptores de diferentes niveles de solidaridad debe trabajarse es con interlocutores reales e indispensables: los habitantes de aceras, puentes, garajes o construcciones destruidas.

Al ser la calle pública, libre y de inmediato acceso, desde siempre ha sido aprovechada como espacio de vida por quienes la han habitado. De ahí, obras tan importantes de Dickens, Twain o Chejov. Sin embargo, pese a que aumenta el número de instituciones que se dedican a abordar este problema, el número de habitantes de la calle va en aumento. ¿Por qué? Al buscar las respuestas a partir de una comprensión de la lógica en la cual se mueven estos niños y adultos, hombres y mujeres, gamines, ñeros —o desechables para los sectores más intolerantes y extremistas— que han hecho de *camadas, galladas, ollas, parches o combos* su opción de vida, los autores del libro descubren particularidades y procesos que han incidido en una creciente individualización del habitante de la calle.

Con el estudio de la forma de vida de esta población, las relaciones de género que establecen, sus comportamientos sexuales, sus componentes culturales y las dinámicas sociales que giran en torno suyo, este libro puede abrir luces hacia soluciones reales, menos paternalistas y más justas para todos: porque este es un tema que concierne tanto a quien desentraña en la basura restos de comida e ingiere basuco para mitigar el hambre y darle un mejor color al día, como a quien es agredido por un ñero, o desde la ventana de su casa observa impasible la escena ■

Biblio y Hemeroteca
TIBERIO PARRA CAS.
2004

